Arthur C. Danto
Historia y narración

Ensayos de filosofía analítica de la historia

Introducción de Fina Birulés

Paidós / I.C.E. - U.A.B.

Danto

Pensamiento Contemporáneo 5

El objetivo de la colección *Pensamiento Contemporáneo* es proporcionar al lector interesado en este tema, y no sólo al especialista, un conjunto de textos de autores representativos del pensamiento de nuestro tiempo, textos en los que los mismos autores formulan de manera clara y concisa lo más significativo de su propuesta teórica, aquello que les ha convertido en clásicos de la filosofía del siglo XX.

El texto que presen[...] por una selección de los capítulos centra[...]ur C. Danto, *Analytical Philosophy of Hist[...]* [...]rita en la década de los años sesenta, confl[...]nática afrontada por la filosofía neopositivista como el inicio del cambio de orientación que, a partir de los años sesenta, tiene lugar en el ámbito de la filosofía anglosajona de la historia. Cambio que supone un mayor énfasis tanto en los aspectos pragmáticos como en la estructura del discurso histórico. Se abre así la posibilidad de establecer un diálogo real entre corrientes de pensamiento que hasta el momento se habían ignorado: el análisis filosófico y la filosofía de tradición historicista.

La introducción ha corrido a cargo de Fina Birulés, profesora titular de Filosofía en la Universidad de Barcelona.

Arthur C. Danto, filósofo norteamericano, nacido en 1924, es profesor de la Universidad de Columbia (Nueva York), desde 1951. Además de *Historia y narración*, es autor de: *Nietzsche as Philosopher* (1965), *Analytical Philosophy of Knowledge* (1985), *Mysticism and Morality* (1972), *Narration and Knowledge* (1985) y *The Politics of Imagination* (1988).

Arthur C. Danto — Historia y narración

5

ISBN 84-7509-552-6





PENSAMIENTO CONTEMPORANEO
Colección dirigida por Manuel Cruz

1. L. Wittgenstein, *Conferencia sobre ética*
2. J. Derrida, *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía*
3. P. F. Feyerabend, *Límites de la ciencia*
4. J. F. Lyotard, *¿Por qué filosofar?*
5. A. C. Danto, *Historia y narración*

6. Th. S. Kuhn, *Qué son las revoluciones científicas*
7. M. Foucault, *Tecnologías del yo*

Arthur C. Danto

Historia y narración

Ensayos de filosofía analítica de la historia

Introducción de Fina Birulés

Ediciones Paidós
I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona
Barcelona-Buenos Aires-México

Título original: *Analytical Philosophy of History* (caps. 1, 7 y 8)
Publicada en inglés por Cambridge University Press, Reino Unido

Traducción de Eduardo Bustos (U.N.E.D.)

Cubierta de Mario Eskenazi y Pablo Martín Badosa

1.ª edición, 1989

ISBN: 84-7509-552-6
Depósito legal: B-27.673/1989
Impreso en Hurope, S.A.
Recaredo, 2 - 08005 Barcelona
Impreso en España - Printed in Spain

SUMARIO

INTRODUCCION

«Después de haber dicho esto, la dejó como en el día anterior» —¿Entiendo esta oración? ¿La entiendo al igual que si la hubiera oído en el curso de una narración? Si aparece ahí aislada, entonces yo diría que no sé de qué se trata. No obstante, yo sabría cómo se podría usar esta oración; yo mismo podría inventar un contexto para ella.

L. WITTGENSTEIN

Nos leemos unos a otros como libros, aprendemos unos de otros como una segunda lengua. Justamente debido a este modelo comprendemos el pasado de los hombres.

A. DANTO

El texto que presentamos está formado por una selección de los capítulos centrales del libro de Arthur C. Danto, *Analytical Philosophy of History*.[1] En esta obra,

1. Los textos publicados corresponden a los capítulos I, VII, VIII de *Analytical Philosophy of History* (Cambridge Univ. Press, 1965). El cap. VIII «Oraciones narrativas» ya se había publicado en forma de artículo en *History and Theory* (1962). El libro, en su conjunto, es el resultado de un trabajo de reflexión anterior que puede leerse en los artículos «On Historical Questioning» y «Mere Chronicle and History Proper», ambos aparecidos en *Journal of Philosophy* (en 1954 y 1953 respectivamente).

escrita hace casi un cuarto de siglo, confluyen tanto la problemática afrontada por la filosofía neopositivista de la historia como el inicio del cambio de orientación que, a partir de los años sesenta, tiene lugar en el ámbito de la filosofía anglosajona de la historia. Para apreciar esta confluencia basta con atender algunos comentarios que esta obra ha suscitado en los últimos años. Así, por ejemplo, en 1982, Danto decía que se trata de «un libro... que debe su existencia al artículo de Hempel».[2] El artículo aquí citado, «La función de las leyes generales en la historia»,[3] apareció en 1942 como un intento, de talante neopositivista, de reconducir la historiografía al denominador común de las ciencias empíricas. Pero, en cambio, en opinión de J. Habermas, el libro de Danto «conduce la filosofía analítica al umbral mismo de la hermenéutica».[4]

Estas caracterizaciones parecen contrapuestas, en la medida en que sitúan la obra en tradiciones de reflexión filosófica sobre la historia totalmente distintas. Pero precisamente aquí radica el interés de los textos que presentamos: las palabras del propio Danto indicarían el origen y el marco desde los que fueron elaboradas las propuestas y, en cambio, las de Habermas expresarían tanto la evolución de la filosofía de tradición analítica, iniciada ya en los últimos años de la década de los cincuenta, como el campo de reflexiones abierto por la

---

Por otra parte, cabe reseñar que Danto recientemente ha publicado *Narration and Knowledge* (Columbia Univ. Press, Nueva York, 1985), obra que incluye el texto íntegro de *Analytical Philosophy of History*.

2. «Spiegazione storica, comprensione storica e science umane» en Fossi, P. (comp.), *La teoria della storiografia oggi*, Il Saggiatore, Milán, 1983, pág. 88.

3. «The Function of General Laws in History», *Journal of Philosophy*, 39, 1942 (trad. cast. en Hempel, C. G., *La explicación científica*, Paidós, Buenos Aires, 1979).

4. Habermas, J., *La lógica de las ciencias sociales*, Tecnos, Madrid, 1988, pág. 115.

atención que Danto presta al papel de la narración en la historia.

Examinemos primero el origen y el marco, y dejemos para un segundo momento el comentario de las palabras de Habermas.

Entre ciencia y filosofía

Dos textos son claves para comprender el interés del análisis filosófico por la historia, el ya mencionado artículo de Hempel y la obra de R. G. Collingwood, *Idea de la historia,* publicada póstumamente en 1946.[5]

«La función de las leyes generales en la historia» significa, una vez superado el «criterio empirista del significado», un esfuerzo por pensar el modelo nomológico-deductivo de explicación como criterio de ciudadanía científica. Este modelo, que fue establecido desde un marcado interés por la ciencia natural y un fuerte talante antimetafísico, se concibe como aplicable a cualquier discurso que pretenda tener valor cognoscitivo. Este es el motivo de la preocupación por verlo funcionar en el campo de la historia. La historia ha sido, en manos de «filósofos especulativos de la historia»[6] como Kant, Her-

5. COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la historia,* F.C.E., México, 1982.

6. Utilizamos esta expresión a partir de la distinción establecida, en 1951, por W. H. Walsh en su *An Introduction to philosophy of History* (trad. cast. en Siglo XXI, México, 1978), entre «filosofía especulativa de la historia» y «filosofía crítica de la historia». La primera consistiría en un intento por descubrir *el* sentido, *la* finalidad de *todo* el proceso histórico. La segunda, en cambio, habría dedicado sus esfuerzos a aclarar la naturaleza de la investigación histórica con el propósito de situarla adecuadamente en el «mapa» del conocimiento. Así, se ocupará de temas tales como el de la verdad u objetividad históricas, el carácter de los hechos históricos, el problema de la explicación histórica, etc. Esta distinción puede considerarse, hasta cierto punto, paralela a la que establece Danto en las páginas que siguen entre «filosofía substantiva» y «filosofía analítica de la historia».

der o Hegel, fuente de innumerables teorías metafísicas; por otra parte, no hay que olvidar que la historiografía ha sido referencia obligada para la mayoría de filósofos idealistas o historicistas con el fin de mostrar la insuficiencia de los conceptos empiristas de experiencia y de racionalidad para dar cuenta de lo humano.

Así, Hempel trata de mostrar la presencia —aunque sólo sea en *esbozo*— del modelo nomológico-deductivo de explicación en la historia y, con ello, alejarse tanto de la distinción entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, tematizada por historicistas como Droysen o Dilthey,[7] cuanto de la vigencia de cualquier tipo de filosofía especulativa de la historia. Por otra parte, al poner el acento en el problema de la explicación, el artículo de Hempel —conjuntamente con la obra de K. R. Popper[8]— sitúa los términos de la discusión que se desarrollará en el marco de la filosofía analítica de la historia hasta los años sesenta.

El modelo nomológico-deductivo de explicación es conocido también como *Covering Law Model*, nombre con el que lo bautizaría W. Dray[9] con la intención de subrayar que, en este contexto, ofrecer una explicación es subsumir lo que queremos explicar bajo una ley general; es decir, para que algo pueda ser considerado una explicación es necesario, en primer lugar, que tome la forma de una argumentación deductiva, cuya conclusión sea el

7. DROYSEN, G., *Histórica*.
DILTHEY, W., *Introducción a las ciencias del espíritu*, F.C.E., México, 1978.
Acerca de esta distinción, véase ROSSI, P., *Lo storicismo tedesco*, Einaudi, Torino, 1979 y ARON, R., *Philosophia critique de l'histoire*, Ed. Vrin, París, 1969.

8. POPPER, K. R., *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid, 1973; *La miseria del historicismo*, Alianza/Taurus, Madrid, [4]1978; *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona, 1982.

9. DRAY, W., *Laws and Explanation in History*, Oxford Univ. Press, Londres, 1957.

enunciado que designa el acontecimiento a explicar y, en segundo lugar, en el *explanans* deben estar presentes una o más leyes generales que expresen regularidades empíricas. De este modo, un acontecimiento queda explicado cuando es «cubierto» por una ley y sus antecedentes, que son legítimamente causas.

En opinión de Hempel, el objetivo del historiador es mostrar, de manera similar al científico, que un determinado acontecimiento no se dio por azar, sino que podía ser esperado en función de ciertos antecedentes o condiciones simultáneas. Y ello es así porque la diferencia entre un esbozo de explicación (*explanation sketch*) histórico y una explicación científica ideal se halla en la falta de precisión, no en su forma lógica. Para apreciar tal falta de precisión es suficiente con echar una mirada superficial a las explicaciones ofrecidas por la historia: la mayoría de éstas no incluyen una enunciación explícita de las regularidades generales que suponen. Esto se debe, según Hempel, a dos motivos fundamentales: el primero, que las hipótesis universales en cuestión están, a menudo, relacionadas con la psicología social o individual y no se mencionan, dado que se consideran conocidas por todos; y, el segundo, tiene que ver con las dificultades que surgen cuando se intenta formularlas con precisión y, al mismo tiempo, de acuerdo con la evidencia empírica.

Todo ello impulsa a Hempel a afirmar que los historiadores ofrecen solamente *esbozos de explicación*, esto es, indican de forma más o menos vaga las leyes y las condiciones antecedentes que consideran relevantes. Así, pues, como las leyes desempeñan una función análoga en la historia y en la ciencia natural, las explicaciones históricas no pueden aspirar a ningún estatuto epistemológico particular, con lo que queda descartada cualquier caracterización que haga de la ciencia de la historia un discurso privilegiado o *sui generis* por el mero hecho de que su objeto sea lo humano, como han pretendido

los filósofos idealistas e historicistas;[10] todo discurso que aspire a merecer el calificativo de «cognoscitivo» debe tener —al menos implícitamente— la misma estructura lógica.

* * *

Las limitaciones del *Covering Law Model* (CLM) empiezan a manifestarse tan pronto como, desde el marco de la misma filosofía analítica, se intenta medir la aplicabilidad del modelo al trabajo de los historiadores. Manifestaciones de este intento son, por ejemplo, *La naturaleza de la explicación histórica,* de P. Gardiner, o los artículos de E. Nagel, de Ch. Frankel y del mismo Hempel,[11] publicados en la década de los cincuenta; pero podemos decir, sin temor a exagerar, que hasta el año 1965 —fecha de la publicación de la obra de Danto—, la filosofía analítica de la historia se reduce a la controversia acerca del CLM.

Esta controversia refleja las estrategias u opciones adoptadas para hacer frente a los obstáculos y dificultades que surgen en el momento en que un modelo tan acentuadamente normativo como el CLM se confronta al conocimiento histórico *de facto.* Una primera estrategia consistirá en modificar el modelo y, al mismo tiempo, conservar las características a las que debe su fuerza racional. La otra opción será abandonar directamente el

10. Todavía en 1948, Th. Abel, en su artículo «The Operation called *Verstehen*» (*American Journal of Sociology,* n. 54), rechaza el conceder el valor de instrumento de análisis científico a la comprensión *(Verstehen).*

11. GARDINER, P., *The Nature of Historical Explanation,* Oxford Univ. Press, Londres, 1952) (trad. cast. en Unam, México, 1961); NAGEL, E., «Some Issues on the Logic of Historical Analysis», *Scientific Monthly,* 1962; FRANKEL, Ch., «Explanation and Interpretation in History», *Philosophy of Science,* 24, 1957. Estos dos artículos fueron reeditados en GARDINER, P., *Theories of History,* The Free Press, Nueva York, 1959; HEMPEL, C. G., *op. cit.*

CLM y abogar por un pluralismo en la explicación histórica.

Según la primera opción, las características que definen en lo esencial el modelo son su caràcter nomológico y la condición de deducibilidad. Ahora bien, en el curso del debate, ambas características quedarán progresivamente desdibujadas. Así, el mismo Hempel aceptará que el modelo de explicación que más se aproxima a la explicación histórica es el modelo probabilístico fundado en generalizaciones estadísticas obtenidas por vía inductiva; E. Nagel,[12] en el año 1961, distinguirá de los modelos deductivo y probabilístico, el funcional y el genético, señalando este último como el más cercano a la explicación histórica. Reflexiones como éstas debilitarían[13] la condición de deducibilidad pero, en cambio, no parecen cuestionar el carácter nomológico de la explicación.

Sin embargo, el aspecto nomológico quedará afectado a través de las reflexiones que, desde posiciones próximas a la denominada «filosofía del lenguaje ordinario», desarrollan filósofos como P. Gardiner. El debilitamiento del modelo, en obras como *La naturaleza de la explicación histórica*, se da fundamentalmente a raíz de la introducción de temas y argumentos que habían sido característicos de posturas idealistas o historicistas en la controversia acerca del CLM. Por ejemplo, el argumento de la unicidad y la inclasificabilidad de los acontecimientos históricos o el énfasis en el hecho de que cuando el historiador ofrece explicaciones no se limita a apelar a leyes, sino que a menudo hace referencia a intenciones, planes o propósitos.

Así, se empieza a aceptar que hay explicaciones de la conducta que no son causales, en el sentido señalado por

12. NAGEL, E., *La estructura de la ciencia*, Paidós, Buenos Aires, 1974.

13. El término «debilitamiento» es usado por P. Ricoeur (*Tiempo y narración*, Eds. Cristiandad, Madrid, 1987, vol. I) para referirse a la crisis del modelo nomológico en los años 50.

el CLM. A pesar de ello, Gardiner no considera que tales explicaciones caigan totalmente fuera del modelo, puesto que son asimilables a aquellas a las que se ha referido G. Ryle [14] en términos de disposiciones, y las denomina «explicaciones legaliformes» (*lawlike explanations*), reconociendo con ello que, si es posible hablar de recurso a leyes, es necesario aceptar que éstas pueden nacer de planos heterogéneos de universalidad y regularidad.

A medida que se debilita el CLM, paralelamente se toma conciencia del hecho de que, para dar cuenta de la inteligibilidad que el discurso histórico ofrece de los acontecimientos, no basta con proporcionar un modelo normativo basado en el proceder de las ciencias naturales. Pero esta toma de conciencia no se traduce tanto en una mirada hacia el trabajo de los historiadores, cuanto en un diálogo con algunos filósofos de la tradición idealista —B. Croce, M. Mandelbaum, Oakeshott y, fundamentalmente, R. G. Collingwood [15]—. Estos, a diferencia de la mayoría de filósofos positivistas y analíticos, disponen de una experiencia de primera mano del trabajo histórico y, además, son los que han defendido la tesis —a la que ahora parece concedérsele algún fundamento— según la cual la interpretación de los asuntos humanos tiene peculiaridades que es necesario analizar.

Este diálogo con la tradición idealista se puede apreciar también en la otra estrategia adoptada frente a los obstáculos que presentan la aplicabilidad del CLM, la que opta directamente por el abandono del modelo. De este modo, W. Dray, que con su *Leyes y explicación en la historia,*[16] sería un representante de esta opción, debe gran parte de sus argumentos al énfasis puesto por R. G. Collingwood, en *Idea de la historia,* tanto en la di-

14. RYLE, G., *El concepto de lo mental,* Paidós, Buenos Aires, 1975.
15. MANDELBAUM, M., *The Problem of Historical Knowledge,* Liveright, Nueva York, 1939; OAKESHOTT, M., *Experience and Its Modes,* C.U.P., Cambridge, 1933.
16. DRAY, W., *op. cit.*

mensión pragmática del concepto de interpretación, como en la necesidad de ir más allá del tratamiento empirista de la historia; los empiristas habrían olvidado que, en todo acontecimiento histórico —que en toda acción— podemos distinguir su «exterior» y su «interior».

El «exterior» de un acontecimiento sería todo lo que en él es describible en términos de cuerpos, el «interior» designaría lo que sólo puede describirse en términos de pensamiento. Collingwood entiende que el historiador, a diferencia del científico, que sólo se ocupa del exterior de los acontecimientos, trata de dar razón de las acciones como algo atribuible a un ser humano capaz de conducta propositiva; o lo que es lo mismo, el historiador, para descubrir el sentido de las acciones, debe mirar a través de los acontecimientos para discernir el pensamiento que contienen; los mira como expresión de propósitos y no como cosas.

Así, en la medida en que el objetivo del historiador es comprender los pensamientos de otros, su trabajo consiste en *reactualizar* pensamientos pretéritos en su propia mente, en apropiarse de ellos, en definitiva, en *re-pensar*. Pero tal actividad de re-pensar no es una mera imitación del pasado, sino que significa una *re-creación,*[17] puesto que el contexto en el que tal pensamiento se dio ha desaparecido, es pasado. Esto obliga a pensar que el historiador no pretende conocer y predecir como simple observador, sino que adopta el punto de vista de un sujeto, participa y, por lo tanto, delibera, sopesa, decide. De este modo, los métodos empleados por el historiador se asemejarían —con una diferencia de objetivo— a los del investigador criminal que debe *ponerse en el lugar de otro,* que debe reconstruir, re-pensar. Cosa que permite a Collingwood enfatizar que el razonamiento práctico y

17. En el contexto del pensamiento francés se puede leer un tratamiento similar de este tema en ARON, R., *Introducción a la filosofía de la historia* (Siglo XX, Buenos Aires, 1983, o en VEYNE, P., *Cómo se escribe la historia,* Alianza, Madrid, 1984).

no sólo el teórico juega un destacado papel en la historia.

Desde este punto de vista, la historia no es una reflexión impersonal, no somos espectadores del pasado, puesto que cuando ofrecemos una explicación en términos de propósitos o razones, adoptamos el punto de vista del agente; repensamos, participamos.

A partir del diálogo con la obra de Collingwood se vuelve a conceder —en el marco de la filosofía analítica de la historia— un cierto crédito a la perspectiva historicista.[18] Y ello posiblemente es debido a la conciencia de que el CLM debe flexibilizarse tanto, que deja de ser útil como referencia, y al hecho de que la tradición idealista no ha expulsado de su seno —como sí lo ha hecho la filosofía de raíces positivistas— nociones tales como las de sujeto, intencionalidad, libertad, etc. Nociones que quizá deban ser repensadas en el momento de dar cuenta de la inteligibilidad histórica.

Así, el texto de Dray, al que antes aludíamos, es un intento de mostrar cómo la comprensión histórica requiere un ejercicio de razón práctica: clarificar en qué sentido la historiografía puede concebirse no sólo como rama de las ciencias sociales, sino también como estudio humanístico. Esto significa abandonar el CLM como horizonte lógico ideal y admitir que difícilmente hallaremos algún rasgo lógico que permita agrupar todas las explicaciones históricas en cuanto históricas.

18. Se dan, en este sentido, dos actitudes: una primera entabla un diálogo crítico con Collingwood; este es el caso de W. Dray, *Philosophy and History*, Englewood Clifts, New Jersey, 1964; *Perspectives on History*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1980, o de W. H. Walsh (véase *op. cit.*). La segunda actitud se inclina directamente por posiciones neohistoricistas (ejemplos de ella serían los artículos de A. Donogan y de L. O. Mink). Esta reconsideración de los argumentos historicistas no es extraña, en algunos casos, a la influencia del pensamiento del segundo Wittgenstein; véase la obra de P. Winch de 1948 *The idea of a Social Science* (trad. cast. en Amorrortu, Buenos Aires, 1972).

Aquí se puede apreciar un cambio de énfasis: la cuestión deja de ser el nexo entre filosofía de la ciencia y filosofía de la historia para convertirse en la pregunta por la relación entre esta última y la filosofía de la acción.[19]

Una de las aportaciones del libro de Dray refleja este cambio de perspectiva, su modelo de *explicación por razones*. Modelo que responde a la voluntad de mostrar que la actividad de re-pensar desarrollada por el historiador no tiene porqué identificarse con alguna misteriosa e intuitiva capacidad de re-vivir los estados de consciencia del agente pasado, sino que tiene su propia lógica y, por tanto, cierto carácter explicativo. En opinión de Dray, entender el sentido de una acción consistirá en un intento de construir un cierto «equilibrio lógico» en el que el agente se ajusta a un cálculo. El historiador llega a este «equilibrio» a partir de la evidencia disponible: lee cartas, documentos, discursos..., para poder apreciar el problema tal y como lo hizo el agente. Cosa que nos permite apreciar un lado empírico, inductivo en la explicación por razones —la reconstrucción del contexto en el que la acción aparece como *apropiada*, en función de los fines y de las creencias del agente—, aunque no debemos menospreciar el lado en el que pesan las opiniones del historiador acerca de lo que es un cálculo relevante.

Este procedimiento tiene la ventaja, en primer lugar, de ser *autocorrectivo* —siempre es posible que nuevos datos trastornen el «equilibrio»— y, en segundo lugar, de distanciarse de la identificación de comprensión del sentido, con empatía o contacto directo con las vivencias o intenciones de agentes pasados.

19. Además de los textos de W. Dray, podemos citar la obra de Von Wright, F. H., *Explicación y comprensión*, Alianza, Madrid, 1979, o los mismos artículos de A. C. Danto, dedicados a la filosofía de la acción: «What We Can Do?», *Journal of Philosophy*, 15, 1963; «Basic Actions», *American Philosophical Quarterly*, 2, 1965 (trad. cast. en White, A. R., *La filosofía de la acción*, F.C.E., México, 1976).

Así, con Dray, el CLM ha quedado totalmente abandonado, al mostrar que la comprensión de la acción no depende del conocimiento de leyes, sino del conocimiento contextual. Por otra parte, en la medida en que el historiador adopta el punto de vista del sujeto humano —hace «experiencia vicaria»— difícilmente su trabajo puede asimilarse totalmente al del científico. Estamos, pues, lejos de los presupuestos de la filosofía positivista de la historia.

* * *

Antes decíamos, siguiendo a O. Mink,[20] que hasta el año 1965 se puede afirmar que la filosofía crítica de la historia ha girado alrededor de la validez del CLM como modelo aplicable a la historia. Y, hasta el momento, hemos visto cómo el progresivo desdibujamiento de este modelo coincide con una cierta recuperación de temas de la tradición idealista, antaño rechazados como fuente de problemas metafísicos. Entonces, ¿por qué 1965 y no, por ejemplo, 1957, fecha de la publicación de la obra de Dray?

Porque en 1965, con la publicación de tres libros —*Foundations of Historical Knowledge* de Morton White, *Philosophy and Historical Understanding* de William

20. MINK, L. O., *Historical Understanding*, Cornell Univ. Press, Ithaca, 1987. Sobre la evolución de esta controversia, véase: GARDINER, P. (comp.), *Theories of History*, The Free Press, Nueva York, 1952; *Philosophy of History*, Oxford Univ. Press, Londres, 1974; MEYERHOFF, H. (comp.), *The Philosophy of History in Our Time*, Doubleday & Co. Inc., Garden City, 1959; HOOK, S. (comp.), *Philosophy and History*, New York Univ. Press, Nueva York, 1963; DRAY, W. (comp.), *Philosophical Analysis and History*, Harper & Row, Nueva York, 1966. Como comentarios generales de la filosofía analítica de la historia puede leerse TOPOLSKY, J., *Metodología de la historia*, Cátedra, Madrid, 1982; PREDAVAL, M. V., «Teoria della spiegazione» en *Rivista di stori della filosofia*, 41, 1986,

Gallie y el libro que publicamos, *Analytical Philosophy of History*— es introducida en la filosofía anglosajona de la historia la noción de narración. A partir de este momento, el problema de la narración pasará a ocupar el lugar central que tenía la explicación en la filosofía de la historia;[21] y ello, a pesar de que estas tres obras —fundamentalmente la de White y la de Danto— todavía insisten en el carácter explicativo de la estructura narrativa como alternativa a la explicación causal, derivada de la concepción científica.

Es en este sentido en el que hay que interpretar las palabras de Danto según las cuales su libro debe la existencia al artículo de Hempel. Efectivamente, su obra se enmarca en el proceso de debilitamiento o de abandono del CLM, pero, como indica Habermas, su libro va mucho más allá de este modelo. Y esto quizá porque, al introducir la noción de narración, expresa el convencimiento de que al historiador no le interesan sólo los efectos intencionales de las acciones, es decir, la perspectiva del agente pasado. De un modo más claro y en palabras de

21. Esta atención al papel de la narración puede apreciarse tanto en las obras de Gallie (Schocken Books, Nueva York, 1964); de White (Greenwood Press, Wesport, 1965) o de A. C. Danton, como en los artículos de L. O. Mink o del propio Dray («On the Nature and Role of Narrative in Historiography», *History and Theory*, X, 2, 1971). Estos últimos se distancian al mismo tiempo de las tesis de Danto y de los esfuerzos por reducir la historia a mero género literario (véase, por ejemplo, WHITE, H., *Metahistory*, The John Hopkins Univ. Press, Baltimore, 1973). Además, la narración se entiende, en obras como la ya mencionada de P. Ricoeur, en términos de manifestación de una determinada clase de consciencia del tiempo en el discurso.

Por otra parte, historiadores como P. Veyne o L. Stone («The Revival of Narrative», *Past and Present*, 85, 1979; trad. cast. en *Debats*, n. 4) abogan por la narración como alternativa a una historiografía científica, representada hasta el momento por el modelo marxista o por la Escuela de los «Annales».

Para una visión de conjunto véase: DRAY, W., «Narrative versus Analysis in History», *Philosophy of Social Sciences*, 15, 1985 o ROSSI, J. (comp.), *La storiografia oggi*, 1982.

O. Mink:[22] «La historia sobreviene cuando la partida está terminada y, por lo tanto, debe mucho al punto de vista del que narra: no ignora nada de los efectos no queridos».

Donde no hay narrador no hay historia

«No saber cómo acabará todo es lo propio de vivir los acontecimientos.»

A. C. DANTO

Analytical Philosophy of History se organiza alrededor de la idea de que la reconstrucción del sentido de los acontecimientos históricos no se reduce a la recuperación —gracias a la filología y a la documentación, por ejemplo— del contexto y de la perspectiva de los agentes y testimonios inmediatos. En esta obra, el significado se halla ligado a la consciencia retrospectiva de intérpretes históricamente situados.

Danto se sirve de una pequeña ficción para desarrollar esta idea. Imaginemos una persona o una máquina que conociera todo lo que ocurrió, en el momento en que tuvo lugar y que, además, fuera capaz de registrarlo instantáneamente. De este modo, podríamos concebir los escritos de este Cronista Ideal (C.I.) como un duplicado del pasado tal como realmente ocurrió y, por lo tanto, considerarlos superiores a los textos de los historiadores, puesto que no contendrían ni las lagunas ni las desventajas de los escritos de aquellos que no han sido testigos.

Ahora bien, esta crónica sería también incompleta y lo sería en virtud de su permanente contemporaneidad con los hechos relatados. Incompleta, afirma Danto, porque el C.I. no podría usar aquellas expresiones que son

22. MINK, L. O., *op. cit.*

el rasgo característico mínimo de cualquier discurso histórico: las «oraciones narrativas».

A partir de esta afirmación podemos destacar algunos aspectos que permiten afirmar que esta obra va más allá del CLM.

* * *

En primer lugar, podemos notar que la preocupación de Danto no es tanto dar cuenta del estatuto epistemológico del quehacer de los historiadores, como identificar el marco conceptual que rige el uso de ciertas oraciones, que se caracterizan por: referirse, como mínimo, a dos acontecimientos separados en el tiempo, describir sólo al primero de ellos y tener el verbo en pasado: las oraciones narrativas.

Tal preocupación indica que el texto que sigue se sitúa en aquella tradición de raíz kantiana que asimila la filosofía a la tarea de identificación de límites o, mejor, que le atribuye la labor de describir y analizar nuestros modos de pensar y de hablar sobre el mundo.[23] Desde este punto de vista, una «filosofía analítica de la historia» consistirá en tomar en serio la limitación característica del conocimiento histórico —nuestra ignorancia del futuro— y analizar las formas de hablar sobre el pasado, que son, al mismo tiempo, formas de concebirlo.

Este tipo de filosofía de la historia nada tendría que ver con aquella «filosofía substantiva de la historia» que trata de dar cuenta *del* significado del «conjunto de la historia», conjunto que incluye tanto el pasado como el futuro. A diferencia de ésta, el historiador, en primer lugar, tiene como objetivo hacer afirmaciones verdaderas sobre el pasado y sobre el futuro, pero cuando éste ha devenido pasado y, en segundo lugar, hacer un uso del concepto de *significado* considerablemente distinto.

23. Danto entiende que tal análisis conduce a una metafísica descriptiva, en el sentido señalado por Strawson.

El historiador considera el significado de los acontecimientos pasados en relación a una *totalidad temporal*. Este sería el mismo uso que hacemos del término «significado» cuando nos referimos a la falta de significado de un episodio de una novela; cuando hablamos así, estamos indicando que el episodio es superfluo, estéticamente poco apropiado, etc. Pero sólo podemos hacer tal juicio en el momento en que hemos acabado de leer la novela: sólo retrospectivamente nos sentimos autorizados a atribuir un significado a tal o cual acontecimiento; la pregunta por el significado sólo puede tener respuesta en el contexto de un relato (*story*).

Todo esto indica, por una parte, que la filosofía «substantiva de la historia» peca de impaciencia, puesto que trata de ofrecernos un relato antes de que pueda ser propiamente contado: un relato completo del pasado implicaría un relato completo del futuro; y, por otra parte, que todo discurso narrativo es esencialmente incompleto. De modo que debemos entender el trabajo del historiador como un intento de construir enunciados verdaderos sobre *su* pasado, enunciados que se hallan sujetos a revisión por un historiador posterior.

* * *

En segundo lugar, Danto apuesta en favor de tomar el tiempo en serio: por suerte o por desgracia nuestro conocimiento del pasado se halla significativamente limitado por nuestra ignorancia del futuro y, por otro lado, «sabemos demasiado» para poder re-vivir empáticamente. El historiador habla desde un horizonte temporal que no es del testimonio ocular, pero ésta es precisamente la condición de posibilidad de todo significado o conocimiento histórico.

La «oración narrativa», presentada por Danto como una de las descripciones posibles de la acción, recoge estas consideraciones, en la medida en que, como hemos visto, siempre narramos una historia (*story*) desde la

perspectiva de su conclusión, con lo que, ahora, podemos añadir a lo ya dicho que los dos acontecimientos a que se refiere una «oración narrativa» son siempre anteriores al momento de su enunciación. Veamos un ejemplo de este tipo de oraciones y apreciaremos cómo el acontecimiento se representa en términos de categorías bajo las que no podía haber sido observado por ningún testimonio, aunque éste fuera nuestro Cronista Ideal. Un historiador puede decir: «Aristarco anticipó en el año 270 la teoría que publicó Copérnico en el 1543». Términos como «anticipar», «instigar»... sólo pueden aparecer en oraciones narrativas y éstas no son accesibles al C.I.

Es evidente que no era intención de Aristarco el anticiparse a Copérnico, pero Danto nos recuerda que los predicados para describir acciones son a menudo flexibles y cubren muchos tipos de conducta. Así, si decimos que alguien «está plantando rosas», estamos cubriendo diversas posibles conductas: «cavar», «fertilizar», etc. Además, esta descripción no queda afectada por el éxito o el fracaso de la empresa. Pero, en la historia, nos interesan no sólo las acciones, sino también su resultado y, en especial, las consecuencias no deseadas. Esto nos obliga a pensar, en primer lugar, que las «oraciones narrativas» se caracterizan por exigir la ocurrencia de los dos acontecimientos a los que se refieren y, en segundo lugar, que la teoría de las oraciones narrativas no es totalmente asimilable a discurso ordinario de la acción.

El historiador no debería lamentarse por tener una perspectiva distinta del agente, puesto que tiene el privilegio de ver las acciones desde la perspectiva temporal. O lo que viene a indicar lo mismo, el historiador introduce cambios retroactivos en el significado del pasado. Esto es lo que le está vedado al C.I., dado que para él la categoría de «significado» histórico está vacía de contenido. De este modo, hay que entender que la historiografía, de una forma análoga a la ciencia, va más allá de lo dado y maneja esquemas organizativos: la narración histórica organiza y, al mismo tiempo, interpreta.

Pero ¿acaso debemos pensar que no es posible distinguir entre *crónica* e *historia* o entre «pura» descripción de los hechos y una interpretación de los mismos? Efectivamente, para Danto, la «historia es de una sola pieza»: toda descripción interpreta; sin criterios de selección no hay historia. Y ello porque, como hemos visto, los acontecimientos históricos sólo adquieren significado histórico gracias a su relación con acontecimientos posteriores, a los que el historiador concede importancia en función de sus intereses presentes. Esto, por supuesto, significa que no hay historia —en el sentido narrativo del término— del presente, porque el futuro está abierto; no sabemos cómo organizarán nuestro presente los futuros historiadores o incluso nosotros mismos. Pero si el futuro está abierto, entonces, en algún sentido podemos decir que el pasado también lo está.

* * *

En la medida en que la imposibilidad de situarnos *literalmente* en el lugar de otros es, al mismo tiempo, la limitación del conocimiento histórico y la condición de posibilidad de una narración significativa del pasado, la historia no puede concebirse como imitación de la historia vivida. Dicho con más claridad, la narración histórica no es un mero vehículo de transmisión de información: es un procedimiento de producción de significado (los agentes son ciegos para ciertos significados de sus acciones, porque son ciegos con respecto al futuro) y, por lo tanto, puede atribuírsele una función explicativa.

A pesar de que en la obra de Danto se atribuye una función explicativa a la narración, no hay que olvidar que la historia sólo la podemos conocer desde *dentro*, somos sujetos históricamente situados en un momento posterior a los hechos relatados. Así, las historias que contamos dicen tanto de nuestro *pasado*, como de nuestros intereses presentes: en cierto sentido, somos un *microcosmos* de las historias que somos capaces de narrar.

Esto es lo que a Habermas le permite afirmar que Danto lleva la filosofía analítica al mismo umbral de la hermenéutica. El historiador no habla desde fuera, la historia no es una reflexión impersonal: es una disciplina subjetiva, en el doble sentido de ser el marco en cuyo seno podemos autorrepresentarnos y, al mismo tiempo, marco en el cual el historiador no es espectador sino partícipe.

* * *

La obra de Danto se aleja, pues, a pasos agigantados del CLM y da pie a un posible diálogo entre la tradición analítica y la hermenéutica. Diálogo que puede ser fructífero en tanto que permitiría un espacio en el cual pensar nociones tales como la de identidad narrativa, por ejemplo: problematizar las relaciones entre comprensión histórica y filosofía de la acción; ofrecer un concepto de significado histórico que vaya más allá tanto del tratamiento cientificista de la historia, como del tratamiento historicista, donde se enfatiza la primacía de un sujeto pasado y constituido, frente a un sujeto presente; llenar de contenido la idea de reconstrucción del pasado; y sacar consecuencias del hecho de que, a través del análisis de la estructura de la narración, sabemos que las acciones de los hombres superan en mucho la conciencia que tienen de ellas.

Todo ello indica una obra sugerente tanto por el espacio de reflexión y de diálogo que abre con sus propuestas, como por el hecho de que también sus límites indican cuestiones pendientes para una filosofía de la historia que tome en consideración el nexo entre historia y narración.

FINA BIRULÉS
Universidad de Barcelona

1. FILOSOFIA DE LA HISTORIA SUBSTANTIVA Y ANALITICA

La expresión «filosofía de la historia» abarca dos diferentes clases de investigación. Me referiré a ellas como filosofías de la historia *substantiva* y *analítica*. La primera de ellas se encuentra conectada con la investigación histórica normal, lo que significa que los filósofos substantivos de la historia, como los historiadores, se ocupan de dar cuenta de lo que sucedió en el pasado, aunque quieren hacer algo *más* que eso. Por otro lado, la filosofía analítica de la historia no solamente está conectada con la filosofía: *es* filosofía, pero filosofía aplicada a problemas conceptuales especiales, que surgen tanto en la práctica de la historia, como de la filosofía substantiva de la historia. Esta no se encuentra realmente conectada con la filosofía, no más que la propia historia. Este libro constituye un ejercicio de filosofía analítica de la historia.

Lo primero que someteré a análisis es lo que pretende hacer la filosofía substantiva de la historia además de proporcionar una explicación del pasado. Más o menos se podría decir que, en contraposición incluso con el ejemplar más ambicioso de escritura histórica normal, un filósofo de la historia trata de proporcionar una explicación del *conjunto* de la historia. Sin embargo, existen algunas dificultades iniciales con esta caracterización. Imagínese que reunimos todos los ejemplares de escritura histórica normal, y a ellos añadimos luego otros ejemplares de escritura histórica que llenen todos los huecos de forma que, a la postre, tengamos una descripción total y completa de todo lo que alguna vez ha sucedido. Se podría decir entonces que hemos producido

una relación del conjunto de la historia y, por lo tanto, una filosofía de la historia. Pero, de hecho, no lo habríamos conseguido: como mucho habríamos producido una relación de todo *el pasado*. De acuerdo con ello, hemos de distinguir entre el conjunto de la historia y todo el pasado. Y una forma de hacerlo sería la siguiente.

De forma típica, concebimos a los historiadores como personas ocupadas en estudiar, y en escribir relaciones de acontecimientos particulares del pasado, con un gran detalle. Utilizo ahora el término «acontecimiento» con cierta imprecisión, pero la Revolución Francesa constituiría un ejemplo claro de la clase de acontecimientos que interesa estudiar y explicar a los historiadores. Ahora bien, deben existir innumerables acontecimientos de cuya ocurrencia tenemos escasos datos, y muchísimos otros de los que creemos que han de haber ocurrido, pero de los cuales poco más sabemos, excepto que han debido ocurrir. En suma, existen muchas lagunas en nuestra explicación del pasado. Pero supóngase que se rellenan todas esas lagunas, de forma que conozcamos sobre cualquier acontecimiento acaecido en el pasado tanto como sabemos sobre la Revolución Francesa. Supongamos, en realidad, que sabemos todo sobre lo acaecido alguna vez, que tenemos una Crónica Ideal de todo el pasado. Esta todavía no constituiría el conjunto de la historia que, según hemos dicho, es la que interesa a los filósofos substantivos de la historia. Tal relación idealmente completa del conjunto del pasado proporcionaría, como mucho, los *datos* necesarios para una filosofía substantiva del conjunto de la historia. El concepto de dato es correlativo con el concepto de teoría, y lo que sin más se sugiere aquí es que la filosofía substantiva de la historia es un intento de descubrir un tipo de teoría que se ocupa de la noción, aún por aclarar, de conjunto de la historia. Seguiré esta sugerencia e identificaré dos tipos distintos de tales teorías, las *descriptivas* y las *explicativas*.

En este contexto, una teoría descriptiva es la que trata de mostrar una pauta en los acontecimientos que

constituyen todo el pasado, y proyectar esa pauta sobre el futuro, manteniendo, por lo tanto, la tesis de que los acontecimientos en el futuro, o bien se repetirán, o bien completarán la pauta exhibida por los acontecimientos pertenecientes al pasado. Una teoría explicativa es un intento de dar cuenta de esta pauta en términos causales. He de insistir en que una teoría explicativa equivale a una filosofía de la historia sólo en la medida en que se encuentra conectada con una teoría descriptiva. Existen teorías causales que persiguen dar cuenta de los acontecimientos históricos en los términos más generales, explicables mediante referencias a factores raciales, climáticos o económicos. Pero, como mucho, esas teorías constituyen contribuciones a las ciencias sociales y, como tales, no son filosofías de la historia. El marxismo es una filosofía de la historia y exhibe ciertamente ambos tipos de teorías, la descriptiva y la explicativa. Considerada desde el punto de vista de la teoría descriptiva, la pauta es la del conflicto de clases, en que una clase genera su antagonista a partir de las condiciones de su propia existencia y es superada por ella: «toda la historia es la historia de la lucha de clases», y la forma de la historia es dialéctica. Esta pauta perdurará en la medida en que sigan operando ciertas fuerzas causales, y el intento de identificar esas fuerzas causales con diferentes factores económicos es lo que constituye la teoría explicativa del marxismo. Marx predijo que la pauta llegaría a su fin en un momento futuro, porque los factores causales responsables de su permanencia dejarían de ser operativos. Marx dudó sobre lo que ocurriría después, excepto por ciertas cautas indicaciones de carácter utópico.[1] Pero, tal como creía, el término «historia» ya no

1. Karl Marx y Friedrich Engels, *The German Ideology*, Nueva York, International Publishers, 1947, pág. 22: «Tan pronto como se distribuye el trabajo, cada hombre tiene una esfera particular, exclusiva, de actividad, que le constriñe y de la que no puede escapar. Es un cazador, un pescador, un pastor o un crítico, y ha de seguir siéndolo si no quiere perder su medio de vida; mien-

tendría aplicación. La historia, tal como la entendía él, llegaría a su fin cuando los conflictos entre clases alcanzaran el suyo, lo cual sucedería cuando la sociedad careciera de clases.[2] Y Marx sólo ofrecía una teoría de la *his-*

---

tras que en la sociedad comunista, en la que nadie tiene una esfera exclusiva de actividades, sino que cada cual se realiza en la rama que desee, la sociedad regula la producción general y hace entonces posible que yo haga una cosa hoy y otra mañana, cazar por la mañana, pescar al mediodía, cuidar el ganado por la tarde, criticar tras la cena, porque tengo una mente, sin convertirme por ello en cazador, pescador, pastor o crítico». La reluctancia de Marx a hablar detalladamente sobre la sociedad sin clases concordaba por supuesto con su teoría general de que las formas de vida y de conciencia reflejaban las condiciones materiales de la existencia («la producción de las ideas, de las concepciones, de la conciencia se encuentra directamente unida ante todo a las actividades y relaciones materiales entre los hombres, el lenguaje de la vida real», *ibid.,* págs. 13-14), de forma que ¿cómo hablas de «las ideas, concepciones, etc.» que *existirán* bajo una forma de existencia material que nunca ha existido hasta entonces? Es más, en la sociedad sin clases, los hombres se encontrarán en cualquier caso liberados de esas causas materiales y libres para ejercer control sobre sus vidas. De modo que lo único que se puede decir en ese momento es que las cosas serán «lo contrario» de lo que son entonces, por lo que todo lo más sólo es posible una caracterización negativa, pero no es fácil identificar positivamente lo que designa «no-A». Véase Engels, *The origins of Family Private Property and the State,* en Marx y Engels, *Selected Works,* Londres, Lawrence & Wishart, 1950, II, pág. 219: «Lo que en este momento podemos conjeturar sobre la regulación de las relaciones sexuales ante la inminente eliminación de la producción capitalista es en su mayor parte de un carácter negativo, limitado en su mayoría a lo que desaparecerá».

2. «Si se desplegaran al tiempo todas las contradicciones, habríamos llegado a lo que se denomina verdad absoluta, la historia del mundo habría llegado a su fin. Y sin embargo ha de continuar, aunque nada quede por hacer. Y esta es una nueva, insoluble contradicción» (Friedrich Engels, *Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy,* en Marx y Engels, *Selected Works,* II, pág. 330). Ciertamente, Engels está hablando de Hegel pero de hecho la misma «contradicción» se da en su propio sistema. En la sociedad sin clases, o en la historia posterior a

toria.[3] En cualquier caso, debería quedar claro que la expresión «el conjunto de la historia» abarca más que la expresión «todo el pasado». Abarca también todo el futuro o, si es que merece la pena establecer esta calificación, todo el futuro *histórico*. Volveré sobre ello enseguida.

Si concebimos la conexión entre la historia y la filosofía de la historia en la forma que he sugerido, podríamos vernos tentados de concebir esta conexión como análoga a la conexión entre la astronomía teórica y observacional. Así, por ejemplo, Tico Brahe fue célebre por haber realizado, durante un largo período de tiempo, una serie de observaciones celestes de una precisión sin precedentes, referentes, entre otras cosas, a las posiciones de los planetas entonces conocidos. Sin embargo, él mismo no consiguió encontrar una pauta proyectable en esas diferentes posiciones. Fue Kepler quien lo con-

---

la revolución, las teorías marxistas de la historia carecerán de aplicación. Véase la nota siguiente.

3. Aparentemente, la historia, en la concepción marxista, admite una teoría sólo en la medida en que los hombres sean empujados por fuerzas sobre las que no tienen control. Pero en la sociedad sin clases los hombres se verán liberados de las fuerzas históricas y, por tanto, «harán su propia» historia, en vez de «ser hechos por ella». Así, «Toda la esfera de las condiciones vitales que rodean al hombre y que hasta ahora ha gobernado al hombre, caen entonces bajo su dominio y control, que, por vez primera, se convierte en el dueño real y consciente de la naturaleza, porque se ha convertido desde entonces en el dueño de su propia organización social... La organización social del hombre, que hasta ahora se le ha impuesto como una necesidad por la naturaleza y por la historia, se convierte entonces en el resultado de su propia acción en libertad. Las fuerzas objetivas ajenas que hasta ahora han gobernado la historia pasan al control del hombre mismo. Sólo a partir de ese momento el hombre, cada vez más conscientemente, será protagonista de su propia historia... Lo cual es el ascenso del hombre desde el reino de la necesidad al de la libertad». Friedrich Engels, *Socialism: Utopian and Scientific*, en Marx y Engels, *Selected Works*, II, págs. 140-141.

siguió, descubriendo, tras arduos trabajos, que las posiciones de los planetas podrían situarse en una elipse con el sol en uno de los focos. Esto equivaldría a la posesión de lo que he denominado una teoría descriptiva. A Newton le correspondió descubrir a qué se debe esta pauta particular, esto es, ofrecer una teoría explicativa. Ocasionalmente, los filósofos de la historia han concebido su propia tarea en términos exactamente análogos a éstos. Por ejemplo, Kant escribe a este respecto:

> Sea cual fuere la teoría metafísica que se pueda avanzar sobre la libertad de la voluntad, se cumple igualmente de la tesis de que las manifestaciones de la voluntad en las acciones humanas se encuentran determinadas, como cualesquiera acontecimientos externos, por leyes universales naturales... En consideración a este principio natural de regulación, es de esperar que cuando el ejercicio de la libertad de la voluntad humana sea examinado a la magna escala de la historia universal, se pueda descubrir una marcha regular en sus movimientos y que, de esta manera, lo que parece enmarañado en el caso de los individuos, será reconocido, en la historia de la especie, como un desarrollo continuamente progresivo, aunque lento, de sus potencialidades y dotaciones originarias... De acuerdo con ello, veremos si podemos conseguir encontrar la clave de esa historia y, en el caso de que lo hagamos, dejaremos que la naturaleza alumbre al hombre que la componga. Así alumbró a un Kepler, quien, de forma inesperada, redujo las excéntricas trayectorias de los planetas a leyes determinadas, y luego alumbró a un Newton, que explicó esas leyes mediante una causa natural universal.[4]

Si continuáramos con esta comparación en cierta medida chocante, la filosofía substantiva de la historia se en-

4. Inmanuel Kant, «Ideas of a Universal History from a Cosmopolitical Point of View», traducido por W. Hastie, en Patrick Gardiner (comp.), *Theories of History*, Glencoe, Free Press, 1959, pág. 23.

contraría en la misma relación con la investigación histórica corriente que la ciencia teórica con la observación científica. Ha habido, y quizás todavía hay, partes de la ciencia que no han sobrepasado la mera realización de observaciones, la colección de especímenes y demás. La historia corriente podría ser una ciencia de esa clase. La filosofía substantiva de la historia podría constituir entonces un paso hacia los siguientes dos niveles (respectivamente, el kepleriano y el newtoniano) de la comprensión científica. Ciertamente, la «filosofía de la historia» sería la ciencia de la historia y el hecho de ser conocida como «filosofía» constituiría simplemente un vestigio del antiguo uso del término, de forma similar a como la física se denominó una vez «filosofía natural». Las leyes de Kepler, aunque basadas en datos reunidos por Tico, los trascendieron, permitiendo a los astrónomos no sólo organizar dentro de un modelo coherente todas las posiciones de los planetas observadas por Tico, sino también predecir todas sus posiciones *futuras*, incluso las de los planetas desconocidos en tiempos de Kepler. Las leyes de Newton no solamente explicaron los hechos conocidos por Tico y por Kepler, sino también (en forma ideal) muchos hechos desconocidos por ellos. De forma parecida, se podría aducir, una teoría histórica que realmente tuviera éxito iría más allá de los datos reunidos por la historia, no solamente reduciéndolos a una pauta, sino prediciendo, y explicando, todos los acontecimientos de la historia futura. Se podría decir entonces que ése es el sentido en que la filosofía substantiva de la historia tiene que ver con el conjunto de la historia: todo el pasado y todo el futuro, la totalidad del tiempo. En contraste con ello, los historiadores tienen que ver sólo con el pasado, y con el futuro en la medida en que se convierte en pasado. Porque todos los datos actuales proceden del presente y el pasado: no podemos, ahora, reunir datos acerca del futuro, y la historia no es sino una tarea de recolección de datos.

Tal explicación es extremadamente generosa con la

filosofía substantiva de la historia. Pero es particularmente mezquina con la historia misma. Incluso si supiéramos que las filosofías de la historia fueran intentos de algo así como teorías científicas, sólo se podría llegar a la conclusión, para cualquiera que tenga conocimiento de ellas, de que son tentativas muy toscas, realmente tan toscas que cuando se las compara con una teoría descriptiva tan simple como la de Kepler, las filosofías de la historia existentes son indeciblemente romas, sin capacidad prácticamente para predecir. Las filosofías explicativas de la historia, incluso las que han sido más influyentes, son poco más que programas para teorías aún por formular, no digamos comprobar. Por otro lado, si pensamos en las explicaciones históricas comunes (y no sólo en las mejores de ellas), parecen ejemplares muy desarrollados de su propio género, que satisfacen criterios aplicables a ese género y que resaltan la forma en que las filosofías de la historia fracasan miserablemente en satisfacer los criterios de una teoría científica.

Es más, el género, cuyos criterios parecen satisfacer las explicaciones históricas, no incluye a este propósito cosas como secuencias de registros de las posiciones planetarias en noches sucesivas. Es muy difícil clasificar una obra como, por ejemplo, *El declive y la caída del Imperio Romano*, de Gibbon, en el mismo apartado que las notas observacionales de Tico Brahe, o con cualquier conjunto de registros de observaciones científicas. Ahora bien, existe dentro de la historia misma algo similar a la clase de actividad con la que se compara la historia en su conjunto en la concepción que estamos considerando. Pienso en la clase de cosas que hacen los historiadores cuando utilizan técnicas especializadas para reconocer documentos y artefactos, o para datar un acontecimiento, o para decidir si Sir Walter Raleigh era realmente un ateo, o para identificar a un individuo. Realmente tales actividades podrían ser consideradas de una forma útil como observacionales, que proporcionan enunciados simples, presumiblemente verdaderos, como «Sir Walter Ra-

leigh no era un ateo». Pero en modo alguno esto es lo que constituye la actividad historiadora. Dentro de la historia misma existen también intentos de organizar los hechos conocidos en pautas coherentes y, en cierto modo, tales organizaciones de hechos tienen casi tanto en común con las teorías científicas como las filosofías de la historia. Por supuesto, no admiten en la misma forma exactamente una proyección sobre el futuro, pero con todo tienen una cierta capacidad predictiva. Una cierta explicación de lo que sucedió en el pasado, basada en datos, nos podría permitir predecir hechos adicionales sobre lo que sucedió, que hasta entonces ignorábamos: una investigación independiente podría confirmar esta predicción. El hecho de que el acontecimiento predicho tenga lugar en el pasado no nos debe ocultar el hecho de que se trataría de una predicción y, si se quiere, una predicción sobre lo que, como historiadores, descubriremos posteriormente si realizamos una investigación. Y esto se parece mucho a predecir lo que veremos en el cielo si hacemos ciertas observaciones. Así, el hallazgo de tres tumbas de estilo romano elaborado en partes diferentes de Yugoslavia, y el conocimiento de la costumbre romana de enterrar a la gente en los márgenes de los caminos, podría sugerir que esas tumbas están situadas en un camino importante: una investigación posterior podría corroborar esta predicción. Por lo tanto, la distinción entre observación y teoría tiene un correlato en la historia. Pueden existir amplias diferencias entre las explicaciones históricas y las teorías científicas, pero no más amplias, se siente uno inclinado a pensar, que las diferencias entre las filosofías de la historia y las teorías científicas.

Además, resulta incorrecto y distorsionante concebir el relato histórico sólo como el conjunto de datos de las filosofías futuras de la historia (Tico quiso encontrar una teoría descriptiva en la que encajaran sus observaciones, pero es ciertamente falso suponer que los historiadores conciben sus propias «observaciones» de esa manera). No

se deduce que lo que los historiadores hacen podría *no* considerarse de esa forma, sino sólo que no lo conciben de esa forma, de la misma manera que los artistas se conciben a sí mismos como proveedores de datos para los historiadores del arte, incluso aunque resulte cierto que lo que los artistas hacen constituye realmente el conjunto de datos con los que trabaja el historiador del arte. Sea cual sea la forma en que podamos caracterizar la tarea historiadora, en contextos diferentes, la concepción presente no describe esa tarea de acuerdo con los objetivos y los criterios de realización que son los de los historiadores practicantes. Y aceptar esa concepción entrañaría una revolución en nuestro concepto de la historia como disciplina intelectual. Si se me ocurre leer una explicación de la Guerra de los Treinta Años, que estimula mi reflexión acerca de la explicación histórica, sería cierto que el historiador que la escribió estimuló una reflexión filosófica. Pero no era su propósito, al describirla, estimular una reflexión de ese tipo. Por supuesto, lo que sucede es algo como lo siguiente. Un historiador particular trabaja duramente para establecer un cierto hecho referente al pasado, por ejemplo. Luego, otro historiador encuentra una utilización de ese hecho al escribir un relato de alguna porción del pasado. Puede ser o no una relación satisfactoria para sus colegas. Pero, si es insatisfactoria, se puede escribir otra relación, y una relación exactamente de la misma clase que aquella a la que sustituye, pero que satisfaga exactamente los mismos criterios por los que la otra fue refutada como insatisfactoria. Las relaciones de esta clase (y diré algo más sobre los criterios que han de satisfacer las relaciones históricas) son en cierto modo completas, en el sentido de que cualquier mejora que experimentan seguirán siendo una producción dentro de la historia. Dicho de otro modo, estas relaciones no parecen ser los preliminares de otra *clase* diferente de actividad, sino solamente, quizá, de otras relaciones de la misma clase, satisfaciendo exactamente los mismos criterios.

La diferencia, pues, entre la historia y una filosofía de la historia no puede ser la de que ésta proporciona, y la primera no, relaciones basadas sobre hallazgos detallados de hechos. Porque tales relaciones las proporcionan tanto la historia como la filosofía de la historia. Así pues, la relación dada por un filósofo de la historia ha de ser de una clase muy diferente si se ha de mantener fuera del ámbito de la historia y hacer algo que la historia misma no hace. Y por supuesto sería de esperar que fuera una clase completamente diferente de relación si se asemejara a una teoría científica, porque, a este respecto, las teorías científicas parecen pertenecer a un género diferente y satisfacer criterios diferentes de las relaciones históricas comunes, paradigmáticas. Pero entonces la dificultad reside en que difícilmente se pueden considerar parecidas las filosofías de la historia y las teorías científicas paradigmáticas. Si es que se parecen a algo, se parecen a las relaciones históricas paradigmáticas, excepto en que hacen una clase de afirmaciones sobre el futuro que habitualmente éstas no hacen.

Esta última similitud no reside únicamente en el hecho de que, como las relaciones históricas, las filosofías de la historia exhiben a menudo una estructura narrativa. Reside también en el hecho de que las filosofías de la historia tienden, de forma típica, a proporcionar interpretaciones de secuencias de acontecimientos que son muy parecidas a las que se encuentran en la historia y muy poco parecidas a las que uno encuentra en la ciencia. Las filosofías de la historia hacen uso de un concepto de interpretación, que, me parece a mí, no sería muy apropiado en la ciencia, esto es, un cierto concepto de «significado». Es decir, pretenden descubrir lo que, en un sentido del término especial e históricamente apropiado, es el «significado» de este o aquel acontecimiento. El profesor Löwith ofrece la siguiente caracterización general de la filosofía substantiva de la historia. Consiste, según él, en «la interpretación sistemática de la historia universal de acuerdo con el principio de que los aconte-

cimientos y sus sucesiones históricas adquieren su unidad por, y están dirigidos a, un último significado».[5]

¿Cómo hemos de entender este uso especial de la palabra «significado», que es muy diferente de la forma en que, por ejemplo, hablamos del significado de un término, una oración o una expresión? Pienso que, más o menos, del modo siguiente. Hemos de concebir los acontecimientos como dotados de «significado» mediante referencia a una estructura temporal más amplia de la que son componentes. Y ésta no es una forma completamente extraña de usar el término. Por ejemplo, piénsese en el tipo de observación crítica que hacemos cuando decimos de un cierto episodio en una novela, o en una obra de teatro, que no tiene significado, que «carece de significación». Tratamos de decir que no consigue hacer progresar la acción, que es superfluo y, por lo tanto, estéticamente inapropiado. Pero, por supuesto, éste es un juicio que podemos hacer sobre un episodio particular sólo si tenemos ante nosotros toda la novela, o sólo cuando la obra se ha completado. Hasta entonces, sólo podemos decir que aún no sabemos cuál podría ser el significado del episodio, aunque suponemos que desempeña algún papel en la progresión de la trama. *Después,* podríamos decir que tenía *este o aquel* significado (a menos, por decirlo así, que nada se mueva por él,[6] que no tenga ninguna significación, un lunar en una obra bien construida). Insisto en que, sólo de una forma retrospectiva, podemos decir que un episodio tiene un significado específico determinado y sólo con respecto a la obra en su

5. Karl Löwith, *Meaning in History,* Chicago, University of Chicago Press, 1957, pág. 1. Véase «Lo que tienen en común los proyectos habitualmente denominados "filosofías de la historia" es el propósito de dar una relación comprehensiva del proceso histórico que "tenga sentido"», Patrick Gardiner, introducción en *op. cit.,* pág. 7.

6. «En este punto quisiera decir: una rueda que se mueva sin que nada se mueva con ella no es parte del mecanismo [Maschine], Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations,* Nueva York, MacMillan, 1953, parágrafo 271.

conjunto. Pero información referente a la obra en su conjunto es lo que precisamente nos falta cuando nos enfrentamos con ella por primera vez: así, si algo nos choca como carente de sentido, hemos de esperar y ver si es así; y si algo nos parece que tiene un cierto significado, una vez más hemos de esperar y ver si tenemos razón. A menudo nos vemos obligados a revisar nuestras opiniones referentes al significado de un episodio a la luz de lo que sucede posteriormente. También en la historia tiene aplicación este sentido de significado. Ahora que ha pasado la Revolución Francesa, podemos decir cuál fue la significación del Juramento del Frontón, algo sobre lo que los propios participantes podrían haber estado completamente equivocados. De este modo podríamos concebir a los filósofos de la historia como si intentaran considerar los acontecimientos como dotados de significado en el contexto de una totalidad histórica que es similar a una totalidad histórica, pero, en este caso, la totalidad en cuestión es la totalidad de la historia, abarcando el pasado, el presente y el futuro. A diferencia de los que tenemos la novela completa ante nosotros, y somos capaces de decir con cierta autoridad cuál es la significación de tal o cual evento, el filósofo de la historia no tiene ante sí la totalidad de la historia. Todo lo más tiene un fragmento, la totalidad del pasado. Pero piensa en términos del conjunto de la historia, y trata de descubrir a qué se podría parecer la estructura de esta totalidad basándose sólo en el fragmento que ya tiene, y al mismo tiempo, trata de decir cuál es el significado de las partes de ese fragmento a la luz de la estructura total que ha proyectado.

Estoy completamente de acuerdo con la afirmación del profesor Löwith de que esta forma de concebir el conjunto de la historia es esencialmente teológica[7] o que, en cualquier caso, tiene propiedades estructurales en

7. Löwith, *op. cit.*, pág. 1. Sin embargo, no puedo aceptar las *razones* de Löwith para decir esto, que me parecen retóricas.

común con las concepciones teológicas de la historia, a la cual se considera *in toto*, como correspondiente a algún plan divino. Considero que resulta instructivo reconocer que Marx y Engels, aunque fueran materialistas y ateos confesos, se inclinaban, no obstante, a considerar la historia a través de un prisma esencialmente teológico, como si pudieran percibir un plan divino, pero no a su divino autor. Sea como fuere, las filosofías substantivas de la historia, en la medida en que se las haya caracterizado de una forma correcta, están interesadas en lo que denominaré *la profecía*.[8] Una profecía no sólo es una afirmación sobre el futuro, porque también una predicción es una aserción acerca del futuro. Es una cierta *clase* de afirmación acerca del futuro y diré, a salvo de un análisis posterior, que se trata de un enunciado *histórico* acerca del futuro. El profeta es aquel que habla sobre el futuro de una manera que resulta apropiada sólo para el pasado, o que habla del presente a la luz de un futuro que se trata como un *fait accompli*. Un profeta trata el presente desde una perspectiva que normalmente sólo es accesible para los historiadores futuros,[9] para quienes

8. Tomo de Karl Popper la distinción entre predicción y profecía. Véase su «Prediction and Prophecy in the Social Sciences», en Gardiner, *op. cit.*, pág. 276, *passim*. Por «profecía» Popper significa una predicción incondicional. El sólo permite predicciones condicionales (esto es, dada la condición C, entonces A), o predicciones que de ellas se deriven. Argumenta que los historicistas no sólo dan predicciones incondicionales, sino que también las dan para sistemas en que no es legítimo hacerlo. Las predicciones incondicionales son lícitas cuando se derivan de las condicionales y, en ese caso, con respecto a «sistemas bien aislados, estacionarios y recurrentes». Sin embargo, la sociedad está «abierta». Este no es precisamente el sentido que estoy dando a la noción de profecía, como se verá. Ni encuentro el historicismo tan ilegítimo como Popper, en esta obra suya y en otras. Véase especialmente *The Poverty of Historicisn*, Boston, Beacon Press, 1957, cap. II y *passim*. Trato esto en parte en el el cap. XII.

9. Por ejemplo, Hitler, que fue dado a afirmaciones como «La guerra está ganada», hecha a principios de los 40. La confiada des-

los acontecimientos presentes son pasado y para los cuales resulta discernible el significado de los hechos actuales.

En este punto, precisamente, deseo retomar mi afirmación precedente de que la filosofía substantiva de la historia se encuentra conectada con la historia. Ahora podemos advertir cómo una filosofía de la historia se asemeja a una relación histórica corriente, en una cosa. Y podemos comprender cómo a veces sucede que las filosofías de la historia incluso se adscriben a un género equivocado y se consideran solamente como ejemplos *muy* ambiciosos de la escritura histórica corriente, en una escala especialmente grande: «La dificultad con las grandiosas propuestas de los Marx, Spengler y Toynbee... difícilmente puede consistir en que son historia, sino en que son grandiosas».[10] La semejanza se debe al hecho de que las filosofías de la historia hacen un uso injustificado del mismo concepto de «significado», que tiene una aplicación *justificada* en los trabajos históricos corrientes. Discutiré más adelante algunos de los problemas que surgen en relación a esta noción de significado, pero por el momento basta con indicar cómo se utiliza en las discusiones históricas la atribución normal de significado a los acontecimientos. Por ejemplo, podríamos saber que lo que realizó un individuo B se debió, en gran medida, a la influencia sobre él del trabajo de A. Preguntarse, de forma histórica, por el conocimiento de la significación del trabajo de A equivale a esperar una respuesta como la siguiente: su significación es que influyó en la obra de B. Obviamente, este sentido de «significación» no agota todo el significado del concepto de significación: un *corpus* de poesía puede ser significativo

---

cripción de Hitler del presente a la luz de un futuro del que parecía tener una revelación especial ha de explicarse en cierta medida por el dominio notable que ejercía sobre la gente.

10. Donald Williams, «More on the Ordinariness of History», *Journal of Philosophy*, LII, 10, pág. 272.

sólo porque se trate intrínsecamente de gran poesía. Y quizá se pueda argumentar que a menos que hayamos usado el término «significativo» en algún otro sentido, no histórico, careceríamos por completo de uso para el sentido histórico. Esto es, puede ser cierto que encontremos la obra de B intrínsecamente significativa, un gran logro, y, por ello, es probable que consideremos el episodio de la biografía de B, en el que conoció por vez primera la obra de A, *cargado de significación*, incluso producto del destino. Por supuesto, un contemporáneo podría no haber captado esta significación, porque la gran obra de B no hubiera sido realizada. Carecería de lo que nosotros poseemos, a saber la clase de información disponible sólo después de ese conocimiento. *Con posterioridad*, un biógrafo puede destacar este episodio como el acontecimiento más significativo de la vida de B. Un contemporáneo podría no considerarlo de esta manera: de hecho podría considerarlo como una mención insignificante. Con el tiempo, la obra de A podría tener como su *única* significación la de haber influido en la obra de B.

En relación con esto, piénsese en ciertas clases de emociones, muy corrientes, que están conectadas tanto con la memoria, como con la percepción de las acciones y omisiones propias, por ejemplo el pesar y el remordimiento «Si únicamente hubiera sabido que...». Entonces la ignorancia de que nos lamentamos en estos casos es a menudo una ignorancia acerca del futuro, una ignorancia que ha sido disipada por el tiempo, de forma que ahora sabemos y antes no, y quizá no podríamos haber sabido entonces, las consecuencias que tendrían nuestras acciones u omisiones. En general, lo que queremos decir es que si hubiéramos sabido entonces lo que ahora sabemos, no habríamos actuado como lo hicimos. Por supuesto, esas afirmaciones plantean un rompecabezas. Por ejemplo, si sé que sucederá A, se sigue que «sucederá A» es verdadero, de forma que ha de suceder A. Si A *ha de* suceder, entonces no se puede hacer nada para impedir

que suceda, o para hacer falso «A sucederá». Y por eso es superfluo el pesar. Por otro lado, si puedo hacer algo para impedir A, entonces no es el caso de que A *tenga que suceder*. Y si impido A, «A sucederá» es falso y, por lo tanto, no se puede decir que sé que A sucederá. Si puedo hacer algo acerca del futuro, no se puede saber el futuro y, si se puede saber, nada se puede hacer respecto a él. Este es un viejo rompecabezas, el de Aristóteles, con el que nos tendremos que enfrentar más adelante. Pero mi sugerencia es que «Si sólo hubiera sabido...» no se puede tomar en sentido *estricto*: si *hubiera* sabido, no podría haber hecho nada. Sin embargo, lamentarnos presupone que no vemos nuestras propias acciones en el momento en que las realizamos, con la significación que más tarde les damos, a la luz de acontecimientos posteriores con los que se encuentran relacionadas. Pero ésta es una apreciación general sobre la organización histórica de los acontecimientos: los acontecimientos se reescriben continuamente y se reevalúa su significación a la luz de la información posterior. Y, como poseen esta información, los historiadores pueden decir cosas que los testigos o los contemporáneos no podrían haber dicho justificadamente.

Preguntar por la significación de un acontecimiento, en el sentido *histórico* del término, es preguntar algo que sólo puede ser respondido en el contexto de un *relato* (*story*). El mismo acontecimiento tendrá una significación diferente de acuerdo con el relato en que se sitúe o, dicho de otro modo, de acuerdo con qué diferentes conjuntos de acontecimientos *posteriores* pueda estar conectado. Los relatos constituyen el contexto natural donde los acontecimientos adquieren una significación histórica, y existe un buen número de cuestiones que ni siquiera puedo tocar en este momento referentes a los criterios propios de un relato, los criterios que invocamos para decir, con respecto a un relato R, que un acontecimiento A es parte de R y un acontecimiento A' no. Obviamente, contar un relato significa excluir *algunos*

sucesos; es apelar tácitamente a algunos de esos criterios. De forma igualmente obvia podemos contar el relato en que A figura de una forma relevante sólo si somos conscientes de qué acontecimientos posteriores son los que están relacionados con A, de forma que, en un cierto sentido, sólo podemos contar relatos *ciertos* sobre el *pasado*. Este es el sentido que resulta violado de alguna forma por las filosofías substantivas de la historia. Utilizando el mismo sentido de significación que los historiadores usan, presuponiendo que los acontecimientos se sitúan en un relato, los filósofos de la historia buscan la significación de acontecimientos antes de que hayan sucedido los acontecimientos posteriores, en conexión con los cuales los primeros *adquieren* significación. El modelo que proyectan sobre el futuro es una estructura narrativa. En suma, tratan de contar el relato antes de que el relato pueda ser propiamente contado. Y el relato que les interesa es, por supuesto, todo el relato, el relato de toda la historia. Ciertamente, esto no significa que cualquier acontecimiento vaya a formar parte del relato (los relatos, para serlo, han de dejar cosas fuera), lo cual significa, entre otras cosas, que el filósofo de la historia buscará los acontecimientos significativos, los acontecimientos que pertenecen al relato completo. Su forma de organización es, pues, la forma histórica de organización. Pero la diferencia no es sólo una cierta grandiosidad, como veremos. Tiene también que ver de forma importante con una cierta clase de afirmaciones sobre el futuro.

Existen formas de averiguar lo que sucederá e incluso formas de proporcionar una descripción histórica de cosas que pasarán. Una forma segura de hacerlo es esperar y ver lo que sucede y escribir luego su historia. Pero el filósofo de la historia es una persona impaciente. Quiere hacer ahora lo que los historiadores corrientes, con el correr del tiempo, podrán hacer más adelante. Quiere mirar el presente y el pasado con la perspectiva del futuro (en realidad el futuro definitivo, porque todo

relato ha de tener un fin). Y desea poder describir los acontecimientos de una forma que no es normalmente accesible en el momento en que los acontecimientos mismos tienen lugar. Existen descripciones, que me ocuparán mucho espacio en este libro, que encontramos en los libros de historia y que están hechas de un modo muy característico de la producción histórica, descripciones que encontramos inteligibles y consideramos verdaderas, pero que, con un ligero desplazamiento temporal, encontraríamos completamente ininteligibles o difícilmente creíbles si se hubieran producido en el momento en que tuvo lugar el acontecimiento que describen. Un historiador podría escribir: «El autor de *El sobrino de Rameau* nació en 1751». Pero piénsese en lo absurdo que sería si alguien hubiera dicho, en el propio 1715, «El autor de *El sobrino de Rameau* acaba de nacer». Incluso más absurdo, si alguien hubiera dicho lo mismo, en tiempo futuro, en 1700, por ejemplo. ¿Qué podría significar para alguien un enunciado así, y mucho menos en 1700? Por supuesto, se podría haber predicho que la señora Diderot daría a luz a un autor, incluso un enciclopedista («Tú darás a luz a un enciclopedista»), basándose, por ejemplo, en que los varones de la familia Diderot habían sido literatos durante generaciones, pero el referirse, mediante un título, a un autor potencial de obras no escritas queda más allá de cualquier predicción: entraña hablar de un modo profético, esto es, describir el presente a la luz de las cosas que todavía no han acontecido («Tú darás a luz al Redentor»). No obstante, en esa clase de descripciones de acontecimientos, descripciones que hacen una referencia esencial a acontecimientos posteriores, en un momento futuro al que se da la descripción, en las que están empeñados los filósofos de la historia. En efecto, tratan de escribir la historia de lo que sucede *antes de* que suceda, y dar explicaciones del pasado basadas en explicaciones acerca del futuro.

Es la filosofía substantiva de la historia la que encuentro filosóficamente interesante y extraña al mismo

tiempo. Los críticos trazan en ocasiones una distinción importante entre el significado *de la* historia y el significado *en la* historia,[11] con el fin de poner en cuestión la legitimidad del proyecto completo de la historia filosófica. Preguntar por el significado de un acontecimiento supone estar preparado para aceptar un contexto en el que el acontecimiento se considere significativo. Ese es «el significado en la historia», y es legítimo preguntar por esos significados. Normalmente, el contexto en el que un aocntecimiento es significativo es un conjunto limitado de acontecimientos en el que pueden constituir unidos una totalidad, de la que el acontecimiento en cuestión es una parte. Así, la ascensión de Petrarca al monte Ventoux es significativa dentro del conjunto de acontecimientos que constituyen el Renacimiento (y quizá sea significativa no solamente en ese conexto). Pero también podemos preguntarnos por la significación del Renacimiento mismo. Lo cual requiere a su vez la especificación de un contexto más amplio, etc. Existen contextos más o menos amplios, pero la historia, considerada como totalidad, es sin más el contexto más amplio posible, y preguntar por el significado de la *totalidad* de la historia equivale a privarse del marco contextual en el cual son inteligibles esos requerimientos. Porque no existe un contexto más amplio que la totalidad de la historia en el que se pueda situar la totalidad de la historia. Esta es una crítica importante, pero, en mi opinión, no especialmente dañina para el filósofo substantivo de la historia. El filósofo podría decir que el conjunto de la historia adquiere su significado de algún contexto no histórico, por ejemplo alguna intención divina, y decir después que, desde luego, Dios se encuentra al margen de la historia y, por lo tanto, fuera del tiempo. En segundo lugar, podría indicar, como yo ya he hecho, que la atribución de significación histórica depende de la adscripción de otra clase

11. W. H. Walsh, «"Meaning" in History», en Gardiner, *op. cit.*, págs. 296 *passim.*

significación, no histórica. Por ejemplo, A es significativo históricamente por haber influido en B, porque concebimos la obra de B como significativa (quizás) en un sentido muy diferente. El filósofo podría continuar luego sugiriendo que no podemos hablar de la significación histórica como totalidad, pero esa significación histórica no es en modo alguno la única clase de significación. Finalmente, podríamos insistir en que mediante la expresión «historia como totalidad» no se significa necesariamente cualquier acontecimiento que *haya* sucedido y cualquier acontecimiento que *sucederá*. Quizá no todo es parte de la historia como totalidad, ni la historia como totalidad es *el* contexto más amplio posible. Un relato, hemos dicho, ha de dejar cosas fuera. Por ejemplo, nada de lo sucedido en Siberia fue considerado por Hegel como parte de la historia.[12] Esto no significa

12. G. W. Hegel, *The Philosophy of History*, trad. J. Sibres, Nueva York, Willey Book Co., 1944, pág. 350. «Además, encontramos al este de Europa la gran nación *eslava*... Ciertamente, ese pueblo fundó imperios y sostuvo encendidos conflictos con las diferentes naciones que se cruzaron en su camino. En ocasiones tomaron parte, como una vanguardia, una nacionalidad intermedia entre la cristiana Europa y el Asia pagana. Incluso los polacos liberaron Viena, cercada por los turcos y, hasta cierto punto, los eslavos han estado dentro de la esfera de la Razón Occidental. Sin embargo, seguimos excluyendo de nuestra consideración a esta entera colección de pueblos, porque hasta ahora no se ha presentado como un elemento independiente en la serie de fases que la Razón ha adoptado en el Mundo. Si lo hace a partir de ahora es una cuestión que no nos ha de preocupar en este momento, porque en la historia lo que nos tiene que ocupar es el pasado». Y también: «Nos hemos limitado a la consideración del progreso de la Idea y nos hemos visto obligados a prescindir del placer de proporcionar una imagen detallada de la prosperidad, los períodos de gloria que han jalonado la historia de los pueblos, la belleza y grandeza del carácter de los individuos y el interés que corresponde a sus destinos en el bienestar y en el infortunio. La filosofía se limita a sí misma a la gloria de la Idea que se refleja en la Historia del Mundo». (*Ibíd.*, pág. 457.)

que negara que sucedían cosas en Siberia, sino sólo que esos acontecimientos tuvieran significación para la gran marcha de los acontecimientos, cuyo relato estaba tratando de contar. Al discutir sobre el significado de la historia como totalidad, suponía que consistía en lo siguiente: el advenimiento progresivo de la auto-conciencia de lo Absoluto. Cualquier cosa sucedida en la historia era significativa con respecto a este relato, o carente de significación, pero Hegel nunca se preguntó por la significación de la auto-conciencia final de lo Absoluto. O, si lo hubiera hecho, sin duda habría cambiado a un sentido completamente diferente de «significativo» del aplicado a los acontecimientos corrientes de la historia. Sea cual sea el error que comete el filósofo de la historia no es, en mi opinión, el de la mera confusión entre dos sentidos de significado. Y, como he mantenido, ni siquiera los historiadores corrientes podrían usar siempre «significativo» en una única forma. Si nada tuviera un interés histórico, no tendría sentido decir de algo (como las pinturas dieciochescas napolitanas) que tiene un interés *meramente* histórico.

Con todo, pienso que la filosofía substantiva de la historia es una actividad erróneamente concebida y que se basa en una confusión básica. Argumentaré que es un error suponer que podemos escribir la historia de los acontecimientos antes de que los acontecimientos mismos hayan sucedido. Se podría expresar ese error del siguiente modo: se trata de un intento, por parte de esos filósofos, de dar descripciones de acontecimientos temporalmente inapropiados, de describir acontecimientos en una forma en que no pueden ser descritos en el momento en que se realiza ese intento. Me estoy remitiendo ahora al hecho familiar de que escribimos la historia de los acontecimientos cuando tales acontecimientos han sucedido. Pero, por supuesto, esta apelación no constituye una argumentación y la cuestión propiamente filosófica es la de por qué se da ese hecho, si es que ese

hecho se da. Los científicos realizan afirmaciones intachables acerca del futuro, como todos nosotros en la vida práctica. Pero es la *clase* particular de afirmación sobre el futuro que hacen los filósofos de la historia, o que su tarea les lleva a hacer, la que encuentro sospechosa. Mantengo que sus afirmaciones referentes al pasado y al presente están lógicamente conectadas con sus afirmaciones sobre el futuro, de forma que si éstas son ilegítimas, aquéllas no son convenientes. Los historiadores describen algunos acontecimientos del pasado mediante referencia a otros acontecimientos futuros respecto a los primeros, pero pasados para el historiador, mientras que los filósofos de la historia describen ciertos acontecimientos del pasado mediante referencia a otros acontecimientos, que son futuros tanto con respecto a esos acontecimientos, como al historiador mismo. Y quiero mantener que no podemos disponer de un punto de partida cognitivo que haga posible esa actividad. Argumentaré que la forma de organizar los acontecimientos, que es esencial en la historia, no admite una proyección sobre el futuro y, en este sentido, las estructuras, de acuerdo con las cuales se efectúan estas organizaciones, no son como teorías científicas. En parte, esto se debe al hecho de que la significación histórica está conectada con la significación no histórica y que esta última varía con los cambios en los intereses de los seres humanos. Los relatos que los historiadores cuentan no han de ser relativos únicamente a su localización temporal, sino también a los intereses no históricos que tienen como seres humanos. Si estoy en lo cierto, existe un factor imprescindible de convención y de arbitrariedad en la descripción histórica, el cual hace extremadamente difícil, si no imposible, hablar, como quiere el filósofo substantivo de la historia, del *único* relato de la historia en su totalidad o, a este respecto, del *único* relato de cualquier conjunto de acontecimientos. La filosofía de la historia es un monstruo intelectual, un «centauro», como en cierta oca-

sión la denominó Jacob Burckhardt,[13] que no es ni historia ni ciencia, aunque se parece a una y hace afirmaciones acerca de sí misma que sólo puede hacer la otra.

La historia coordina, escribe Burckhardt, y la filosofía subordina, y la expresión «filosofía de la historia» es una contradicción en términos.[14] Esto es cierto en general, pero nos dice poco sobre la forma en que la historia coordina, que la hace tan diferente, como creemos que es diferente de forma intuitiva, de la ciencia. Esto nos lleva a la filosofía analítica de la historia, uno de cuyos principales objetivos es el de aclarar esta forma de coordinación. A este respecto, lo principal que hay que tener en cuenta es que los acontecimientos que se coordinan son temporalmente distantes entre sí, que son entre sí pasado y futuro respectivamente, aunque ambos pasados respecto al historiador. Por qué, y si *han* de ser ambos pasados para el historiador es la principal cuestión de la que trata este libro. Por eso, al discutir nuestro conocimiento del pasado, no puedo dejar de estar interesado en discutir nuestro conocimiento del futuro, si es que podemos hablar de conocimiento en ese caso. Por eso, en un cierto sentido, estaré tan interesado en la filosofía substantiva de la historia, como en la historia misma. Mantendré que nuestro conocimiento del pasado se encuentra significativamente limitado por nuestra ignorancia del futuro. La identificación de los límites es el asunto general de la filosofía, la identificación de *ese* límite la cuestión particular de la filosofía analítica de la historia tal como la concibo.

13. Jacob Burckhardt, *Force and Freedom: Reflections on History*, trad. J. H. Nichols, Nueva York, Pantheon Books, 1943, pág. 80.
14. *Ibid.*

2. HISTORIA Y CRONICA

Comencé diciendo que los historiadores tratan de hacer afirmaciones verdaderas sobre su pasado. Y he estado manteniendo, contra ciertas argumentaciones filosóficas en sentido contrario,[1*] que en principio pueden conseguirlo, por lo que la cuestión, si he estado en lo cierto, no es la de si pueden, sino la de si consiguen hacer ese tipo de afirmaciones. No tengo ninguna duda acerca de que lo consiguen, pero ahora quiero considerar qué más se puede decir referente a la clase de enunciados que tratan de establecer. Pienso que, a menudo, los enunciados que hacen se pueden considerar como respuestas explícitas a lo que, en otra ocasión, he denominado «preguntas históricas»,[1] preguntas de la forma «¿Qué sucedió en *x*?», donde *x* tiene el valor de una región espacial en un intervalo de tiempo pasado. Las respuestas, incluso a la misma pregunta histórica, pueden tener diferentes grados de explicitud y de detalle. Por ejemplo, si

Las notas que llevan asterisco y la notación [Ed.] al final son de la autora de la Introducción.

1*. En los capítulos III, IV, V, VI de *Analytical Philosophy of History* (anteriores al presente capítulo), Danto analiza y discute los tres tipos fundamentales de objeciones a la posibilidad de hacer afirmaciones verdaderas sobre el pasado. El primer tipo de objeción —representado aquí por A. J. Ayer y S. I. Lewis—, se basa en la imposibilidad de hacer oraciones sobre el pasado que tengan *sentido* estrictamente hablando; el segundo tipo, objeta que quizá no exista tal pasado *sobre* el que poder hacer afirmaciones (aquí el defensor del argumento es B. Russell) y, el tercer tipo, argumenta a partir del hecho de que el historiador siempre distorsiona subjetivamente la realidad objetiva: los interlocutores de Danto son, ahora, Ch. Beard y W. H. Walsh. [Ed.]

1. Arthur Danto, «On historical Questioning», *Journal of Philosophy*, LI, 1954, págs. 89-99.

me preguntan por lo que sucedió en Waterloo en 1815, puedo responder, sencillamente, «Napoleón perdió». Y puede ser una respuesta perfectamente buena si todo lo que quería saber quien me hizo la pregunta era eso. Porque las personas se ponen a hacer preguntas históricas con diferentes grados de información previa. En realidad, podemos decir que existen libros enteros que responden exactamente a la misma pregunta a que contesta «Napoleón perdió». Digamos que se puede especificar un rango de enunciados, relativos a una pregunta histórica determinada, que difieren en cuanto a sus detalles. Esos enunciados versarán todos sobre el mismo acontecimiento, por ejemplo la batalla de Waterloo, pero dirán sobre ella un número creciente de cosas. En el punto opuesto al rango del simple enunciado «Napoleón perdió» se encuentra lo que podemos denominar la *relación máximamente detallada* de la batalla de Waterloo. Y de *este* extremo del rango es del que ahora me ocuparé.

A veces se arguye que el propósito de los historiadores no sólo es el de hacer enunciados verdaderos acerca del pasado, sino proporcionar idealmente el enunciado lo más detallado posible acerca del pasado. Y la cuestión que me ocupará es la de si pueden, al menos en principio, tener éxito en este extremo del rango, teniendo en cuenta que teníamos razón al concluir que pueden tener éxito con los enunciados del otro extremo.

En un cierto momento, Beard se queja de que no podemos, aunque esto, como regla general, es una consecuencia del hecho de que siempre existen partes de la historia-como-actualidad para la que no tenemos historia-como-registro, o por lo menos ninguna que conozcamos.[2] Por lo tanto, dado que existen huecos en la his-

2. «Como la historia de cada período abarca todos los hechos implicados, y como tanto la documentación como la investigación son parciales, se sigue que la realidad fáctica total no es de hecho cognoscible para ningún historiador, por muy la-

toria-como-registro, existen huecos correspondientes en la historia-como-concepción, huecos en nuestro conocimiento del pasado, como si dijéramos. Por lo que, *de hecho,* tenemos siempre un conocimiento que está por debajo del conocimiento perfecto de la historia-como-actualidad y ciertamente Beard quiere decir, con relativismo histórico, que nuestro conocimiento del pasado es relativo a un cuerpo de datos que se encuentra actualmente en posesión de los historiadores. Pero lo que deseo saber es si se trata *sólo* de una cuestión de hecho el que en este punto tengamos un conocimiento que esté por debajo del perfecto. A lo cual difícilmente se puede responder hasta que tengamos una idea más clara de la que creo que tenemos acerca de en qué consistiría ese conocimiento perfecto. No obstante, ésta es una cuestión que no solamente se puede suscitar con respecto a las cosas pasadas, cosas que, por ser pasadas, no se pueden conocer de modo directo y han de ser descubiertas basándose en lo que se puede observar. Podríamos suscitarla sobre cosas que, de hecho, podemos observar. Con esas cosas, supongo que no existen problemas de evidencia, porque tenemos, o podemos tener, la cosa misma, para examinarla. Si es que existe una dificultad, tiene que residir en algo diferente, y, en particular, creo que reside en la cuestión de dar algún significado a la expresión «conocimiento perfecto de x». Por ejemplo, ¿qué equivaldría a tener un conocimiento perfecto del Empire State Building? ¿O de la manzana que hay sobre la mesa? ¿O de Brigitte Bardot? Si tenemos dificultades para decir lo que significamos con la expresión «conocimiento perfecto» de objetos que nos son contemporáneos, la queja de que no tengamos un conocimiento perfecto del pasado no resulta muy sorprendente. Porque

---

borioso, juicioso o fiel que pueda ser en sus procedimientos. La historia tal como fue en realidad... no se conoce o es incognoscible, aunque se ponga mucho celo en perseguir "el ideal del esfuerzo en pos de la verdad objetiva"», C. Beard, «That Noble Dream», pág. 324.

el problema no tiene nada que ver con el carácter de pasado o de presente, sino con la misma noción de conocer perfectamente algo.

Con todo, la queja es un síntoma interesante en el síndrome del relativismo, porque nos ayuda a ver por qué Beard desaprobaba tanto su profesión. No era simplemente que la considerara deficiente con respecto a la ciencia, sino también deficiente en términos de su propio ideal implícito de realización de una relación perfecta de los acontecimientos de los que, todo lo más, sólo podemos tener relaciones imperfectas. Y, por ello, acusó a la historia-como-registro, en vez de cuestionarse la validez del propio ideal. Imagínese un artista que se adhiera a la Teoría Imitativa del Arte y que se obsesione tanto con la imitación de la realidad, que nunca consiguiera reproducir el objeto mismo, y que decidiera que sólo la cosa misma puede ser una imitación de sí misma. Como es lógico, intentaría ser consecuente, duplicando el paisaje, con sus árboles reales, su agua real, sus pájaros reales. El éxito perfecto equivaldría, por supuesto, al mismo fracaso. Porque habría producido, como resultado de sus trabajos, no una obra de arte, sino el tema de una, y seguiría existiendo la tarea de pintarla. No ser el objeto de una pintura no es un defecto de la pintura, sino una condición necesaria de que algo sea una pintura. Y es un error suponer que cualquier cosa en el objeto ha de ser reproducida en la pintura, cuando resulta suficiente que cualquier cosa que esté en la pintura esté también en el objeto, o le corresponda algo en él. Por su misma naturaleza, las pinturas dejan cosas fuera. Y lo mismo podemos decir de las historias de las cosas. Lo que Beard no consigue comprender es que, incluso si pudiéramos contemplar la totalidad del pasado, cualquier relación que diéramos de él supondría una selección, una insistencia, una eliminación, y presupondría criterios de relevancia, por lo que nuestra relación no podría incluir todo, a menos que quisiera fracasar teniendo éxito. Por supues-

to que existen huecos en el registro, cuestiones sobre las que nos gustaría tener respuestas, que no tenemos, porque nos faltan datos. Pero este hecho incontrovertible lo único que hace es encubrir la queja auténtica de Beard. De igual modo, un hombre puede desear desesperadamente pintar, pero no poder hacerlo porque llueva o porque esté cerrada la tienda de pinturas. Sin embargo, sería prácticamente irrelevante mencionar esos hechos en relación a un artista que concibe la pintura como la duplicación real de sus objetos. Sus limitaciones son lógicas y no contingentes, porque no quiere hacer arte, quiere ser Dios y, para El, pintar es un insatisfactorio *faute de mieux*. Esta era una antigua actitud platónica, que consideraba que era un escándalo que las pinturas de los lechos no fueran ellas mismas lechos reales, y mucho menos Lechos Reales. La actitud baconiana de Beard hacia la ciencia, que se encuentra en el centro de uno de los contrastes ilegítimos que hace, se complica con una actitud platónica hacia el arte o hacia la historia, que está en el centro de otro contraste ilegítimo. La historia-como-concepción es la deficiente imitación de la historia-como-actualidad, en la que no se utiliza el término *deficiente,* como debería, para distinguir entre imitaciones, sino para caracterizar, como clase, a las imitaciones: una imitación de x no es x mismo. Algo falta. Por lo tanto, no podemos tener relaciones perfectas, aunque ello, en parte, se deba al hecho de que una relación de x no es x, y ciertamente sólo pueda ser una relación de x si existen cosas que x deja fuera.

Sin embargo, volveré sobre la noción de relación perfecta más adelante. Porque ahora quiero introducir otro punto de vista, diferente, sobre la tarea de los historiadores. Es un punto de vista que, en cierta forma, acepta el ideal de la imitación del pasado, pero que quiere insistir en que existe algo tras las relaciones, incluso las perfectas, del pasado, o de partes del pasado, que también forman parte del objetivo del historiador. Porque, además de hacer enunciados verdaderos sobre el

pasado, los historiadores están interesados, según algunos mantienen, en proporcionar *interpretaciones* del pasado. E incluso si tenemos una relación perfecta, quedaría por realizar la tarea de la interpretación. El problema de no dar sino descripciones pertenece a un nivel más humilde de la tarea del historiador: en realidad consiste en la tarea de los cronistas. Esta era una distinción que no puedo aceptar. Porque quiero mantener que la historia es una. Es una en el sentido de que no existe nada que uno pueda denominar una descripción pura, contrastándola con algo diferente que se denomine interpretación. Hacer historia sin más es emplear una concepción abarcadora que, en términos de Beard, vaya más allá de lo dado.[3] Y darse cuenta de esto es darse cuenta de que la historia, como imitación o duplicado del pasado, es un ideal imposible. Una vez que esto queda establecido, podemos, en mi opinión, volver sobre la noción de una relación perfecta, mejor preparados en cierto sentido para comprender lo que, en última instancia, es erróneo en esa noción. Y trataré de mostrar que las razones por las que no podemos proporcionar una relación perfecta del pasado no tienen tanto que ver con el concepto de relación, o con cualquier hecho acerca del pasado, o con los huecos en la historia-como-registro, como con ciertos hechos acerca del futuro, lo cual es

3. Y estoy diciendo que nada en contraste con esto es un fragmento reconocible del género histórico. Para una cuestión similar, véase la discusión de Christopher Blake, «Can History Be Objective?», *Mind,* LXIV, 1955, págs. 61-78, reimpreso en P. Gardiner, *Theories of History,* págs. 329-334. Blake nos previene contra el uso del término «objetivas» para las relaciones que ni siquiera podemos imaginar, no porque una relación objetiva sea inconmensurablemente difícil de producir, sino porque en modo alguno resulta claro qué se querría decir con «relación objetiva». Tras indicar la indeterminación del uso en este caso, escribe Blake que «no podemos decir con ninguna precisión qué es lo que sería una relación objetiva de algo» (pág. 343). Nos recuerda que «antes de que comenzáramos a preguntarlo, sabíamos cómo usar el término».

mucho más importante. De hecho, aduciré que lo que hace inviable, *en última instancia*, una relación perfecta es precisamente lo que hace inviable la filosofía especulativa de la historia. En consecuencia, me veré envuelto en una polémica ciertamente complicada, pero comenzaré con la defensa de la noción de que la historia es una. Esto ocupará todo el capítulo, porque existen muchas cosas implicadas en el asunto.

La distinción entre historia y crónica o, más tendenciosamente, entre la *mera* crónica y la *auténtica* historia, se encuentra frecuentemente en los escritos filosóficos sobre la historia y se realiza con diversos propósitos. Por ejemplo, Croce hizo la distinción con respecto a las relaciones de aquellas partes del pasado que nos interesan ante todo, en contraste con las relaciones que están conectadas con intereses no tan vitales, siendo éstas las crónicas.[4] Así pues, la crónica es la historia académica, aunque Croce trivializó este punto sugiriendo que nunca escribimos la historia de las cosas en que no estamos interesados, de forma que *cualquier* historia, citando su célebre *mot*, es historia contemporánea. En cuyo caso no podríamos escribir crónicas aunque quisiéramos. Ciertamente, Croce es irritantemente inconstante en sus escritos y resulta difícil atribuir un sólo significado a su celebrado lema. A veces significa, no que un fragmento de la historia ha de responder a un interés actual, sino más bien que ha de informar de algo que sólo tiene un equivalente en la experiencia actual y, si no lo tiene, *entonces* es que se trata de crónica y no historia: después de todo, nunca dice que cualquier *crónica* sea crónica «actual». Pero, aparte de estar conectada con el presente de una u otra forma, no existen más diferencias para él entre la historia y la crónica, y desde luego no existen diferencias formales. Tal como lo expresa, la cró-

4. Benedetto Croce, *History-Its Theory and Practice*, traducción de D. Ainsle, Nueva York, Russell & Russell, 1960. Véase especialmente el capítulo I, cuya parte principal se reimprime en Gardiner, *op. cit.*

nica es «historia muerta», mientras que la historia es «crónica viva», que es más o menos como decir que un hombre es un cadáver vivo o que un cadáver es un hombre muerto. Sea como fuere, no es ésta la forma de distinción que consideramos importante.

Una forma más pertinente de situar la distinción es la siguiente. Se dice que la crónica sólo es una relación de lo sucedido, y nada más que eso. Es un enunciado, de un cierto grado de complejidad, que se encuentra en el rango, uno de cuyos extremos lo ocupa la «relación perfecta». De hecho, la relación perfecta, en donde se puede formular, no sería otra cosa que una crónica, porque sólo se distinguiría de los demás enunciados del rango por cuestiones cuantitativas, porque daría más detalles. En realidad, daría *todos* los detalles. Por eso, la mejor crónica posible no constituiría aún historia en un sentido propio, y algo podría ser un auténtico ejemplar de historia, aunque aportara muchos menos detalles que la relación perfecta. La *auténtica* historia considera las crónicas como ejercicios preparatorios. Su tarea *propia* tiene que ver más bien con la asignación, o el discernimiento, de algún significado en los hechos supuestamente aportados por las crónicas. Un punto de vista similar a éste parece haber sido mantenido por el profesor Walsh, que considera que la tarea del historiador tiene dos posibilidades:

> La primera es que el historiador se limite a sí mismo (o deba limitarse) a una descripción exacta de lo sucedido, construyendo lo que se puede denominar una narración pura de los acontecimientos pasados. La otra es que vaya más allá de esa pura narración y pretenda no solamente decir lo que sucedió, sino también (de algún modo) explicarlo. En este segundo caso, la clase de narración que construye se puede describir como «significativa», en vez de «pura».[5]

5. W. H. Walsh, *Introduction to Philosophy of History*, página 31. No obstante, escribe: «El punto en el que quiero insistir

Así pues, las crónicas serían puras narraciones; y la auténtica historia se expresaría en las narraciones significativas. Esta es la tesis que quiero examinar.

En primer lugar, permítaseme sugerir que, sea cual fuere el fragmento de historia que uno escoja como ejemplo de crónica, o de algo muy aproximado a lo que es una crónica, ha de hacer *algo más* que satisfacer las dos condiciones necesarias siguientes de cualquier fragmento de historia: *cualquier* fragmento de historia ha de *a*) relatar acontecimientos que en realidad sucedieron, y *b*) relatarlos en el orden en que ocurrieron o, en su defecto, permitirnos decir en qué orden ocurrieron.

Considero que estas condiciones necesarias no son problemáticas, y que enuncian los mínimos que son de esperar en cualquier fragmento de historia, incluso aunque no constituyan, tomados conjuntamente, una condición *suficiente* para que algo sea calificado como ejemplar de historia. Lo cual se puede demostrar fácilmente. Porque cualquiera puede producir algo que satisfaga *a*) y *b*), y que *no* se admitiría como ejemplar de historia escrita. Por ejemplo, el siguiente:

> N: Naram-Sim construyó el Templo del Sol en Sippar; luego, Felipe III expulsó a los moriscos; luego, Urguiza derrotó a las fuerzas de Buenos Aires en Cepada; luego, Arthur Danto se despertó a las siete, el 20 de octubre de 1961.

---

es el de que, aunque es posible encontrar esos dos niveles de crónica y auténtica historia en la historia escrita, aunque es posible encontrar elementos de crónica en la historia más sofisticada y de la auténtica historia en la crónica más primitiva, el ideal histórico siempre es el de salir de la etapa de la crónica y entrar en el de la propia historia» (pág. 33). Por otro lado, quiero insistir en que no existen dos clases de cosas, porciones de las cuales se puedan encontrar en cualquier ejemplo de narración histórica. Ni siquiera se trata de una distinción entre tipos de actividad como, por ejemplo, son en física la experimentación y la teorización.

No solamente N no es una narración, sino que creo que es fácilmente demostrable que una narración *significativa* no es solamente una enunciación que satisfaga *a*) y *b*) junto con una condición necesaria adicional *c*) que explique lo que sucedió.

Que una enunciación que satisfaga las tres condiciones puede aún no constituir una narración significativa se puede demostrar directamente, porque fácilmente se puede producir una enunciación que satisfaga esas condiciones y que no sea *en absoluto* una narración. Por ejemplo, la siguiente:

> N': Naram-Sim construyó el Templo del Sol en Sippar como consecuencia de las presiones ejercidas por la clase religiosa; luego, Felipe III expulsó a los moriscos a causa de sus creencias religiosas; luego, Urguiza derrotó a las fuerzas de Buenos Aires en Cepada porque estaba mejor equipado; luego, Arthur Danto se levantó a las siete, el 20 de octubre de 1961, porque quería salir pronto para unas excavaciones en Cervetri.

En consecuencia, *a*) -*c*) no pueden ser consideradas como una condición suficiente de una narración significativa.

En este punto se puede objetar que estos ejemplos son tendenciosos, puesto que lo que se pretendía era una distinción entre narraciones y ni N ni N' lo son. Se trata de una crítica justa. Pero al menos he mostrado que «N es una narración», no puede analizarse como «N satisface *a*) - *c*)»; y por el momento eso es suficiente. Si consideramos que el objetivo de los historiadores es el de escribir narraciones, entonces ciertamente han de hacer algo más que describir las cosas que sucedieron, en el orden en que sucedieron, incluso si, además, explican por qué sucedieron las cosas que describen, e *incluso* si las explican correctamente, como no hace N'. (Lo malo de N' *no* es que las explicaciones que da sean incorrectas.) Sea lo que sea lo que tenga que haber de más, creo que he probado que ha de haber algo más.

Además, en mi opinión, podemos suponer que se ha probado que, sea lo que sea este «algo más», ha de ser invariable respecto a la distinción entre narraciones puras y significativas, y, en consecuencia, no puede utilizarse para distinguir *entre* puras narraciones y significativas. Así pues, nuestro problema es el de hallar qué es ese algo más y luego, cuando lo encontremos, hallar qué *otra* cosa nos servirá para clasificar las narraciones en esas dos clases. Y, en este punto, respecto a esta última parte de nuestro problema, me gustaría indicar dos cosas en las cuales no puede consistir esa diferencia, si es que hemos de suponer que la distinción entre narraciones puras y significativas ha de ser una distinción *dentro de* la historia, de forma que algunos historiadores escribirán puras narraciones, y otros narraciones significativas; o que algunos escribirán narraciones más puras (o más significativas) que otros, y seguirán haciendo *historia.*

En primer lugar, una narración significativa ha de ser algo menos que una filosofía substantiva de la historia, porque existe un contraste entre la historia y la filosofía de la historia, y si una narración significativa fuera un caso de la segunda, el presunto contraste no sería un contraste *dentro* de la historia. Esto es así, incluso, aunque una filosofía substantiva de la historia, como la de Hegel, contenga una narración histórica corriente como parte de la misma (como la que hace Hegel). No existen dudas de que algunos enunciados que tienen lugar en las filosofías de la historia podrían (de hecho tendrían que) ocurrir también en los ejemplos normales de escritura histórica, puesto que las filosofías de la historia están ocupadas en *la totalidad* de la historia, incluyendo el pasado. Obsérvese que las filosofías de la historia *tratan* de dar explicaciones de los acontecimientos que describen, igual que atribuir significados a esos acontecimientos. De forma que, presumiblemente, la clase de explicación y la clase de significado relevante para las auténticas narraciones significativas (siempre dentro

de la historia) ha de ser diferente de aquéllas. Dicho sea de paso, no quiero argüir que los historiadores no puedan cambiar de sombrero, por decirlo así, ponerse a hacer historia filosóficamente especulativa. Lo único que quiero decir es que, cuando lo hacen, están haciendo algo *al margen de* la historia. Finalmente, si las narraciones significativas se identificaran sin más como narraciones filosóficas especulativas de la totalidad de la historia, la distinción entre las narraciones puras y las significativas se daría entre la historia y algo más: no sería una distinción dentro de la historia.

En segundo lugar, puede haber algunas obras teóricas en las ciencias sociales que contengan, como parte de sí mismas, narraciones históricas. Un libro sobre los ciclos económicos puede hacer un alto y contar una historia. Sin embargo, una narración significativa no puede ser esa clase de relato *junto* con el resto de la obra, porque el libro, considerado *in toto,* no es una narración de ninguna clase, aunque contenga una parte narrativa. Si llamáramos a esas obras narraciones significativas, estaríamos haciendo algo más que abusar de la noción de narración. Estaríamos contrastando las puras narraciones con obras de un género completamente diferente, contrastando la historia con las ciencias sociales, lo cual sería inapropiado, por no ser una distinción dentro de la historia.

Teniendo en cuenta estas limitaciones, volvemos ahora a la cuestión principal, la de tratar de determinar con qué criterio se podría efectuar de un modo plausible una distinción entre diferentes clases de narraciones dentro de la historia. Es cierto que Walsh ha dicho que una clase de narración explica, mientras que la otra únicamente describe. Pero ha llegado a decir mucho más que eso, y lo que ha dicho tiene un considerable interés en sí mismo.[6] Quiero examinar sus tesis, aunque en

6. Quiero decir que, en las observaciones que siguen, no voy a entrar en una argumentación *ad hominem* contra las concep-

última instancia rechazaré su distinción, porque, en mi opinión, de esta manera podemos aprender mucho acerca de la historia. De hecho, *lo suficiente* como para permitirnos rechazar la distinción entre la historia y la crónica, o entre las narraciones puras y las significativas o, lo que viene a ser lo mismo, entre describir y explicar en la narración histórica.

Walsh propone que la diferencia entre las narraciones puras y las significativas se corresponde con, o representa: 1) dos diferentes niveles de comprensión, y 2) dos diferentes clases de conocimiento. Las consideraré de forma separada.

1. Como ejemplos de historia y de crónica, Walsh ofrece respectivamente la clase de relación que podemos dar, con la información disponible que tenemos, de la pintura griega, en contraste con los acontecimientos políticos del siglo diecinueve. Así ilustrada, «la distinción se corresponde con una diferencia real en la comprensión histórica».[7] De hecho, la diferencia es «tan profunda que casi se podría decir que constituyen géneros diferentes». Así

> la narración que podemos construir de la historia política del siglo diecinueve es completa y coherente a la vez; los acontecimientos se pueden presentar de tal manera que su desarrollo tiene una apariencia ordenada e inteligible... Pero una historia de la pintura griega, o lo que pasa por tal, es, en comparación, un asunto lamentable, consistiendo en poco más que los nombres y las fechas aproximadas de unas cuantas celebridades, con los títulos de sus obras tal como los recogen los autores antiguos..., en realidad una crónica insatisfactoria, el mero esqueleto de una historia.[8]

---

ciones de Walsh. Consideraré las afirmaciones de Wals como afirmaciones generales y las utilizaré para hacer consideraciones generales. Walsh se ha limitado a pensar con mayor claridad y detalle ciertas nociones que se sostienen habitualmente.

7. Walsh, *op. cit.*, pág. 32.
8. *Ibíd*, pág. 33.

Ahora bien, si ésta es una descripción correcta del nivel de comprensión que tenemos de la pintura griega, me parece obvio que la deseada distinción no puede basarse en estos ejemplos. Porque si una relación de la pintura griega no puede ser sino «un recitado escueto de hechos inconexos», entonces, obviamente, no tenemos en absoluto una relación narrativa de la pintura griega. Una lista no es una narración: la guía de teléfonos de Nueva York no es un fragmento de escritura histórica, aunque podría ser útil para alguien al escribir la historia de Nueva York. Considérese un ejemplo parecido. Contrástese una tabla de los pintores importantes y secundarios del Renacimiento italiano con una historia completa de la pintura del Renacimiento italiano. Aquí estaríamos contrastando, no dos narraciones, sino una tabla y una narración. Como sucedería lo mismo si compararamos una tabla de los reyes de Inglaterra con una historia de la realeza inglesa. Pero supóngase que todo lo que tenemos, a modo de información sobre la pintura italiana del Renacimiento, fuera una lista de nombres y fechas de pintores y cuadros. Esto se correspondería con nuestra supuesta porción de información respecto a la pintura griega. Si ésta fuera nuestra situación (y ni siquiera sucede en el caso de la pintura griega), difícilmente se derivaría que no pudiéramos escribir una narración de la pintura italiana del Renacimiento. Sólo que no podríamos fundamentar adecuadamente, en todos sus puntos, la narración que podríamos producir. Y lo que se pasa por alto en el análisis de Walsh es la actividad creativa de lo que denominaré «la imaginación histórica».

En las discusiones filosóficas, las referencias a la imaginación casi siempre suenan reverentes y pomposas. Pero, en este punto al menos, existe una cuestión lógica que tal referencia puede suscitar. Para empezar, nadie precisa construir *de novo* la historia narrativa del siglo diecinueve. Se trata de una época impregnada de autoconciencia histórica; los hombres registraban, en forma narrativa, los acontecimientos que vivían y algunos de

sus más grandes estadistas se contaban también entre sus historiadores más importantes. Hemos heredado todo ello y nuestra tarea ha consistido en ampliar y modificar, corregir y extender esta relación heredada. Quizá nos encontremos, con respecto a este cuerpo de historia escrita, en una relación parecida a la que existía entre Lagrange y Newton. No estamos obligados tanto a inventar una teoría completamente nueva como a pulir y hacer elegante lo que ya se posee como teoría.

No es el caso de la pintura griega (o de nuestro ejemplo imaginario de la pintura italiana). Los griegos no creyeron apropiado escribir sus propias historias del arte (lo cual ya nos dice algo sobre la pintura griega), aunque migajas y fragmentos de información sobre su arte se encuentran esparcidos en las historias que escribieron, lo mismo que en otras obras. Por lo que, en este caso, nos vemos obligados a avanzar mediante un poco de reconstrucción imaginativa, y a inventar una teoría, por decirlo así, en contraste con tener únicamente que pulir una teoría que ya nos ha sido dada. En mi opinión, demasiado a menudo, los filósofos que han estudiado la ciencia la han considerado como algo acabado, como un cuerpo de proposiciones ya disponibles que luego se pueden reconstruir o traducir de forma racional a un lenguaje filosóficamente primordial. Esto tiende en muchas ocasiones a provocar una negligencia filosófica de lo que se ha denominado la lógica del *descubrimiento* científico. Y una observación semejante se puede hacer respecto a la historia.

Prolonguemos por un momento esta comparación entre una teoría y un fragmento de narración histórica, una comparación que ya hemos considerado en la discusión de Beard.[2*] En mi opinión, estamos autorizados

2*. Se refiere a su discusión de los argumentos de Beard en el capítulo anterior, «Evidencia y relativismo histórico». Discusión que ha consistido en mostrar que las lamentaciones de Beard son deudoras de su falsa concepción de la ciencia. En la medida en que maneja una noción baconiana de ciencia, Beard conside-

a suponer que una teoría es lógicamente distinta de los datos en que se basa. Y entonces podríamos decir también que una narración es lógicamente distinta de los datos en que se basa; las notas a pie de página no son parte propia de un relato, sino que más bien fundamentan el relato en diferentes puntos mediante datos. Es cierto que los historiadores dudarían en publicar una narración que son incapaces de fundamentar en todos sus puntos. Los historiadores podrían decir, en un cierto punto, que hacen uso de conjeturas; pero esto supondría una ruptura en los pies de página y no en la narración. En modo alguno una narración es sólo un resumen de su propio aparato crítico. En vez de ello, funciona como una relación de lo que sucedió, que se propone, y difícilmente se puede negar, que esta relación, que funciona como una hipótesis, podría sugerir un apoyo en favor de sí misma, no disponible en un principio. *Eso* es lo que hay de cierto en el punto de vista, anteriormente considerado, de que un enunciado sobre el pasado es una predicción encubierta del resultado de una investigación histórica.[3*] Y la relación entre una narración y el material que la sustenta es *abductiva,* en un sentido que resultará familiar a los estudiosos de Peirce.[9] Y en

---

ra que la historia —a diferencia de la ciencia— emplea esquemas organizativos y, por tanto, va más allá de lo dado. En aquel capítulo, Danto muestra que el empleo de tales esquemas es una característica propia de cualquier conocimiento empírico. Así, la diferencia entre ciencia e historia radicaría en el tipo de esquema organizativo y no en el hecho de que la primera no recurra a ellos. [Ed.]

3*. Esta tesis, suscrita por pragmatistas, como Peirce, Dewey o Lewis, y por positivistas como Ayer, ha sido objeto de análisis en los capítulos donde se ha examinado los diversos tipos de objeciones a la posibilidad de hacer enunciados verdaderos sobre el pasado (véase nota 1*). [Ed.]

9. Charles S. Peirce, *Collected Papers,* vol. V, parágrafo 146. Véase en particular la discusión de la abducción en N. R. Hanson, *Patterns of Discovery,* págs. 85 *passim.* Para un enfoque parecido, basado en las tesis falsacionistas de Karl Popper, y con una aplicación específica a la historia, véase Joseph Agassi, *To-*

un cierto sentido, que es importante, realmente no podemos dar sentido a cualesquiera fragmentos o piezas que poseamos de «historia-como-registro» hasta que hayamos encontrado una narración a la que fundamenten. En realidad, hasta que no dispongamos de una narración a la que puedan servir de base, denominarlas evidencias resultaría equivocado.

Existen numerosas fuentes de las que se pueden extraer fundamentos para un relato, así como sugerencias para establecerlo. Además de los registros y documentos presentes, ciertamente, nos basamos en lo que podría denominarse evidencia *conceptual*. Por ejemplo, identificar simplemente a alguien como artista ya sitúa a ese individuo bajo un concepto y nos permite, con visos de plausibilidad, aplicarle todo un conjunto de oraciones diferentes, *aceptables o posibles*, en el sentido del último capítulo.[4] * Lo que deseo sugerir es que esos conceptos no solamente funcionan como criterios de plausibilidad para las narraciones ya escritas, sino que también proporcionan una cierta base para construir una nueva narración: en este caso particular, una narración de alguien identificado como artista. Esta narración posiblemente nos diría qué le puede suceder típicamente a un artista en su época. Imagínese que sólo tenemos la siguiente información: un artista, Leonardo da Vinci, vivió en Florencia en una fecha determinada, y pintó *La última cena*, un fresco en Milán. Que los nombres de los artistas hayan sido registrados, ya indica una cierta actitud hacia la pintura: raras veces las sociedades hacen listas de sus zapateros o deshollinadores. Que se mencionara a da Vinci en esa lista indica que era digno de mención, porque no se menciona en esas listas a *cualquier*

---

wards an Historiography of Science, impreso como Beiheft 2 de *History and Theory* (1963).

4*. Se refiere a la tesis, defendida por Bradley o Walsh, por ejemplo, según la cual sólo podemos concebir como aceptables o posibles las interpretaciones de acontecimientos pasados que tenga alguna analogía en la experiencia presente. [Ed.]

artista. El hecho de que se mencione *La última cena* sugiere que se consideraba de una importancia especial, ya que es su única pintura mencionada (no es lógico que sólo realizara una pintura), y se le identifica como su pintor. Seguramente, existe un problema sobre si la pregunta que se respondía era «¿Qué pintó Leonardo?» o «¿Quién pintó *La última cena?*». Sea como sea, podemos suponer que es su obra más apreciada y suponer también que fue su obra maestra. Si sabemos la fecha de la pintura, esto nos da una idea de su período de estancia y de si fue un prodigio o no: el conocimiento de las fechas en que vivió Masaccio y de las fechas de los frescos de la capilla Brancacci nos *sugeriría* que fue un prodigio. El conocimiento del título de la obra y *su comprensión* nos permitiría alcanzar cierta idea de las cosas que contenía,[10] e igualmente podemos suponer que, si un artista de fama pintó un cuadro famoso y éste tenía un motivo religioso, existía una conexión más o menos íntima entre el arte y la religión: en cualquier caso podemos tener una idea general de quién era su patrono. Cuando se han establecido esas conexiones, se pueden buscar otras, y datos que apoyen las que ya se han hecho. Poco a poco edificaríamos una *narración plausible* de la vida de Leonardo. Ciertamente sería una clase de relación muy general y esquemática, y nunca se hubiera podido

10. Pero difícilmente podíamos imaginar la inmensa variedad en que, de hecho, se ha personificado el tema de la Ultima Cena, considerando solamente la serie que comienza con Castagno y termina con Veronese. Esta relación entre concepto e instancia es crítica y la discutiré con amplitud en conexión con mi anaálisis de la explicación histórica.

[En su capítulo sobre la explicación, Danto trata de mostrar que la estructura narrativa es en sí misma una forma de explicación —compatible con el modelo hempeliano. Y parte de la tesis según la cual lo que puede explicarse son únicamente los fenómenos en cuanto cubiertos por una descripción. Así, todo suceso es susceptible de diversas descripciones y, por tanto, un *explanandum* que no pueda ser explicado deductivamente por recurso a leyes generales, puede ser redescrito *(explanatum)* de tal forma que resulte explicable mediante el uso de leyes.] [Ed.]

deducir de ella la clase particular de genio que fue Leonardo. No hay que dejar pasar por alto que nuestro conocimiento actual de la vida de Leonardo forma parte, de hecho, de nuestro concepto de lo que es un artista. De forma que no es fácil decir qué hubiera sido de nuestro concepto si todo lo que tuviéramos, en el caso de Leonardo, fueran esos pocos hechos que he mencionado. Pero la cuestión es que podemos estirar bastante unos cuantos hechos, y que una apelación imaginativa a nuestros conceptos generales nos permite dar en seguida una narración de alguna clase, que podemos utilizar como guía para una investigación posterior, viendo si se podrían encontrar datos adicionales, pero independientes, a partir de nuestra narración.

Sin esta evidencia adicional (y en este punto nos *encontramos* a merced de las fuentes de la historia-como-registro), nuestra narración flotaría en el aire: por lo que sabemos, sería ficción. Pero seguramente esto nos ayuda a ver la diferencia entre las narraciones y los datos que tenemos de ellas (una narración de ficción es la que *sólo* requiere una evidencia conceptual). Se podría decir que la diferencia entre una crónica y un auténtico fragmento de historia es la diferencia que existe entre una narración bien fundamentada y otra pobremente justificada. Lo cual, a su vez, sugeriría la comparación entre una teoría bien confirmada y otra pobremente corroborada. Pero no se trata de una diferencia entre clases o géneros de teorías o, para lo que nos ocupa, entre clases y géneros de narraciones: no es sino una diferencia cuantitativa entre grados de confirmación o de fundamentación.

En un cierto momento, Walsh sugiere que, además de la cantidad de información actualmente disponible sobre la pintura griega, decididamente limitada,[11]

11. «No es un asunto baladí escribir la historia de la pintura en Grecia», escribió Mary Hamilton Swindler en su importante historia sobre la cuestión, *Ancient Painting*, New Haven, Yale

> se da también el hecho de que, como estamos más próximos al siglo diecinueve, podemos penetrar en los pensamientos y sentimientos de esa época y utilizar nuestros datos de una forma más efectiva.[12]

Esta es una tesis interesante, en la medida en que reconoce que es importante no solamente la cantidad de información que poseemos, sino también la forma en que la utilizamos. Sin embargo, en este enunciado existen nociones implícitas muy polémicas. En primer lugar, existe la sugerencia implícita de que hemos de hacer referencia a los pensamientos y sentimientos de seres humanos para hacer inteligibles sus acciones. Esto supone un rechazo del conductismo. En segundo lugar, existe una sugerencia implícita de que tales referencias pueden tener éxito y, por lo tanto, tener éxito en hacer inteligible la conducta de los individuos de forma inversa a como aumenta la distancia temporal existente entre nosotros y los individuos en cuestión. No discutiré la primera. Es controvertida en la medida en que es controvertido el conductismo filosófico y, sin defenderme yo mismo por el momento, mencionaré mi acuerdo con el anti-conductismo de Walsh en un número limitado de casos. Una defensa de ello nos llevaría a cuestiones más amplias de las implicadas en la comprensión del pasado; cuestiones que tienen que ver con la comprensión de las *acciones*.

Univ. Press, 1931, pág. 109. Para empezar, se han perdido las grandes obras. Pero «esto no quiere decir que no haya quedado pintura alguna, ni que no nos podamos formar una idea adecuada de ella» (pág. 110). Pocos escritos de la antigüedad son anteriores al siglo tercero, y una de las obras principales, la de Plinio, está malograda por el hecho «de que a menudo no comprendía a los autores de los que trataba». Pero aparentemente podemos demostrarlo. Finalmente, por diferentes razones, tenemos la idea de que la pintura era un arte esencialmente secundario en Grecia, un hecho que nos ha impedido estimar correctamente la fuerza de algunos datos. A pesar de todo ello, se puede escribir una narración de la pintura griega.

12. Walsh, *op. cit.*, pág. 33.

y si un filósofo dijera, como tesis conductista, que nunca hemos de hacer referencia a los pensamientos y sentimientos de los actores para comprender sus acciones, se seguiría de su postura que no necesitaríamos hacer referencia a actores pasados o a sus acciones, porque sus opiniones son invariables al tiempo. Por supuesto, Walsh no es en modo alguno escéptico respecto a nuestra capacidad o a nuestra necesidad de hacer esas referencias, pero, al parecer, sí que suscribe un escepticismo matizado sobre los individuos pasados, y ello en proporción a la magnitud de la medida en que hayan pasado. Por lo tanto, me ocuparé solamente de esa sugerencia.

Existe una objeción fatal contra la tesis de que el aumento de la distancia temporal disminuye la inteligibilidad de las acciones humanas. Es la de que la distancia temporal a la que nos encontramos de los griegos debería hacer igualmente difícil escribir o comprender una explicación de los sucesos *políticos* del 300 a. C. y una explicación de las actividades artísticas del mismo período. Y eso sencillamente no sucede. El libro de Tucídides resulta ser casi un paradigma de historia política inteligible. Su relación, de hecho, es tan aguda que la podemos aplicar a nuestra propia época y argüir, si queremos, que la gente ha cambiado muy poco. Así, lo que sucede, *no* es que seamos más remotos temporalmente de los griegos del siglo tercero antes de Cristo de lo que lo somos de los franceses del siglo diecinueve, por ejemplo, sino sencillamente que tenemos una mejor comprensión de la conducta política que de la artística. Lo cual significa que tenemos un acervo más extenso, y quizá más fiable, de lo que hemos denominado evidencia *conceptual,* en contraste con la *documental,* de las estructuras políticas, en comparación con las artísticas. Se puede entonces sugerir que nuestra evidencia conceptual, en el caso de la política, nos permitirá construir narraciones más complejas, independientemente de la evidencia documental específica, más complejas de lo que nuestra evidencia conceptual correspondiente de la actividad

artística nos permitiría alcanzar. Si hubiera alguna duda sobre ello, imagínese que alguien tratara de escribir la historia de la pintura del siglo diecinueve sobre la única base de una lista de nombres de artistas y de obras. Me atrevo a decir que la relativa proximidad temporal le ayudaría muy poco. Y si conociéramos todo sobre el siglo diecinueve, *excepto* lo que en él se pintó, difícilmente podríamos *imaginar* el impresionismo.[13]

Sobre la noción de evidencia conceptual existen al menos dos dificultades sobre las que he de insistir.

La primera es que presupone que la conducta, a la que se aplica la comprensión, es invariable respecto al tiempo. Y, en la medida en que esto no es así, nuestro uso de la evidencia conceptual es progresivamente ineficaz, no tanto en función del *tiempo*, como en función del número y clase de cambios que pueden haber tenido lugar.[14] Del mismo modo que la aplicación de una teoría científica presupone un sistema aislado, la aplicación de una narración basada en evidencia conceptual presupone, en mi opinión y de una forma similar, la permanencia de las instituciones y las prácticas. Podría-

13. «En el año 1891, ya habían muerto Manet y Seurat; Pissarro, Monet y Renoir estaban en lo mejor de su producción; Cézanne había abierto ante nuestros ojos un nuevo mundo. Allí estaban *Dimanche à la Grande Jatte* y *Le dejeuner sur l'herbe, La musique aux Tuileries, Les Dames dans un Jardin.* Las ocres granjas y doradas colinas de Aix, en telas, expuestas, contempladas, para cualquiera que quisiera aprender a ver. ¿Pero se veían?... Porque la época de los impresionistas también era la época del decoro y la pompa, de la caoba y de la cocina en el sótano, los interiores abigarrados y las villas de estuco; una época que reverenciaba a las viejas ricas y maliciosas, y al banquero listo; cuando los lugares de esparcimiento público eran grandes, vulgares y con pilastras, y toda persona que no fuera un deportista, un pobre o muy joven, se sentaba en rígidos asientos tres veces al día para dar cuenta de interminables comidas», Sybelle Bedford, *A Legacy*, III, pág. 1.

14. El equivalente en el caso de la memoria es que las memorias no pasan con el *tiempo*, sino más bien en función del aumento del número de las experiencias implicadas. Esto se puede demostrar experimentalmente.

mos utilizar la evidencia conceptual para reconstruir impunemente la historia de una sociedad, cualquiera que fuera su duración, con la única condición de que no hubiera habido cambios en las clases de prácticas cubiertas por nuestros conceptos. Pero cuando esto no se cumple, se producen dificultades peculiarmente históricas. Ibn Khaldum las formuló perfectamente:

> Entonces una dinastía adoptará muchas de las costumbres de sus predecesores, al tiempo que no olvidará las propias, por lo que el conjunto prevaleciente de costumbres será diferente del de la anterior generación. Cuando la dinastía dominante sea sustituida por otra, que a su vez mezclará sus costumbres propias con las predominantes, se producirá una nueva situación, que se diferenciará de la primera etapa incluso más que de la segunda.
>
> Este cambio gradual se seguirá produciendo, en dirección a una diferencia creciente, hasta que desemboque en una disimilaridad total...
>
> Ahora bien, los hombres están naturalmente inclinados a juzgar mediante comparaciones y analogías; sin embargo, estos métodos conducen con facilidad al error. Si se ven acompañados por falta de atención o por precipitación, pueden extraviar al investigador... Olvidando esos grandes cambios, es más, revoluciones en las condiciones e instituciones, que han tenido lugar desde esas épocas, establecen analogías entre los acontecimientos del pasado y los que tienen lugar a su alrededor, juzgando el pasado por lo que conocen del presente. No obstante, la diferencia entre dos períodos puede ser grande, conduciendo a un craso error.[15]

Ahora bien, puede muy bien suceder que la conducta política tenga una consistencia mayor en el tiempo que la conducta artística (¡piénsese en las diferencias en la historia de la política americana, en comparación

15. Ibn Khaldum, *An Arab Philosophy of History*, trad. y adaptado por Charles Issaw, Londres, John Murray, 1950, páginas 31-32.

con la historia del arte americano en los pasados sesenta años!), lo cual daría cuenta entonces de la diferencia en la utilización de la evidencia conceptual que supone Walsh. No obstante, esto me interesa menos que las dificultades especiales que aparentemente surgen con relación a la evidencia conceptual. Por ejemplo, una narración que haga una considerable utilización fundamentadora de ella y un uso relativamente escaso de la evidencia *documental*, depende necesariamente de ciertas ideas generales que son verdaderas, o se *mantiene* que son verdaderas, de la época en que se escribe. Si toda nuestra evidencia fuera de *esta* clase, toda la historia escrita sería realmente «historia del presente». Queremos denominar a este fenómeno *provincianismo temporal.* Ciertamente resulta un fenómeno bastante familiar. Sólo hay que pensar en las grandes pinturas religiosas, en las que los milagrosos nacimientos, adoraciones y anunciaciones, pasiones y resurrecciones, se representan como si tuvieran lugar en un paisaje de la Umbría, bajo la mirada de campesinos italianos. Una narración que depende mucho de la evidencia conceptual tiene un inevitable aura de contemporaneidad o de intemporalidad, como si no fuera sobre el pasado, sino sobre el presente, no sobre una época determinada, sino sobre ninguna época en particular.

Pienso que todos somos temporalmente provincianos con respecto al *futuro.* En parte, porque de los acontecimientos del futuro *sólo* tenemos evidencia conceptual y ninguna evidencia documental. Esto resultará ser un hecho importante más adelante, cuando consideremos la cuestión de si podemos escribir la historia de los acontecimientos antes de que hayan sucedido. Por supuesto, podemos. Pero difícilmente podremos fundamentarla, como podemos en el caso de las narraciones acerca del pasado, con evidencia documental y, por esa razón, nuestra concepción del futuro tiene una cualidad abierta y curiosamente abstracta. Si es posible caer en errores, como Ibn Khaldum mencionaba en relación con afirmaciones

sobre el pasado, es posible, *a fortiori*, cometer errores sobre el futuro, porque carecemos de controles, a los que sin duda se refería Ibn Khaldum, sobre las narraciones que ideamos, los controles de la evidencia documental de que ahora disponemos. En mi opinión, ésta sería la importancia final de la historia-como-registro. Sin ella viviríamos por completo en el presente y no se nos ocurriría que el pasado hubiera sido, o podría haber sido, diferente. Y esto conecta también con nuestro provincianismo temporal respecto al futuro. Porque nuestra evidencia conceptual ha de ser modificada a la luz de la evidencia documental, o más bien, las narraciones que se basan en la primera precisan ser modificadas a la luz de esta última clase de evidencia, cuando se puede encontrar. Y esta ayuda muestra, y ciertamente proporciona, unos ciertos fundamentos inductivos para afirmar que la evidencia conceptual no nos llevará muy lejos. Porque, si nos vemos obligados a ajustarla ante la evidencia documental, de forma que podemos decir que han cambiado los propios conceptos, ¿no habríamos de esperar lo mismo del futuro? Así pues, los conceptos futuros serán tan diferentes de los nuestros, como los nuestros lo son de los conceptos del pasado. Podemos *esperar* que el futuro será diferente de lo que la evidencia conceptual nos haría esperar. Podemos suponer que *será* diferente. Pero en qué forma será diferente, es algo muy difícil de decir, porque no sólo carecemos de evidencia documental: nuestra propia evidencia conceptual ni siquiera es adecuada, *en general*. Si no lo es respecto al pasado, ¿por qué habría de serlo respecto al futuro? Así pues, esos son los límites de la evidencia conceptual y, si eso fuera todo lo que tenemos, nuestra concepción del futuro se parecería a nuestra concepción del pasado y las dos se parecerían a nuestra concepción del presente. Pero esto es lo mismo que decir que no tendríamos un sentido *histórico* del pasado o del futuro y que nuestros conceptos serían intemporales. Entonces, las narraciones basadas únicamente en la evidencia conceptual se-

rían realmente históricas y esquemáticas, en contraste con las narraciones reales de sucesos políticos en el siglo diecinueve, por ejemplo. De tal modo que, en última instancia, una narración referente a la historia de la pintura en Grecia, suplida por los fragmentos de evidencia documental disponible, más cualquier evidencia conceptual que podamos tener, constituiría, después de todo, una pobre comparación.

Una segunda dificultad, relacionada, es la siguiente. Supóngase que tenemos una lista de artistas, junto con fechas a ellos referentes, y los títulos de sus obras, pero que todas sus obras llevaran el título de *La última cena*. Si usásemos sólo la evidencia conceptual como una base para construir narraciones de sus vidas individuales, esas narraciones, en la medida en que se fundamentaran en evidencia conceptual, resultarían considerablemente uniformes. No se podría incluir ninguna afirmación en una de ellas que no se pudiera incluir en otra, con igual justificación, y en todas las demás. Se distinguirían sólo en cuanto a las fechas y a los nombres. Eso es lo que, por supuesto, es de esperar, ya que, de forma justificada, cualquiera se las podría arreglar para decir, de cualquier individuo de que tuviera referencia, sólo lo que pudiera tener en común con cualquier otro individuo que cayera bajo el concepto. De tal modo que, a menos que y hasta que tuviéramos una evidencia documental adicional, no tendríamos forma de individualizar de forma justificada las narraciones, monótonamente similares. Sin duda, podríamos *introducir* arbitrariamente algunas diferencias, pero no podríamos *justificar* esa introducción en los casos en que la hiciéramos. Mientras tanto, las narraciones basadas sólo en evidencia conceptual tendrían esa cualidad abstracta especial que antes se indicó: podrían ser ciertas de *cualquier* artista (cualquier artista de ese período), de la misma forma que «x nació y, algún tiempo más tarde, x murió» es verdadera de cualquier hombre no vivo. Ahora bien, pienso que es evidente que los historiadores no están interesados en

construir esas narraciones abstractas. En su lugar, están interesados en escribir narraciones individualizadas, narraciones, si se quiere, que sean verdaderas de un individuo todo lo más. Por supuesto, siempre existe el problema de si una narración determinada (o una descripción determinada) que podamos producir es verdadera de sólo un individuo.[16] Pero no nos ocuparemos ahora de eso. Lo que nos debe interesar es, más bien, que la distinción entre una narración «abstracta» y una individualizada no representa la diferencia que se pretende entre las puras narraciones y las significativas. Cualquier narración, producida por cualquier historiador, pretende ser una narración individualizada. En este sentido, en mi opinión, las narraciones significativas, como las puras narraciones, tendrían como objetivo decir qué es lo que sucedió realmente en un cierto lugar y momento, lo cual no alteraría ninguna distinción posterior que quisiéramos hacer entre clases de narraciones. Sin embargo, obsérvese que una narración de la pintura griega, que se base principalmente en la evidencia conceptual, *no consigue* ese objetivo. Por lo tanto, si tal clase de narración se toma como crónica, o como pura narración, difícilmente podríamos caracterizar a las crónicas, o a las puras narraciones, como «una descripción exacta de lo que ha sucedido».

Podríamos decir entonces que en este caso tenemos dos niveles diferentes de comprensión. Esto no se corresponde en absoluto con una diferencia entre decir lo que ocurrió exactamente y hacer luego algo más que eso. Se corresponde más bien con el grado de individuación, que es una consecuencia de los diferentes grados de evidencia documental que somos capaces de dar a nuestras narraciones de una forma justificada. Una historia de la pintura griega está claramente menos indivi-

16. Véase la discusión en P. F. Strawson, *Individuals: an Essay in Descriptive Metaphysics*, Londres, Methuen, 1959, págs. 20 y sigs.

dualizada que una historia de los acontecimientos políticos del siglo diecinueve.

2. En un punto Walsh sugiere que las crónicas tienen la misma relación con la historia, que la percepción sensorial con la ciencia. Por supuesto, se dan muy diferentes clases de relaciones entre la percepción sensorial y la ciencia, pero supongo que la interpretación más natural de la sugerencia de Walsh es la siguiente: la diferencia es comparable con la diferencia existente entre percibir que algo es el caso y explicar por qué es así. Ciertamente no se podría aceptar la sugerencia de que la diferencia es comparable, por el contrario, con el contraste, frecuentemente discutido, entre el sentido común y la descripción denominada científica del mundo. Porque parece completamente inaplicable a la historia, y ciertamente inaplicable a los ejemplos científicos que Walsh mismo nos ofrece. Por ejemplo, la historia de los acontecimientos políticos del siglo diecinueve sería uno de esos casos que caería dentro de la concepción del mundo corriente o del sentido común: describe a personas y sus acciones de la misma forma en que podríamos describirlas corrientemente, lo cual se debe, en parte, a que las narraciones están escritas en el lenguaje corriente que todos hablamos y en el que expresamos la concepción de las cosas que se denomina de sentido común. Si acaso, una narración referente a la pintura griega sería un poco *más* remota de nuestras concepciones de sentido común, pero ello se debería al hecho de que el sentido común (como vimos en nuestra discusión sobre la evidencia conceptual) es más capaz de asimilar la conducta política que la artística. Con todo, las diferencias son escasas, porque en raras ocasiones el lenguaje de la narración histórica es técnico, en la forma en que lo es el lenguaje científico, y la mayoría de la gente culta sería capaz de seguir las narraciones de la conducta política en el siglo diecinueve, sin tener que adquirir ningún vocabulario o habilidad especial. De hecho, muy probablemente tendrían que manejar un lenguaje *mucho más* espe-

cializado para seguir una narración referente a la pintura griega. Consideremos, pues, simplemente la interpretación natural de la sugerencia de Walsh.

En mi opinión, pocas dudas se pueden tener de que se puede trazar una distinción entre percibir que x es el caso y explicar por qué es así. Ciertamente, se podrían hacer algunas distinciones cuidadosas. Alguien podría decir que ve un fogonazo cegador, mientras que otra persona, ante el mismo fenómeno, podría decir que ha visto una explosión de magnesio, y esta última descripción del mismo fenómeno está muy próxima a ser una explicación de lo que se ha visto. Con todo, dejando aparte las complejidades de la descripción, se podría, seguramente, estar de acuerdo en que existe una diferencia entre decir solamente que Napoleón perdió en Waterloo, y ponerse a explicar por qué fue así. La única dificultad aquí es nuestro interés en encontrar una diferencia entre dos clases de *narraciones*, y «Napoleón perdió» no es una narración. Pero, ahora bien, se podría argüir que, no obstante, podríamos tener una narración que meramente describiera lo que sucedió y otra que explicara por qué sucedió. Sin embargo, quiero mantener que una narración que *no consigue* explicar es probablemente muy parecida a un enunciado como E, y, por lo tanto, no es una narración en realidad; mientras que una narración que explica, hace eso exactamente: dice lo que sucedió en realidad y, por lo tanto, cuenta como una *pura* narración, de acuerdo con los criterios de Walsh. Nos quedaría, por lo tanto, el problema de encontrar qué es lo que tiene que hacer una narración significativa que sea diferente. Y diré que nada que vaya más allá de decir precisamente lo que sucedió, en la medida en que siga siendo una narración *histórica*. Así pues, la distinción no es algo que se pueda hacer *dentro de* la historia.

Las puras narraciones, dice Walsh, tienen como objetivo informar «de acuerdo con la famosa expresión de Ranke, 'de lo que precisamente sucedió' y dejar el asun-

to en ese punto».[17] Al parecer, existe una cierta dificultad para interpretar la afirmación de Ranke de que su historia quiere mostrar lo que realmente sucedió *(wie es eigentlich gewesen).*[18] El mismo sólo estaba indicando un contraste: tal como dice, no aspiraba ni a juzgar el pasado, ni a «enseñar el presente en beneficio de las épocas futuras». Sólo le interesaba decir lo que en realidad sucedió. Incluso en ese caso, la gente ha juzgado esta negativa, originalmente humilde, una afirmación extraordinariamente jactanciosa, de todo punto insostenible. Por ejemplo, se ha entendido que quería decir que nada de sí mismo se había de revelar en su historia, completamente objetiva;[19] o que en ella se mencionaba todo acerca de su objeto.[20] Y, como se ha indicado, ambas cosas son imposibles. Consideremos sólo la última. Me atrevo a decir que es cierto que no se podría, al mismo tiempo, obedecer la exigencia de dar una explicación de algún acontecimiento y la exigencia de mencionar *todo.* He argumentado que las relaciones de acontecimientos deben dejar, por su propia naturaleza, algunas cosas fuera, y en historia, como en otras disciplinas, el signo de que alguien es capaz de organizar su objeto es que sepa qué debe excluir y que sepa afirmar que algunas cosas son más importantes que otras. Supóngase que quiero averiguar qué es lo que sucedió en un juicio.

17. Walsh, *op. cit.*, pág. 32.

18. Leopold von Ranke, *Preface to Histories of the Latin and German Nations from 1494-1514.* Trad. por el compilador en Fritz Stern (comp.), *The Varieties of History,* págs. 55-60.

19. Por ejemplo, por Pieter Geyl, *Debates with Historians,* Nueva York, Meridian Books, 1958, cap. 1: «*Hay* que descubrir a Ranke en su obra».

20. O que quiso decir que comprender los acontecimientos en la misma forma en que los que los vivieron los comprendieron. Pero entonces «comprender Grecia *wie es eigentlich gewesen* no sólo es imposible, sino que ni siquiera es una idea válida de conocimiento», escribe J. H. Randall Jr. en *Nature and Historical Experience,* Nueva York, Columbia Univ. Press, 1958, pág. 64. Randall no da ninguna razón.

puedo pedir a mi informador que no se deje nada, que me lo diga todo. Pero me consternaría que, además de contarme las intervenciones de los abogados, las actitudes emotivas, de los litigantes y la conducta del juez, me dijera cuántas moscas había en la sala y me mostrara un mapa complicado de las órbitas precisas de sus vuelos, un gran enredo de epiciclos. O que mencionara las toses y estornudos. La historia quedaría sumergida bajo todos esos detalles. Le *puedo* imaginar diciendo: «En ese momento una mosca chocó contra la barandilla del estrado de los testigos». Esperaría que lo que siguiera fuera algo curioso o interesante: que el testigo hubiera gritado, mostrando una misteriosa fobia. O que un abogado brillante aprovechara el incidente para una espléndida demostración forense («De la misma forma que esta mosca, señoras y caballeros...»). O que, tratando de espantarla, se derramara un tintero sobre una prueba fundamental. Sea lo que fuere, desearía saber: ¿qué pasa con la mosca? Pero no «pasa» nada, sólo es «parte de lo que sucedió en el juicio», por lo que no pertenece en absoluto a la relación del juicio. Entonces, cuando digo: «Cuéntamelo todo, y no te dejes nada», se me entiende (y se me ha de entender) que quiero decir: quiero que se me diga cualquier cosa que forme parte del relato. Y, ciertamente, esto es lo que principalmente quería decir Ranke.

Existen pocos problemas en filosofía que merezcan un análisis más atento que la cuestión de la relevancia, pero en este momento me limitaré a apelar a nuestras ideas intuitivas, de acuerdo con las cuales somos capaces de reconocer algo como perteneciente o no a un cierto relato: incluso un niño puede hacerlo. Si decir precisamente lo que sucedió significa lo que algunos críticos de Ranke parecen pensar que él quería decir, lo que Ranke hubiera producido, de forma ideal, ni siquiera hubiera sido una *pura* narración: porque no sería una narración. Diré entonces que una narración es una estructura que se impone a los acontecimientos agru-

pándolos y prescindiendo de otros como irrelevantes. Por lo que no puede haber una característica de una clase de narración que la haga tal clase de narración. Si se quiere formular de un modo trivial, se puede decir que una narración menciona sólo los acontecimientos significativos: pero, en cuanto a esto, cualquier narración está interesada en el hallazgo de la significación de los acontecimientos, idealmente cualquier narración quisiera incluir sólo las cosas relevantes con respecto a otros acontecimientos, o significativas en cuanto a ellos. Difícilmente podríamos dividir las narraciones en clases, con este criterio, excepto, quizás, en malas y buenas, siendo las malas las que contienen detalles que no son significativos.

No es fácil advertir qué clase de significación debería ser la que los historiadores podrían atribuir a los acontecimientos, que pudiera producir una distinción, filosóficamente importante, entre clases de narraciones. Por ejemplo, existen diversos acontecimientos y cifras que son considerados más significativos que otros. Podemos decir que la batalla de Waterloo fue más significativa que la batalla de Wagram, y que Napoleón fue un general más importante que Blücher. En un sentido derivado, las narraciones de Waterloo y Napoleón podrían ser más significativas que las narraciones de Blücher y de Wagram. Pero esto tiene una escasa importancia filosófica, en mi opinión, y no constituyen en absoluto acontecimientos de los que las narraciones correspondientes pudieran decir precisamente lo que sucedió. Lo que podría tener importancia filosófica sería la especificación de algunos de los sentidos diferentes en que hablamos de un acontecimiento o de un individuo como significativo, y eso es lo que haré a continuación. Es más, trataré de mostrar que algunos de los sentidos atañen a los historiadores en algo más que la precisa formulación de lo que sucedió. En consecuencia, también trataré de mostrar que ninguna de estas cosas adicionales constituye

en realidad la distinción requerida como la filosóficamente importante.

1. *Significación pragmática.* A veces un historiador escoge un cierto suceso o individuo para escribir una narración, porque ese objeto tiene, para él, un interés moral, de forma que, además de escribir lo que sucedió precisamente, espera establecer alguna clase de conclusión moral. Su narración estará al servicio, entonces, de algún objetivo más allá o más acá de decirnos qué es lo que realmente sucedió. Frecuentemente, el tono del historiador nos mostrará qué conclusión moral es la que quiere establecer. Por ejemplo, Gibbon escribe en un tono despectivo de los excesos de los gobernantes bizantinos. Con ello trata de establecer un contraste entre aquéllos y los monarcas más ilustrados de su propia época. Pocas dudas puede haber de que alguna de las cosas que incluyó en su libro están específicamente allí a causa de sus objetivos moralizantes. Una conclusión inversa fue la de Tácito en *Germania.* En ese caso, escogió hablar específicamente de Germania para establecer un contraste admirativo con respecto a la conducta, en particular la conducta sexual, de sus propios conciudadanos: insistió pues en el carácter virtuoso de los germanos. Se podrían multiplicar los ejemplos. Las historias de las vidas de los papas, de los grandes empresarios o de las damas cortesanas del antiguo Japón tienen a menudo una significación de este tipo y esas historias pretenden específicamente, y a veces se construyen explícitamente para, un objetivo moralizante. Se podría considerar entonces que ese tipo de narraciones no es puro, sino significativo. Por supuesto, un relativista podría decir que *todas* las narraciones son significativas en ese sentido, puesto que todos los historiadores se encuentran dominados por alguna clase de objetivo moral e intención práctica, lo cual sirve para determinar sobre qué escriben, la forma en que escriben de ello y los acontecimientos que consideran relevantes. Sea así o no, persiste el hecho de que al menos podemos concebir narraciones que no son así y

Ranke, entre otros, afirmó no tener un objetivo adicional de esta clase: le interesaba decir solamente lo que realmente sucedió y, en este sentido, escribir una pura narración.

2. *Significación teórica.* Un conjunto de sucesos puede resultar significativo para un investigador porque los considere en una relación de fundamentación o de ejemplificación con respecto a una teoría general que quiere establecer o desacreditar. Así, la revolución de Cromwell se puede considerar que, o bien confirma una teoría general referente a las revoluciones, o bien es un contraejemplo de una teoría de ese tipo; con respecto a una teoría así es cómo el acontecimiento adquiere su significación. Las narraciones específicas de Marx, referentes a la historia de Francia, son ejemplos de este tipo, que sirven para ilustrar una teoría general sobre la lucha de clases. Una narración de los mismos acontecimientos, escrita para rechazar la teoría marxista, sería igualmente significativa, si consideramos ahora la «narración» significativa como una narración escrita para esta clase de objetivo teórico. Una pura narración sería la que careciera de ese objetivo. Una vez más, en un sentido lato, cualquier narración podría ser significativa desde este punto de vista, e incluso la narración de Ranke *podría* ser significativa, en el sentido de que fue escrita para mostrar que era posible la historia objetiva: su significación residiría en su pureza.

3. *Significación consecuencialista.* Se puede decir que un acontecimiento A es significativo para un historiador H cuando A tiene ciertas consecuencias a las que H da importancia. Por ejemplo, éste es el sentido de «significación» del psicoanalista cuando finalmente dice a un paciente, cuando éste repasa su pasado, que ha indicado algo que es significativo. Y en buena medida es el uso típico del término en los escritos históricos. Cuando decimos que un acontecimiento no tiene significación queremos decir, no que no tiene consecuencias, sino más bien que no las tiene *importantes.* Por eso, este sentido

de significación se encuentra lógicamente conectado con una noción independiente de *importancia*, en la que ésta puede depender de una gran cantidad de criterios diferentes. Se pueden encontrar ejemplos fácilmente. Decimos que, como consecuencia de las guerras persas, los helenos, y en particular los atenienses, fueron capaces de desarrollarse de forma autónoma y de consolidar su cultura. Decimos que la significación de la peste fue la de crear un mercado de vendedores de trabajo y, por lo tanto, una elevación de los salarios, y que contribuyó a la ruptura de la estructura feudal del trabajo. Este es el sentido de significación que resulta apropiado cuando, de acuerdo con un famoso *mot* de Pascal, decimos que el tamaño de la nariz de Cleopatra tuvo una significación histórica. Una narración que describe o muestra la significación de este o aquel acontecimiento podría ser denominada una narración significativa. Por otro lado, resulta difícil concebir, en oposición a ella, una clase de narraciones puras, porque esta noción de significación parece que es esencial para la propia estructura de las narraciones. Si un acontecimiento anterior no es significativo con respecto a uno posterior en un relato, no pertenece a ese relato. Y siempre se puede justificar la inclusión de un acontecimiento mostrando que es significativo en este sentido precisamente. Si cualquier par de acontecimientos mencionados en un relato tienen tan poco que ver que el primero no es significativo con respecto al segundo, el resultado *no* es en realidad una historia, sino más bien un conjunto de afirmaciones que se parecen a S.

4. *Significación reveladora.* He sugerido que la relación entre un relato y un cuerpo de datos puede ser, en un cierto momento, abductiva. Esto es, sobre la base de un conjunto de registros, *postulamos* un tipo de historia y luego procedemos buscando datos adicionales que la sustenten. Esa evidencia, una vez encontrada, puede ser considerada un hallazgo significativo, porque fundamente finalmente una afirmación de la que hasta enton-

ces no estábamos seguros. De forma comparable, entonces, puede existir alguna laguna en un relato, o una parte de un relato puede ser completamente errónea, o puede haber cosas que sucedieron de las que somos inconscientes, sin saber entonces que existe una laguna en el relato que tenemos. Y luego encontramos un registro que habla de acontecimientos que rellenan esa laguna, o que son diferentes de lo que pensábamos que en realidad sucedió o que nos dicen algo que no sabíamos. Esos descubrimientos son significativos porque revelan algo desconocido hasta entonces, y podríamos considerar, de forma derivada, que los acontecimientos mismos son significativos. Por supuesto, todo esto es relativo a un estado de conocimiento: no se pueden revelar cosas a personas que ya son conscientes de ellas, y las revelaciones de ayer son las rancias noticias de hoy. Con todo, ésta es una noción importante de significación, y la aplicaré del modo siguiente a conjuntos de acontecimientos. Diré que un conjunto de acontecimientos A es significativo para un historiador si, sobre su base, es capaz de reconstruir o inferir de alguna forma la ocurrencia de algún otro conjunto de acontecimientos. Por ejemplo, si se me pregunta cuál es la significación del desplazamiento de Descartes a Holanda, podría decir que este acontecimiento significa el hecho de que existían fuerzas efectivas en Francia que eran represoras del pensamiento libre, y que no existían tales fuerzas en Holanda. *Al postular* esta tesis, me puedo poner a intentar verificar la presencia de esas fuerzas en Francia y su ausencia en Holanda. Una vez más se da aquí un equivalente psicoanalítico. Podría decir que la significación de que *x* se hubiera casado con una mujer mayor es que estaba tratando de sustituir a su madre. Se podría decir entonces que una narración significativa es la que relata acontecimientos, o conjuntos de acontecimientos, relacionados de esa manera. Por otro lado, no es difícil advertir en qué consistiría una pura narración. Por ejemplo, supóngase que A es significativo de un conjunto de

acontecimientos que desempeñan un papel *explicativo* respecto a A. Me inclinaría a pensar que es raro que un acontecimiento incluido en un relato no desempeñara un papel explicativo con respecto a otro acontecimiento. Porque, ¿cuál, si no ésta, es la relación que tratamos de dar a A mediante la referencia a otro acontecimiento? Y si ninguno de los acontecimientos mencionados en una narración ayuda a dar sentido a ningún otro, tenemos una vez más algo que es más como N que como una narración.

Ahora bien, esta lista de sentidos de «significación» está lejos de ser exhaustiva y quizá ni siquiera es excluyente: (3) puede ser solamente un caso especial de (4); una narración puede ser significativa tanto en el sentido (2) como en el (4), etc. Pero aun así, servirá bastante bien para mis objetivos actuales y procederé seguidamente a comentar brevemente cada uno de los apartados que he establecido.

a) No se puede negar que los historiadores pueden encontrar, y encuentran, una guía moral, comparaciones morales, ejemplos horribles y paradigmas morales en los acontecimientos del pasado. Ni se puede negar que sus motivos para escribir historia sin más son frecuentemente pragmáticos: quieren reivindicar o arruinar una reputación, ofrecer una enseñanza moral, o fundamentar o reforzar una posición moral. No obstante, nada de esto es incompatible con informar de lo que sucedió exactamente y, de hecho, a no ser que hagan eso, no están escribiendo historia en absoluto. Ciertamente, historiadores diferentes, con objetivos y convencimientos morales diferentes, podrían escribir historias diferentes. Pero, a pesar de ello, cada uno podría estar escribiendo precisamente lo que sucedió, porque estarían escribiendo, a la postre, sobre cosas muy diferentes y la única discrepancia entre ellos *sería* una discrepancia moral, al ser distintos los objetos de sus narraciones. Por otro lado, si intentan contar la misma historia y los relatos difieren, su discrepancia no es sólo moral, sino también fáctica.

Sin embargo, en este caso, una o varias narraciones serían defectuosas en el único sentido históricamente relevante, esto es, en no alcanzar a contar precisamente lo que sucedió. Suponiendo que se corrijan, pueden continuar discrepando moralmente, pero ésta ya no es una desavenencia *históricamente* relevante, porque podrían discrepar independientemente de la información histórica y, de hecho, si están de acuerdo en todos los hechos, su posterior desacuerdo respecto a las interpretaciones morales es irrelevante sin más para la historia, y la historia es irrelevante para el desacuerdo. Lo que no se puede representar como una desavenencia fáctica es irrelevante para la historia, y lo que se puede representar de ese modo sólo puede ser una desavenencia acerca de lo que precisamente sucedió. En este sentido, una narración significativa sería una narración pura más una interpretación moral. Pero es la pura narración lo que es historia. La interpretación moral es extra-histórica, por lo que el contraste entre una narración pura y una significativa no es un contraste dentro de la historia, sino entre la historia y algo más.

Por supuesto, alguien puede argumentar que la distinción entre las creencias y las actitudes no es clara. He de responder que, en la misma medida, la distinción entre narraciones puras y significativas no es clara. De forma parecida, si alguien arguyera que es imposible decir lo que sucedió sin hacer un juicio moral u otro, como consecuencia del mismo lenguaje que empleamos, entonces no existirían puras narraciones, ni podría haberlas, por lo que la distinción es inexistente. *Por contra*, si alguien quisiera argüir que los predicados éticos *no* son expresiones de actitudes, sino que describen propiedades reales de las cosas y los acontecimientos, y que cualquier descripción que no haga uso de ellos resulta incompleta, entonces podríamos establecer, ciertamente, una diferencia entre las narraciones puras y las significativas. Una narración significativa tendría éxito donde fracasaría una pura, esto es, en informar precisamente

de lo que ocurrió. Porque una descripción fáctica *plus* una ética, constituiría una explicación más adecuada o más completa que una explicación meramente fáctica.

Por mi parte, creo que la distinción es bastante clara. Si alguien dijera que algo es un buen ejemplo de historia, aunque no tuviera ninguna argumentación moral, todo el mundo le entendería. Ciertamente, no estaría diciendo nada intrínsecamente inconsciente. Si dijera que es un mal ejemplo de historia porque no contiene ninguna argumentación moral, de hecho no la estaría descalificando, por un criterio normal, para clasificar historias como mejores o peores. Generalmente *no* se acepta como una razón para decir que algo es una mala historia, que sea moralmente neutral, igual que decir que una razón para calificar a una historia como mala es que no mencione a Napoleón. Por otro lado, si alguien dijera que algo es una buena historia, aunque no dice lo que sucedió, realmente plantearía, para empezar, la cuestión de por qué denominarla historia. Decir que es una buena historia *porque* dice lo que sucedió es hacer un razonamiento normal y corriente para llamar, a un ejemplo de historia, buena, mientras que decir, finalmente, que algo es una buena pieza de historia, aunque cuenta lo que sucedió, es lo mismo que decir algo rayano en la ininteligibilidad. Pero afirmar que se trata de una buena historia, aunque contiene consideraciones morales, es bastante inteligible. Significa que las consideraciones morales no han interferido a la hora de satisfacer los criterios de una buena historia. Así pues, podemos olvidarnos del sentido *a*, mi opinión.

b) He estado manteniendo la opinión de que las narraciones pueden ser consideradas como clases de teorías, capaces de fundamentar y de introducir, mediante su agrupación en ciertas formas, una cierta clase de orden y estructura en los acontecimientos. Así concebida, una narración está, con todo, localizada con respecto al espacio y el tiempo, constituye una respuesta a una pregunta histórica y, de acuerdo con ello, se la ha de

distinguir de una teoría general, que no se encuentra localizada de ese modo y, por lo tanto, no constituye ninguna respuesta a una pregunta histórica. El sentido *b* de «significativa» tiene aplicación a la narración escrita específicamente para ilustrar o confirmar alguna teoría general que, por sí misma, no constituye una respuesta a una pregunta histórica, sino más bien a una cuestión científica, o a una clase de ellas. Ciertamente, podría haberse escrito la misma narración, ya el investigador tuviera en mente su objetivo posterior o no. Como narración, se la podría juzgar de forma completamente independiente de si sirve o deja de servir a cualquier tarea extracientífica para la que haya sido pensada. Diría entonces que la ilustración o la confirmación de una teoría general no es una tarea histórica, y preguntas como «¿Es una buena ilustración?» o «¿Confirma la teoría T?» *no* son respuestas a cuestiones históricas, aunque la narración misma *no conseguirá* ciertamente hacer esas cosas si no consigue ser una respuesta a la cuestión histórica apropiada. Por consiguiente, si no consigue satisfacer las mínimas exigencias históricas, difícilmente puede hacer un trabajo de orden superior (o diferente). En modo alguno tenemos aquí dos clases distintas de narraciones, sino solamente una clase, aunque a veces se le dé un uso no histórico. La relación entre una narración y una teoría general se puede entender provechosamente como similar a la relación que existe entre una narración y una tesis u objetivo moral. Haré más adelante algunas observaciones adicionales sobre esta relación, pero, por el momento, en mi opinión, podemos considerar el sentido *b* como irrelevante para cualquier distinción en el seno de la historia y como inútil para proporcionarnos una distinción conveniente entre las narraciones puras y las significativas.

c) Supóngase que la diferencia entre una pura narración y una significativa consiste en el hecho de que esta última detalla las consecuencias de algún conjunto de acontecimientos, mientras que la primera simplemen-

te relaciona esos acontecimientos. Denominemos a esas narraciones N-s y N-p respectivamente. Ahora bien, *ex hypothesi*, N-p es una narración. De acuerdo con ello, ha de satisfacer algunas condiciones más que nuestro paradigma no narrativo, S. Esto significa que al menos alguno de los últimos acontecimientos mencionados en N-p ha de ser significativo con respecto a alguno de los primeros, esto es, estos últimos acontecimientos *constituyen* la significación de los primeros en el sentido de que son sus consecuencias. Si sucede que, sin mencionar ningun acontecimiento descrito por N-p, somos capaces de responder a la cuestión de cuál es la significación de *ese* acontecimiento, cuando se inquiere de *cualquier* acontecimiento de N-p, entonces es que N-p no es una narración. De acuerdo con ello, cualquier narración ha de detallar algunas consecuencias de algunos acontecimientos, y la diferencia entre N-p y N-s es sólo una diferencia de grado. A la vista de esto, es difícil advertir por qué N-s se habría de caracterizar de forma diferente, si se puede decir que N-p informa de lo que precisamente ocurrió. Puede informar *más* de lo que precisamente ocurrió, de lo que lo hace N-p, pero esto no es lo mismo que hacer más que informar de lo que precisamente ocurrió. Por otro lado, si N-p no consigue informar de lo que precisamente ocurrió *porque* detalla algunas consecuencias de algunos acontecimientos, entonces resulta difícil ver cómo *puede* una narración informar precisamente de lo que ocurrió. De acuerdo con esto, el pretendido contraste no se daría entre clases de *narraciones*. Por el sentido *c* de «significativo», pues, cualquier narración es significativa. Pero entonces, si una narración ha de describir precisamente lo que ocurrió, en cualquier sentido que sea aceptable, y otra no, entonces ésta, en la medida en que no consigue describir precisamente lo que ocurrió, queda descalificada como historia. De lo cual se sigue que cualquier narración en historia es una *pura* narración. Por lo que cualquier

narración histórica es pura o significativa, indiferentemente.

d) Podemos tratar con brevedad de *d*. Supóngase que tenemos una laguna en una narración N-p y que, por carencia de evidencia documental disponible, somos incapaces de rellenarla, excepto recurriendo a alguna clase de evidencia conceptual. Por ejemplo, sabemos que sucedieron A-1 y A-3, y pensamos que están conectados, pero no sabemos cuál es la relación. Obsérvese que, en este caso, la laguna es relativa a la organización de la narración. Postulemos un acontecimiento A-2. Ahora bien, más tarde se descubre un fragmento revelador de evidencia, sobre cuya base podemos rellenar esta laguna y, por así decirlo, cerrar la narración. Nuestra nueva narración tiene éxito donde N-p fracasó, esto es, en informar precisamente de lo que ocurrió. En general, esto es lo que nos permite hacer el descubrimiento de algo con una significación reveladora. Al revelar algo que antes no conocíamos, o que sólo sospechábamos, nos permite informar de lo que sucedió más precisamente de lo que hubiéramos sido capaces sin tal descubrimiento. Así pues, la significación reveladora no afecta a la distinción requerida.

Por estas razones, me parece adecuado decir que no existen dos clases de narraciones en la historia, o por lo menos dos clases de la naturaleza que hemos estado discutiendo aquí. Cualquiera que sea la vaguedad de la caracterziación de Ranke, y por muy injustificables que sean las interpretaciones que hayan proporcionado sus críticos hostiles, resulta una caracterización admirable de lo que pretenden los historiadores. De hecho, puedo considerarla como una enunciación alternativa de lo que he denominado el objetivo histórico mínimo.[5*] Sin

5*. En el capítulo II, «A minimal Characterization of History», Danto ha afirmado que el dar descripciones verdaderas sobre los acontecimientos pasados es el objetivo mínimo que define el quehacer de todo historiador. [Ed.]

embargo, en la medida en que los historiadores describen lo que sucedió por medio de narraciones, se encuentran implicados en algo que se podría denominar «dar una interpretación», puesto que la narración misma es una forma de organizar las cosas y, por ello, «va más allá» de lo dado. Presumiblemente, existen problemas que surgen en relación con la conexión semántica entre las narraciones y «la historia-como-actualidad», y las condiciones de verdad de las narraciones tienden a ser complejas. Pero, en la medida en que se trata del género, la historia es de una pieza, como digo. Cualquier clase de narración, suponiendo que hubiera clases de narraciones, requeriría y supondría criterios de relevancia de acuerdo con los cuales se incluirían y excluirían cosas. Esto significa, en mi opinión, que la relación máximamente detallada, el duplicado ideal de «la historia-como-actualidad» no sería una narración.

El profesor Walsh ha argüido, en un lugar,[21] que existe una diferencia entre establecer un hecho y establecer una conexión entre hechos; que estas dos clases de actividad se encuentran claramente en diferentes niveles. Supongo que se podría decir que la noción de hecho no es clara, pero que dos cosas estén conectadas es un *hecho* al fin y al cabo. No obstante, se podría argumentar que existen niveles de hechos. Establecer que sucedió Ai y establecer luego que sucedió Aj es hacer algo que se puede distinguir filosóficamente de establecer una conexión entre Ai y Aj. Voy a hacer algunos comentarios sobre el particular.

1. Realmente es cierto que, en la práctica histórica, existe algo que es establecer como hecho que sucedió un cierto acontecimiento. La medida en que esto se puede hacer sin haber establecido conexiones entre ese

21. W. H. Walsh, «"Plain" and Significant "Significant" Narratives in History», *Journal of Philosophy*, LVIII, 1958, págs. 479-484. Es una réplica a un trabajo mío, «Mere Chronicle and History Proper», *Journal of Philosophy*, L, 1953, págs. 173-182. A su vez, éste es una versión previa de parte de este capítulo.

acontecimiento y otros del pasado es algo difícil de determinar, y me inclinaría a creer que en absoluto es algo que se pueda hacer. No obstante, pasaremos esto por alto, porque alguien podría estar interesado solamente en establecer, por ejemplo, que un cuadro fue pintado en una determinada fecha, sin estar interesado en contar ninguna historia. Supóngase que el historiador establece que la pintura fue realizada en 1817 y publica un trabajo que lo demuestra. El trabajo puede no ser una narración, aunque sin duda se supondría alguna narración, aunque el hecho nuevamente establecido pudiera entrar a formar parte finalmente de una narración. De todos modos, si el trabajo no es una narración, no es una narración pura. El historiador ha respondido realmente a una pregunta histórica. Ha hecho una afirmación verdadera sobre el pasado. No obstante, lo que ha hecho no se puede entender como el establecimiento de una narración; y contrastar su trabajo con el de los historiadores que escriben narraciones *no* equivale a hacer un contraste entre clases de narraciones. Lo único que me ha interesado es si existen clases de narraciones que se puedan contrastar.

2. ¿Cómo escribir una narración sin establecer conexiones entre los acontecimientos? Contrastar una relación que conecta acontecimientos con una relación que no lo hace, difícilmente es contrastar una narración con otra, sino más bien una narración con algo completamente diferente, algo como S.

3. En ocasiones tenemos una tendencia humana a concebir los acontecimientos como discretos y macizos, como bolas, y a concebir las conexiones entre los acontecimientos como si no consistieran en bolas intermediarias. En lo que quiero insistir es en que no toda descripción verdadera de un acontecimiento se puede hacer únicamente mediante predicados monádicos. Sucede algo parecido con respecto a la descripción de las cosas. Es una descripción verdadera de mi máquina de escribir, que es negra; igualmente es verdadera que está en la

mesa de mi despacho, y también es verdadera que es la máquina con la que escribí una carta hace cinco días. El establecimiento de algunas descripciones de cosas o acontecimientos *exige* que establezcamos conexiones entre ellos y otras cosas o acontecimientos. Por ejemplo, las siguientes son descripciones del mismo acontecimiento:

D-1 Jones encendió una cerilla.
D-2 Jones reveló la posición de su pelotón al enemigo, destruyendo involuntariamente la ventaja táctica de la que disfrutaban.

No se puede establecer D-2 sin establecer un completo conjunto de conexiones con otros acontecimientos, y algunas de esas conexiones se extienden en el tiempo.

4. Se puede estar de acuerdo en que todas las narraciones conectan acontecimientos. Pero, se puede decir, hacen algo más que eso. *Explican*, además de decir precisamente lo que ocurrió. Esta es la diferencia entre las puras narraciones y las significativas. El problema con esta sugerencia es que ignora la medida en que una narración es ya una *forma* de explicación. Puede ser importante contrastar las narraciones con otras formas de explicación, pero no es éste el contraste que se pide. Una narración describe y explica a la vez.

5. Existen descripciones del pasado aparte de las narrativas. Por supuesto, esto no ayuda a establecer la distinción, pero suscita algunas cuestiones interesantes. Me ocuparé sólo de la siguiente cuestión. Por definición, las narraciones dejan cosas fuera. Sin embargo, si no se utilizara la forma narrativa, se podría dar una completa descripción, idealmente supuesta como el objetivo de la historia, y realizar así el enunciado idealmente situado en el extremo inferior del rango de enunciados determinados por una pregunta histórica. Pero diré que no se puede dar una descripción completa de ningún acontecimiento que no haga uso de narraciones. Describir com-

pletamente un acontecimiento es situarlo en todas las historias correctas y eso no se puede hacer. No podemos, porque somos temporalmente provincianos respecto al futuro. No podemos, por las mismas razones que no podemos realizar una filosofía especulativa de la historia. La descripción completa presupone pues una organización narrativa, y la organización narrativa es algo que *nosotros* hacemos. No solamente eso, sino que la imposición de una organización narrativa nos aboca lógicamente a un factor inexpugnablemente subjetivo. Existe un elemento de pura arbitrariedad. Organizamos los acontecimientos en relación a otros acontecimientos que encontramos significativos, en un sentido que no hemos tocado aquí. Es un sentido de significación común, no obstante, a todas las narraciones, y está determinado por los intereses temáticos de este o aquel ser humano. En consecuencia, los relativistas tienen razón. Trataré de mostrarlo seguidamente.

3. ORACIONES NARRATIVAS

En este capítulo pretendo aislar y analizar una clase de oraciones que, en mi opinión, se presenta de la forma más típica en los escritos históricos, aunque aparecen en narraciones de todas clases e incluso pueden formar parte, de una forma natural, del habla corriente. Las denominaré «oraciones narrativas». Su característica más general es que se refieren a dos acontecimientos, al menos, separados temporalmente, aunque sólo *describen* (versan *sobre*) el primer acontecimiento al que se refieren. Generalmente están en tiempo pasado y, de hecho, resultaría absurdo, por razones que ya consideraré, que estuvieran en cualquier otro tiempo. El hecho de que estas oraciones puedan, en alguna medida, constituir una característica estilística diferenciadora de los escritos narrativos, tiene menos interés que el hecho de que su utilización sugiera una característica diferenciadora del conocimiento histórico. Pero, incluso esto, me resulta menos interesante que el hecho de que las oraciones narrativas representen una ocasión para discutir, de una forma sistemática, muchos de los problemas filosóficos que suscita la historia, y cuya resolución es tarea de la *filosofía* de la historia. De hecho, las introduciré en el contexto de algunos de estos problemas. Mi tesis es que las oraciones narrativas están relacionadas de un modo tan particular con nuestro concepto de historia, que su análisis ha de indicar cuáles son algunos de los principales caracteres de ese concepto. Además, ayudan a mostrar por qué la respuesta adecuada a la aburrida pregunta «¿Es la historia una ciencia?» es «Ninguna de ellas».

Peirce escribió a Lady Welby: «Nuestra idea del pasado es precisamente la idea de aquello que está absolutamente determinado, fijado, *fait accompli,* y muerto, frente al cual el futuro está vivo, es plástico y por determinar».[1] Ciertamente, eso *es* lo que pensamos la mayoría de nosotros. Pero ¿podríamos tener una opinión diferente? Por diversas razones, algunos han mantenido que el *futuro* se encuentra tan fijado y determinado como el pasado. Supóngase que todo lo que conocemos de César es que existió. No sabemos si estuvo o no en un lugar determinado, por ejemplo Inglaterra. No obstante, podríamos apelar a una venerable noción, el Principio del Tercio Excluso y decir que, o bien estuvo allí, o bien no estuvo, y que al menos es verdad una de estas alternativas. ¿Por qué no podría haber invocado alguien en el siglo v a. C. el mismo principio para argüir que, o bien César habría de estar en Inglaterra, o bien no habría de estar? Quizá porque nadie, entonces, podía haber conocido que César existiría de la forma en que nosotros conocemos que *existió.* Con todo, podría haber di-

1. Irwin Lieb (comp.), *Charles S. Peirce's Letters to Lady Welby,* New Haven, Whitlock's, 1953, pág. 9. Peirce afirma esto en medio de una discusión sobre su teoría de las Categorías. Es bastante complicada, pero también da *en passant* una explicación de la clase de razones que han de haber llevado a Kant a la concepción de que el Tiempo es «sólo una forma de la sensibilidad interna». No queda claro por el contexto si la afirmación es hecha por Peirce o imputada a Kant por él, o si supone que Kant la suscribió implícitamente. Aparece en el seno de una enrevesada e inconsistente discusión, pero no estoy examinando las concepciones de Peirce como tales, sino solamente usando sus afirmaciones como representativas de puntos de vista ampliamente compartidos. Véase «[La gente]... tiene imágenes muy diferentes del pasado y del futuro. El pasado se concibe como si estuviera "ahí", fijo, inalterable, indeleblemente registrado en los anales del tiempo, seamos capaces o no de descifrarlos. Por otro lado, el futuro es considerado no solamente como en su mayor parte desconocido, sino como indeterminado en buena medida... Así se piensa que el futuro está abierto, mientras que el pasado está cerrado», A. J. Ayer, *The Problem of Knowledge,* Londres, MacMillan, 1956, pág. 188.

cho que César o bien existiría o no, y que una de las dos afimaciones habría de ser verdadera. *Si* se puede invocar el Principio para esta cuestión futura, ¿por qué no para cualquiera? No obstante, ¿qué podría significar el nombre «César» para esa persona, de qué clase de cosa estaría afirmando que existiría o no? Bien, he supuesto que todo lo que *nosotros* sabemos es que existió. Sin duda, esto no es realista. Pero, desprovéase de contenido una descripción a voluntad, ¿qué impediría a un hablante del siglo v a.C. decir que alguien correspondiente precisamente a esa descripción existiría o no? Si hubiera hablado de ese modo, ¿por qué no habría de garantizar el Principio, al menos, que esa descripción, o su negación, habría de ser verdadera? ¿O sólo se da esto para el pasado? Después de todo, existen *cuatro* posibilidades, incluyendo la posibilidad de que el futuro esté determinado y el pasado «vivo, plástico y por determinar». ¿Por qué nuestras «ideas» del pasado y del futuro se corresponden sólo con la posibilidad descrita por Peirce? Y, suponiendo que esa sea nuestra idea, sigue existiendo la cuestión de *por qué.*

Nuestra tendencia natural, hoy día, es la de decir que se trata de una cuestión de definición. Sin embargo, considérese la loca fantasía de que todo el curso de la historia retrocediera súbitamente, como una película yendo hacia atrás. Tras un tiempo, se oiría el sonido «zul al esagáH» y la oscuridad cubriría una vez más las aguas. El futuro sería entonces el reflejo exacto del pasado, y habría una regla mediante la cual se podría encontrar una oración sobre el futuro exactamente correspondiente a cada oración verdadera sobre el pasado. En ese caso, el futuro quedaría exactamente equiparado con el pasado en cuanto a determinación. Ciertamente, no nos podemos poner nosotros mismos en esta representación: nadie podría *saber* que lo que estuviera sucediendo fuera la inversión de la historia, porque la simetría quedaría destruida. Quizá lo que queremos decir con la indeterminación del futuro es que nos *podemos* poner en la

representación, nos queda espacio en ella. Pero, por lo que a esto respecta, podemos ponernos, por lo menos con la imaginación, en el pasado, como en *Un yanki en la Corte del Rey Arturo*. Por supuesto, no hay sitio, de hecho, en la Corte del Rey Arturo para extraños del siglo veinte. Sin embargo, tampoco habría sitio en el correspondiente segmento del futuro en el que la historia se podría invertir. Nadie afirma que la historia lo hará, pero que no lo haga no es una cuestión de *definición*.

Digamos que tenemos una certeza empírica de que el futuro no será la imagen del pasado. ¿A qué se parecerá entonces el futuro? Se puede aventurar una cosa u otra, pero en contraste con nuestro conocimiento de lo que ha sucedido, en realidad, no estamos seguros con respecto a lo que sucederá. ¿Es posible que sea esto lo que se quiere decir con que el pasado es determinado y que el futuro está por determinar? ¿Que nuestra «idea» no se basa en ninguna definición de pasado o de futuro, sino de nuestro conocimiento de cada uno? Entonces, la afirmación de Peirce es falsa. Siempre estamos revisando nuestras creencias sobre el pasado, y suponerlo «fijado» sería desleal al espíritu de la investigación histórica. En principio, cualquier creencia sobre el pasado es susceptible de revisión, quizá de la misma manera que cualquier creencia acerca del futuro. En realidad, a veces tenemos más certeza acerca del futuro que del pasado. En un momento determinado tengo más certeza acerca de dónde caerá una piña que acerca de dónde cayó. La diferencia, todo lo más, es de grado.

Peirce también escribió: «Lo existente se encuentra determinado en todos sus aspectos».[2] Posiblemente lo que queramos entonces sea una especie de interpretación ontológica de su original afirmación. Si no está determinado, el futuro no existe. Pero si ha de funcionar el contraste, ha de existir el pasado, se entienda como se entienda. ¡Incluso se puede ignorar el Principio del Ter-

2. C. S. Peirce, *loc. cit.*, pág. 9.

cio Excluso! Puesto que no existe nada a lo que pretendidamente se refieran las oraciones sobre el futuro, no se plantea la cuestión de su verdad o falsedad.[3] O podría decirse: el pasado ha sido construido, pero no así el futuro, y hacer así una ingeniosa extensión del Intuicionismo para prescindir de ese molesto Principio.[4] Por supuesto, difícilmente servirá decir que nuestra idea del pasado es sobre algo existente, y que nuestra idea del futuro lo es de algo que no existe. Si es que es algo, nuestra idea del pasado es la de algo que *ha* existido, mientras que nuestra idea del futuro es la de algo que *existirá*. Muy pocas personas creen que existe el pasado. Pero algunos filósofos muy buenos han pensado eso. C. D. Broad escribió:[5] «Me parece que, una vez que ha sucedido un acontecimiento, existe eternamente». Porque, según argumenta, ciertamente podemos decir de una forma significativa que un cierto acontecimiento ha

3. Por supuesto, estoy aludiendo a P. F. Strawson, «On Referring», *Mind* (1950), reimpreso en A. Flew (comp.), *Essays in Conceptual Analysis*, Londres, MacMillan, 1965. No puedo aceptar la tesis *general* de Strawson —véase mi «A Note on Expressions of the Referring Sort», *Mind* (1958). Por lo que su aplicación a referencias a pretendidas ocasiones futuras habría de argumentarse de modo independiente. Todo el inconveniente procede de la concepción de que la verdad o falsedad de una oración O es independiente del tiempo en que se profiere O. Strawson ha de argumentar que las oraciones como tales nunca son ni verdaderas ni falsas, sino sólo los *enunciados*; y que éstos sean verdaderos o falsos depende en gran medida del momento en que son afirmados. Pero si consideramos las oraciones sin la adecuada información temporal como incompletas, podemos considerar entonces las oraciones cuando se completen apropiadamente como verdaderas independientemente del momento de su proferencia. Lo cual no resuelve ninguno de los problemas epistemológicos que estamos tratando.

4. Véase la elemental discusión de esto en A. Heyting, *Intuitionism: An Introduction*, Amsterdam, North Holland Co., 1956, pág. 1 y sigs. Heytin excluiría de forma justificada mi «extensión» como «metafísica».

5. C. D. Broad, *The Mind and its Place in Nature*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner, 1925, pág. 252.

pasado, esto es, que está en una cierta relación temporal con algún otro acontecimiento. Pero, si no existió, la relación se viene abajo por falta de un término y sería absurda nuestra afirmación sobre ella. De forma que todos esos acontecimientos han de constituir «una parte permanente del universo».[6] Esta parece, en realidad, una argumentación demasiado débil como para fundamentar una consecuencia tan amplia y, de forma igualmente consistente, podríamos argumentar, *mutatis mutandis*, que, si podemos decir significativamente que un cierto acontecimiento es futuro, ese acontecimiento ha de existir eternamente, o carecen de sentido todos los enunciados acerca del futuro. Pero, supongamos que Broad tiene razón y construyamos un modelo metafísico que satisfaga nuestra idea sobre el pasado y el futuro que parece requerir esta interpretación del enunciado de Peirce. La característica importante de este modelo es la fijeza del pasado. Obsérvese que este excurso metafísico no explica *por qué* tenemos la idea de que el pasado está fijado y el futuro es fluido. Sólo muestra a qué se debe parecer el mundo si nuestra idea ha de ser *verdadera*.

Este «modelo» define los acontecimientos como entidades que se extienden temporalmente en un Universo que se desarrolla en el tiempo, una opinión concebiblemente legítima. Lo que *no* es en absoluto legítimo en el modelo es esa parte que sugiere que A y sus coetáneos son exactamente coevos, teniendo todos la misma cantidad de densidad temporal y límites coincidentes. La utilización corriente del término «acontecimiento» es bastante caótica y es probable que se aplique a sucesos de duración variable, incluso de duración cero. Por ejemplo, avistar un petirrojo quizá sea un acontecimiento importante en la mañana de un observador de pájaros. Pero ese acontecimiento podría clasificarse en lo que Ryle ha denominado «consecuciones» que, según su expresión,

6. *Ibid.*

se pueden fechar, pero no medir temporalmente.[7] Podemos fechar y cronometrar al mismo tiempo acontecimientos como los relámpagos. Hablamos de la Revolución Francesa o de la Guerra Civil como acontecimientos importantes en la historia de Francia y de América respectivamente, y se miden mejor con el calendario que con el reloj, suponiendo que exista acuerdo sobre el momento en que empezaron. La fidelidad al uso común nos exige, pues, concebir los acontecimientos como de duración variable, siendo la única alternativa la de decidir arbitrariamente que un acontecimiento tiene una duración exacta, pongamos tres minutos.[8] Pero si seguimos el uso común, podemos vernos obligados a decir que A, aunque pueda tener coetáneos, podría no tener, no obstante, coevos precisos, de tal forma que una línea perpendicular a la dirección del tiempo, en el límite anterior de A, no se cruzaría concebiblemente con el término anterior de ninguno de los coetáneos de A. No obstante, esto tiene consecuencias nefastas para la parte de nuestro modelo en que se apilan los acontecimientos, capa tras capa, de una manera ordenada, a partir del presente. Porque supóngase que A ha entrado completamente en el pasado, mientras que su coetáneo A' sólo lo ha alcanzado parcialmente, habiendo de desarrollarse aún en parte. Se puede preguntar uno entonces *dónde* está el resto de A' cuando esa parte que se sobrepone a A está en el pasado. De alguna forma se produce un sen-

7. Gilbert Ryle, *The Concept of Mind*, págs. 301-304 y *passim*.
8. Por ejemplo, Bertrand Russell, *The Analysis of Matter*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner, 1927, pág. 294. «... Ningún acontecimiento dura más de unos pocos segundos como mucho.» Por «acontecimiento» Russell entiende un componente de un objeto que tiene una estructura física. Por otro lado «llamar a la batalla de Waterloo un acontecimiento es una cuestión terminológica» (pág. 293). Pero véase M. Mandelbaum, *The problem of Historical Knowledge*, Nueva York, Liveringht, 1938, pág. 254 y *passim*. Mandelbaum considera la Reforma como un acontecimiento. Introduciré más adelante el término «estructura temporal», para acontecimientos de mayor magnitud.

tido de incomodidad cuando se concibe así, como si fuera un gusano a medio salir de un montón de basura. Ciertamente, podemos decir que esa parte que no está en el pasado está en el futuro, pasando A' de un lado al otro. Pero supóngase ahora que A' se imbrica con A y con A", aunque ninguno de ellos se imbrica entre sí. Entonces, cuando A se encuentra completamente en el pasado, A" está completamente en el futuro. Pero entonces, después de todo, el futuro existe, y el contraste deseado entre la determinación del pasado y la indeterminación del futuro se deshace. No, habremos de decir que el resto de A' no existe. Pero supóngase que el «resto» de A' no sucede. Bien, entonces el pasado ha de contener fragmentos de acontecimientos y acontecimientos. Con ese añadido cojo, podemos continuar empleando el modelo para lo que sirva.

He de admitir que no sirve para mucho. Por una parte, el futuro es tratado descuidadamente. Pero, sea como sea, «allí», en el pasado, se sitúan todos los acontecimientos que han sucedido alguna vez, como imágenes congeladas. Se muestra el orden de su ocurrencia, se sobreponen (porque tienen diferentes tamaños) y se interpenetran (porque un acontecimiento A puede tener a otro A' como parte de sí mismo). Y lo que es más importante, no pueden cambiar, ni puede cambiar el orden que guardan, ni puede el pasado adquirir nuevos contenidos, excepto en su extremo. No resulta claro, sin embargo, *por qué* no pueden cambiar. Pero tiene que haber razones muy fuertes, porque, de acuerdo con una vieja tradición, ni siquiera *Dios* puede deshacer lo que ha sido hecho: *«Niente diminisce la sua omnipotenza il dire che Iddio non puo fare che il fatto non sia fatto».*[9] Pero dejaré por el momento el problema, volviendo sobre la cuestión de la descripción de nuestro pasado inerte.

9. Galileo Galilei, *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*, en *Opere*, Florence, Edi. Maz., 1929-1939, VII pág. 129.

Mediante una *descripción completa* de un acontecimiento A, quiero decir un conjunto de oraciones que, en conjunto, formulan absolutamente todo lo que sucedió en A. Como la secuencia de lo sucedido es importante, queremos que ese orden quede reflejado en la descripción completa por una u otra clase de mecanismo. De hecho, una descripción completa será una relación preservadora del orden de todo lo sucedido. Como tal descripción, una descripción completa guarda un cierto parecido con un mapa: existe un isomorfismo entre la descripción completa y el acontecimiento del que es verdadera. Ahora bien, con los mapas existen dos tipos de problemas. En primer lugar, existen cosas en el territorio descrito que no se designan en el mapa, de forma que, por lo general, los mapas son incompletos y no duplican de forma exacta el territorio.[10] En segundo lugar, los mapas periclitan porque los territorios cambian: las costas se desgastan, se destruyen ciudades y surgen otras nuevas, se trazan nuevas fronteras como consecuencia de guerras y de tratados.[11] Este segundo problema no se plantea en las descripciones completas de los acontecimientos pasados, en la medida en que el pasado no cambia. Pero tampoco es preciso entonces que se plantee el primero. Podemos imaginar una descripción que sea realmente una descripción completa, que lo diga todo y sea

10. Tengo en cuenta el hecho de que es importante que los mapas sean incompletos. «Porque cuando nuestro mapa se hace tan grande y el mismo en todos los demás aspectos que el territorio que figura —y en realidad mucho antes de que se alcance este estado de cosas— se abandonan ya los objetivos del mapa. No existe nada parecido a un mapa no resumido; porque resumir es algo intrínseco en la realización de mapas.», Nelson Goodman, «The Revision of Philosophy», en Sidney Hook (comp.), *American Philosophers at Work*, Nueva York, Criterion Books, 1956, pág. 84. Por supuesto *ese* mapa no es una réplica exacta: existe tanta diferencia entre un acontecimiento y su descripción como entre Pittsburg y un punto. Es más, el uso que hay que hacer de mi «mapa» requiere la completud.

11. No pretendo sugerir que éstos son los *únicos* problemas que tienen los mapas.

perfectamente isomórfica con un acontecimiento. Una descripción así será entonces *definitiva*: muestra el acontecimiento *wie es eigentlich gewesen ist*. Se puede suponer entonces que se juntan todos los mapas de los acontecimientos, para constituir un (en realidad *el*) mapa de todo el pasado. Este mapa global cambia entonces sólo en la medida en que el pasado mismo cambia: se añade a medida que progresa el límite. Poco importa entonces si hablamos del pasado o de su completa descripción.

Quiero introducir ahora un Cronista Ideal en mi representación. Sabe todo lo que sucede en el momento que sucede, incluso en las mentes ajenas. Asimismo tiene el don de la transcripción instantánea: cualquier cosa que sucede a lo largo de todo el borde progresivo del pasado es consignada por él, tal como sucede, en *la forma* en que sucede. Denominaré la relación progresiva resultante Crónica Ideal (de ahora en adelante C.I.). Una vez que A se encuentra a salvo en el pasado, su descripción completa se encuentra en la C.I. Podemos concebir entonces las diferentes partes de la C.I. como relaciones a las que los historiadores practicantes tratan de aproximar sus propias relaciones.

Digamos que cualquier acontecimiento en el pasado tiene, pues, su descripción completa almacenada en alguna parte en el cielo del historiador. Recuérdese que los acontecimientos en el pasado son fijos, *fait accompli*, y muertos. Sólo una modificación en los acontecimientos podría obligar a una modificación en la C.I. Pero esto está excluido. Por lo tanto, la C.I. es necesariamente definitiva. En contraste, las relaciones reales que ofrecen a sus audiencias los historiadores en ejercicio son siempre susceptibles de modificación. Pueden contener oraciones falsas, pueden tener oraciones verdaderas afirmadas en un orden erróneo y son, casi con total seguridad, incompletas. En ocasiones, datos falsos o interpretaciones erróneas de datos *bona fide*, pueden hacer que nuestros historiadores sustituyan oraciones veraderas por falsas, por

lo que querremos distinguir una modificación *correcta* de una relación histórica. En esta concepción, consistirá en ponerla en línea con la C.I. Esa modificación podrá tomar entonces tres formas como máximo: (a) añadimos oraciones que aparecen en la C.I., pero no en la relación del historiador; (b) eliminamos oraciones que aparecen en la relación del historiador, pero no en la C.I.; (c) intercambiamos las posiciones de todas las oraciones restantes de la relación del historiador, para que coincidan con las posiciones de las oraciones correspondientes de la C.I. Mediante aplicaciones repetidas de estas tres reglas de rectificación, obtenemos finalmente una versión corregida de la relación original. De hecho, habría de constituir un duplicado exacto de la parte apropiada de la C.I.

Esta es precisamente la clase de cosa que podría hacer una máquina. Quizás incluso se podría dar a una máquina el trabajo del Cronista Ideal. El único lugar, entonces, en que es necesario el trabajo meramente humano es en la construcción de «una relación no corregida». Por supuesto, esto es preciso hacerlo con los viejos métodos, esto es, la recolección de datos, la formulación de hipótesis, la realización y comprobación de inferencias y demás. Nunca se está seguro de las relaciones que se construyen de esta forma tan pedestre: pueden aparecer nuevos datos, nuevos desarrollos científicos pueden posibilitar nuevas hipótesis, la aparición de un genio puede producir interpretaciones completamente nuevas. Se revisan penosamente las viejas relaciones y se reemplazan con nuevas, y todo el trabajo que se puso en la primera relación tiene como resultado algo ahora obsoleto. Un trabajo ingrato; inacabable. Qué pena que el historiador no tenga en sus propios archivos una copia certificada de la C.I., con la que confrontar su propia relación, aplicando unas cuantas reglas sencillas.

Bueno, ¡*démosle* la C.I.! Ahora puede saberlo todo. Sin embargo, es un regalo envenenado. Porque, ¿qué es lo que hace entonces nuestro historiador? Puede trasladarse a

otro campo de la historia, pero nuestra generosidad no conoce límites: le proporcionamos todas las partes de la C.I. que quiera. Evidentemente, ya no parece que tenga nada que hacer *qua* historiador, como reunir datos, formular hipótesis, construir relaciones, etc. Después de todo, ¿para qué trabajar arduamente construyendo relaciones de mala calidad, faltas de corrección, cuando se dispone de la relación correcta? Ciertamente, puede que precisamente en esa utilización de las viejas prácticas es donde haya que buscar la *raison d'être* del historiador. Sin duda alguna, Sir Edmund Hillary lo habría tomado muy a mal si hubiera descendido una mano del cielo y le hubiera puesto encima del Everest, como un soldado de juguete. Habría llegado a donde quería llegar, pero nadie lo habría reconocido como un hito en el montañismo, ni siquiera aunque Sir Edmund hubiera rogado que sucediera algo parecido. Porque rogar no es un ejército de capacidad deportiva. Y yo digo: peor para el historiador. Tendremos que recordarle que la historia no es un deporte, que la utilización de todo el aparato crítico siempre ha sido un medio para un fin, a saber, el descubrimiento de la Verdad. Y eso es precisamente lo que le hemos dado. ¿Cuál es la diferencia si sus instrumenos historiográficos hubieran resultado ser *faute de mieux*? ¿Qué más quiere o *puede* querer?

Croce formula un desafío parecido a los que consideran que la tarea de la historia es describir el pasado «en la forma en que sucedió realmente». Supóngase que se tiene una descripción completa: ¿qué se hará entonces? [12] Dice Croce: «Actuar». Considero que esto quiere decir que el historiador ha de hacer un poco más de historia antes de que pueda escribir un poco más de historia, un extenuante trabajo de Sísifo, algo así como un ama de casa compulsiva que ha de ir esparciendo polvo para justificar su esencia. Pero me gustaría tomar este desafío en

12. Benedetto Croce, *History: Its Theory and Practice*, passim.

serio. ¿Qué les quedaría a los historiadores? Por supuesto, sencillamente pueden recelar del favor. Dejemos que lo prueben. Si sus métodos son correctos, siempre saldrán con bien. O pueden buscar refugio en el escepticismo, pero eso sería tan perjudicial para la práctica histórica corriente como la C.I. O pueden ignorarla. Pero ¿se parecerá el historiador a Sir Galahad, que, dando vueltas tristemente al Grial entre sus manos, se da cuenta de que lo que quería después de todo no era sino ir tras él? Nada de eso: seguir buscando sería algo que resultaría estar viciado por la mala fe. ¡La mosca está en el frasco! La tarea del filósofo consiste en enseñarle la salida.

Lo que sugiero es lo siguiente: dejémosle usar la C.I. como haría con cualquier relación testifical de un acontecimiento en que estuviera interesado. No le dirá todo lo que quiere saber sobre el acontecimiento. Esto suena como una contradicción con lo dicho anteriormente. ¿No es la C.I. definitivamente completa? ¿Y no he dicho que no puede suceder nada en el pasado que la haga errónea o equivocada en algún aspecto? Por supuesto, es completa, pero completa en la forma en que un testigo podría describir, incluso un Testigo Ideal, capaz de ver todo lo que sucede al mismo tiempo, tal como sucede, en la forma en que sucede. *Pero no es suficiente.* Porque existe una clase de descripciones de cualquier acontecimiento bajo las cuales el acontecimiento no puede ser visto por un testigo,[13] y esas descripciones están excluidas necesaria y sistemáticamente de la C.I. La verdad completa referente a un acontecimiento sólo puede ser conocida después, y a veces sólo *mucho* después de que el acontecimiento mismo haya tenido lugar, y sólo los historiadores pueden contar esa parte del relato. Es algo que ni

13. En su libro *Intention*, Oxford, Basil Blackwell, 1957, G. E. M. Anscombe observa que existen muchas descripciones de una acción, y sólo bajo algunas de ellas la acción es intencional. Pienso que ésta es una aguda observación y quiero reconocer que mi propia concepción en este punto fue directamente estimulada por la obra de la señora Anscombe.

siquiera puede conocer la mejor clase de testigo. Lo que deliberadamente dejamos de proporcionar al Cronista Ideal fue el conocimiento del futuro.

Yeats, describiendo en su poema la violación de Leda por Zeus, escribe: «Un estremecimiento de los lomos engendra allí / el muro roto, los tejados y torres ardiendo, / Agamenón muerto». Renunciando por el momento a las cuestiones referentes a la historicidad del episodio, la *oración* misma pertenece a una clase que no podría aparecer en la C.I., incluso si hubiera sucedido el hecho, en contraste con «El retiene su pecho inerme bajo el suyo», que podría aparecer. Porque esta última describe algo que podría ser atestiguado. Pero nadie podría ser testigo del acto bajo la descripción «Zeus engendra la muerte de Agamenón». Porque ni siquiera había nacido ese rey y habrían de suceder muchas cosas antes de su trágico fin, como sabemos. Sólo mucho después se puede dar testimonio de la muerte de Agamenón. Luego, alguien podría remontarse a la violación de Leda y podría ver, de forma retrospectiva, que la acción de Zeus entrañaba alguna clase de destino. El Testigo Ideal es ciego para todo eso. Sin referirse al futuro, sin ir más allá de lo que se puede decir sobre lo que sucede, cómo sucede, en la forma en que sucede, ni siquiera podría describir en 1618: «En este momento comienza la Guerra de los Treinta Años», si es que esta guerra se denominó así por su duración.

La clase de descripciones que me ocupa se refiere a dos acontecimientos distintos y temporalmente separados, A-1 y A-2. Describen el primero de los acontecimientos a que se refieren. La oración de Yeats se refiere a la violación de Leda y a la muerte de Agamenón, pero sólo describe la violación de Leda. «La Guerra de los Treinta Años comenzó en 1618» se refiere al comienzo y al final de la guerra, pero versa sobre el comienzo de la guerra. Suponiendo que se llamara así por su duración, nadie podría describirla presumiblemente en 1618, o en cualquier momento anterior a 1648, como «la Guerra de

los Treinta Años». Por supuesto, alguien podría *predecir* que la guerra duraría justamente ese tiempo, y confiar suficientemente en su predicción como para *describirla* en realidad de ese modo. Pero estaría haciendo una afirmación sobre el futuro, que es lo que no permitimos que haga la C.I. Si describimos un acontecimiento A-1 haciendo referencia a un acontecimiento futuro A-2, antes de que tenga lugar, o se suponga que tiene lugar A-2, tendremos que retirar la descripción o declararla falsa, si A-2 no tiene lugar. Pero la C.I. está construida de tal modo que no puede ser errónea en nada. No puede haber tachones. Lo que describe está fijado y no dice nada que no sea verdadero. Más adelante diré algo más sobre las predicciones y las descripciones y, además, exploraré algunas de las consecuencias de permitir que la C.I. haga afirmaciones sobre el futuro. No obstante, tal como están ahora las cosas, no puede hacer esas afirmaciones y, consecuentemente, no puede emplear las clases de oraciones que he caracterizado, que se designan de ahora en adelante *oraciones narrativas*. En este caso, no existen en la C.I. ni comienzos ni finales. Virginia Wolf escribió en *Las olas*: «Si no existen los comienzos ni los finales, entonces no existen los relatos». «Corta a través del futuro», escribió Whitehead, «y el presente se derrumba, vaciado de su contenido mismo».[14] Empieza a verse claro que una «descripción completa» no satisface adecuadamente las necesidades de los historiadores y deja entonces de consistir en el ideal al que esperamos que se acerquen nuestras propias relaciones, y que no ser testigos de un acontecimiento no es algo tan malo si nuestros intereses son históricos, lo que muestra, supongo, que algunos de los argumentos del relativismo histórico son impropios.[15]

14. Alfred North Whitehead, *Adventures of Ideas*, Nueva York, MacMillan, 1933, pág. 246.
15. Véase Mandelbaum, *op. cit.*, caps. I y IV.

De hecho, las oraciones falsas se pueden convertir en verdaderas de dos maneras, suponiendo que los significados de las palabras utilizadas permanezcan constantes: podemos corregir las oraciones o rectificar los hechos que se pretende describir. Si hay tres sillas en la habitación y alguien dice falsamente: «Hay cuatro sillas en la habitación», puede obtener una descripción verdadera añadiendo una silla o quitando «cuatro» y reemplazándola por «tres». Sin embargo, en cuanto a las oraciones falsas acerca del pasado, sólo tengo la opción de corregir las oraciones si es que persigo la verdad. Durante siglos no ha habido modo alguno de reeducar moralmente a los Borgia, de tal modo que el enunciado «Los Borgia eran gente honrada», se vuelve verdadero. Todo lo más, puedo reemplazar «honrada» por «pervertida» o, si he de mantener la oración, puedo intentar cambiar el significado de «honrada», una tarea ruinosa si lo que quiero mantener es la proposición de que los Borgia eran *honrados*. «No puedes hacer honrados a los Borgia» cambia radicalmente su significado después de 1503: antes de ese momento podría significar sólo que los Borgias eran incorregibles autores de maldades, después de ese momento que los Borgia correspondientes, y los acontecimientos de sus vidas, estaban totalmente insertos en el pasado. No obstante, supóngase que hubiera una máquina del tiempo: nuestro programa podría ser entonces el de volver al pasado, trabajar duro con Alejandro y su prole, conducirles por los caminos de la rectitud y volver al presente con la oración convertida en verdadera *via* rectificación de los hechos. Por supuesto, es ésta una tarea inútil, no por los Borgia, sino por la inalterabilidad del pasado. Pero ¿por qué es el pasado inalterable?

Se puede ver uno tentado a decir: porque los efectos no pueden preceder temporalmente a sus causas, por lo que los acontecimientos del pasado no pueden ser el efecto de las causas que ahora o en cualquier momento futuro puedan operar. Ciertamente, la razón no puede ser

simplemente que los acontecimientos en cuestión no están «aquí», por lo que, por decirlo así, no podemos echarles mano: porque los acontecimientos futuros no están «aquí» tampoco y, sin embargo, esperamos que las causas que ahora operan tengan un efecto en los acontecimientos futuros. Por otro lado, la clase de situación que estoy considerando se diferencia de *ésta*: se dice que un acontecimiento posterior, por ejemplo una moneda que cae de cara, causa un acontecimiento anterior, por ejemplo que un hombre *diga* «Cara».[16] Porque en este caso, cuando la moneda cae de cara en t-2, la persona ya ha dicho en realidad «Cara» en t-1. Pero lo que contaría como un *cambio* en el pasado sería quizás algo como lo siguiente: alguien pretende cambiar a los Borgia en t-2, los Borgia son malvados en t-1, la persona consigue hacerlos virtuosos en vez de malvados *en* t-1. Para hacer los casos paralelos, deberíamos pensar en la persona diciendo «Cruz» en t-1, la moneda cayendo de cara en t-2 y que *esto* fuera la causa de que la persona dijera «Cara» en vez de «Cruz» en t-1.

Ahora bien, si el pasado no se puede cambiar de esa manera, no puede ser simplemente porque los efectos no puedan preceder a sus causas. Porque supóngase que el historiador, interesado en la postrera reivindicación de la reputación de los Borgia, admitiera que no existe nada que *él* pueda hacer en este sentido. Pero, podría argumentar que todo eso puede cambiar. Porque podría haber acontecimientos *anteriores* en la escala temporal a la conducta malvada de los Borgias que, de alguna forma, causaran aún su modificación: sería simplemente que no habrían descargado todavía su energía causal, sino que habrían permanecido adormecidos durante todos estos siglos, como un volcán. Seguramente, se trata de una propuesta extravagante, pero las causas en cuestión preceden obviamente a sus efectos propuestos, por

16. Max Black, «Why Cannot an Effect Precede its Cause?», *Analysis*, XVI, 1956, págs. 49-58.

lo que la incapacidad del pasado para cambiar no se puede ya imputar a la asimetría temporal de la causa y el efecto. Es más, no podemos afirmar sencillamente que los supuestos acontecimientos, anteriores en la escala temporal a los esperados como efectos, han de ser causalmente inoperantes, precisamente porque son pasado, porque ello implicaría inmediatamente un argumento general en contra de la causalidad: nuestro concepto de causalidad requiere una acción en una distancia temporal. De otro modo, ninguno de los acontecimientos separados por el tiempo se podrían relacionar como causa y efecto, y, en consecuencia, no podríamos esperar que el futuro estuviera afectado en modo alguno por lo que ahora sucede. Lo que es peor, seguiría existiendo la posibilidad de que los acontecimientos del pasado cambiaran espontáneamente sin más, sin nada que causara ese cambio.

Pero, a la postre, todas esas dificultades son irrelevantes. Porque lo que estamos excluyendo, en la medida en que atañe a la causalidad, es que una causa, anterior o posterior a un acontecimiento A, pueda actuar sobre A una vez que ha sucedido A. Porque supóngase que A ha ocurrido en t-1. Entonces, cualquier cambio en A habrá de consistir, o bien en añadirle una propiedad, o eliminarla, o ambas cosas. Sea F una propiedad a añadir: entonces en t-1 A es, al mismo tiempo, F y no-F, lo cual es por definición contradictorio. Pero sería igualmente contradictorio si se eliminara una propiedad G: A sería, al mismo tiempo, G y no-G en t-1. Esto incluye también el cambio espontáneo. Pero como A es en t-1, ningún cambio puede tener lugar en A en cualquier otro momento, por ejemplo t-2. Porque entonces algo estaría sucediendo al mismo tiempo en t-1 y en t-2, dicho de otro modo, dos momentos distintos habrían de ser simultáneos. Y, una vez más, esto es contradictorio.

Cuando se tienen descripciones falsas de los acontecimientos del pasado, entonces el único medio de convertirlas en verdaderas es la «rectificación de los términos».

Por otro lado, existe un cierto sentido en el que podemos hablar del pasado como si cambiara; el sentido en que un acontecimiento en t-1 adquiere nuevas propiedades, no porque nosotros (o cualquier otra cosa) operemos causalmente sobre el acontecimiento, ni porque algo siga sucediendo en t-1 después de que t-1 acabe, sino porque el acontecimiento en t-1 llegue a establecer relaciones diferentes con los acontecimientos que ocurran después. En efecto, esto significa que la *descripción* de A-en-t-1 puede hacerse más rica con el tiempo sin que el acontecimiento mismo muestre ninguna clase de inestabilidad, y ésta es la razón por la que lo que he denominado «descripción completa» de A en t-1 no puede ser definitiva.

Supóngase que A-1 en t-1 es una condición necesaria para A-2 en t-2. Entonces se sigue inmediatamente que A-2 en t-2 es una condición *suficiente* para A-1 en t-1.[17] Así pues, una condición suficiente de un acontecimiento puede tener lugar en un momento posterior al acontecimiento. No podemos asimilar fácilmente el concepto de causa al concepto de condición necesaria y suficiente, a menos que estemos dispuestos a decir que las causas pueden suceder a los efectos.[18] De modo que es difícil suponer que A-2 *hace* que suceda A-1. Pero, en última instancia, permite una *descripción* de A-1 bajo la cual A-1 podría no haber sido advertido y, en consecuencia, podría no haber aparecido en la C.I. Ahora bien, puede existir un número indefinido de descripciones de esta clase, porque cada condición suficiente, temporalmente pos-

17. Por razones familiares. Por definición, p enuncia una condición necesaria de q si $-p \rightarrow -q$. Lo cual es equivalente a $q \rightarrow p$. Y esto representa exactamente la afirmación de que q es una condición suficiente de p. En suma, siempre que p es una condición necesaria de q, q es una condición suficiente de p, y a la inversa.

18. Aunque por supuesto el denominado estado mecánico de un sistema físico s determine todos los demás estados de s para cualquier valor de t, incluyendo todos los estados temporales anteriores de s.

terior, para A-1 permite una nueva descripción de ese acontecimiento. Y precisamente las mismas consideraciones se aplican a las condiciones necesarias de A-1, temporalmente posteriores.

Por ejemplo, supóngase que un científico C descubre una teoría T en t-1. Quizá C no publique T. En un momento posterior t-2, un científico diferente C' descubre de forma independiente T, que entonces se publica y queda incorporada al cuerpo de las teorías científicas aceptadas. Los historiadores de la ciencia descubren más tarde que C alcanzó T antes que C'. No es preciso que ello quite mérito a C', pero nos permite decir no solamente que C descubrió T en t-1, sino que C *anticipó* en t-1 el descubrimiento de T por C' en t-2. De hecho, ésta será una descripción de lo que hizo C en t-1, pero será una descripción bajo la que la conducta de C' no podía haber sido considerada, y constituiría un hecho importante sobre el acontecimiento que, en consecuencia, no aparecería en la C.I. Entretanto, el historiador que describe el acontecimiento de esta forma habrá usado una *oración narrativa.*

Para que sea cierto que un hombre *anticipa* T en t-1, es *lógicamente* necesario que se establezca T en un momento posterior, por ejemplo t-2. No obstante, existen ciertas complicaciones. No podemos decir *simplemente* que el descubrimiento de T por C' en t-2 fue una condición necesaria para la anticipación de T por C en t-1. Esto es, no podemos decir simplemente que, si C' no hubiera alcanzado T en t-2, C no habría anticipado T en t-1. Porque, después de todo, algún científico diferente de C' podría haber llegado a la misma teoría, o el propio C' podría haberla descubierto en un momento diferente de t-2. Sólo podemos decir que, para que sea verdad que C anticipa T en t-1, *alguien,* en *algún* momento posterior a t-1, ha de descubrir también T. Y, evidentemente, «Alguien descubre T después de que C descubra T» *no* es equivalente a «C' descubre T en t-2, y t-2 es posterior al momento en que C descubre T». La prime-

ra está implicada por la última, pero no la implica.

Con todo, una descripción más afinada de ambos acontecimientos convierte, de un modo bastante fácil, la última en una condición necesaria de la primera. Sea C Aristarco y C' Copérnico. Entonces podríamos describir lo que consiguió Aristarco en algún momento del 270 a.C. del modo siguiente: «Aristarco anticipó en el 270 a.C. la teoría que publicó Copérnico en 1543 d.C.». Si Copérnico no hubiera publicado la teoría, o no la hubiese publicado en ese momento, sería *falsa* esa orientación sobre Aristarco. Por lo tanto, bajo la descripción adecuada, algo hecho por Copérnico es una condición necesaria, temporalmente posterior, para algo hecho por Aristarco. De forma inmediata se deduce, precisamente bajo esta descripción, que lo que hizo Aristarco en el 270 a.C. es una condición *suficiente* para lo que Copérnico hizo diecisiete siglos más tarde. Por supuesto, no se deduce que lo que Aristarco causó, o figuró entre las causas, fuera la afirmación del heliocentrismo por parte de Copérnico. Esto habría de establecerse de modo independiente. Por supuesto, en cierto modo el concepto de causalidad no es tan claro como nosotros querríamos. Lo que hizo Aristarco pudo no haber causado en ningún sentido el descubrimiento por Copérnico de la teoría heliocéntrica, pero en un sentido muy definido causó que Copérnico *redescubriera* la teoría heliocéntrica. No es que Copérnico hiciera dos cosas diferentes: fue la misma acción, vista bajo dos descripciones distintas.

«Ser una causa» puede constituir, de hecho, un caso especial de la clase de caracterizaciones de acontecimientos que permiten las descripciones narrativas. Después de todo las causas no se pueden testificar *como* tales causas: Hume ya observó esto hace mucho tiempo. Decir de A-1 que causó A-2 es dar una descripción de A-1 refiriéndose a otro acontecimiento (A-2) que constituye una condición necesaria de A-1 bajo la descripción apropiada. Si no ocurre A-2, si es falso que «tuvo lugar A-2»,

entonces se deduciría que «A-1 causó A-2» sería falsa a su vez. De esto *no* se sigue que A-1 sea una condición suficiente de A-2. Presumiblemente no nos gustaría afirmar, en general, que cualquier causa de un acontecimiento es una condición suficiente de ese acontecimiento. Ni tampoco nos gustaría decir necesariamente que A-2 es una condición necesaria de A-1. Lo que sería correcto afirmar es que la ocurrencia de A-2 es una condición necesaria de que A-1 sea una causa o, más precisamente, una causa de A-2. En resumen, entonces, la ocurrencia de A-2 no es una condición necesaria de la ocurrencia de A-1; sólo es una condición necesaria para que A-1 sea correctamente descrita como una causa de A-2 y, en consecuencia, la C.I. no podría decir de A-1, cuando ocurre, que A-1 es una causa de A-2. Por lo tanto, «es una causa de» no sería un predicado accesible para la C.I.

Ni, como hemos visto, tampoco «anticipa» sería un predicado al que tuviera acceso el Cronista Ideal. Pero existen muchos más ejemplos. Para que sea cierto que Petrarca inauguró el Renacimiento, se requiere lógicamente que tuviera lugar el Renacimiento, aunque, como cuestión de hecho, el Renacimiento podría haber tenido lugar, lo hubiera inaugurado Petrarca o no. Una vez más, para que fuera cierto que Piero da Vinci engendró un genio universal, su descendencia (en este caso Leonardo) *tenía* que ser un genio universal. Otros ejemplos serían: «predijo correctamente», «instigó», «inició», «precedió», «dio origen a», etc. Cada una de estas expresiones, para ser cierta de un acontecimiento A-1, requiere, lógicamente, la ocurrencia de un acontecimiento temporalmente posterior a A-1, y las oraciones que hacen utilización de esas expresiones, de una forma obvia serán entonces oraciones narrativas.

Además de carecer por completo de oraciones narrativas, la C.I. está privada de ciertos mecanismos referenciales; expresiones que designan unívocamente ciertos acontecimientos, personas y lugares, mediante la

utilización de pronombres relativos, «el lugar en que...», «la persona que...», cuando los puntos suspensivos se rellenan con una expresión que se refiere a un acontecimiento que tiene lugar posteriormente al momento anterior en el que existe tal individuo al que referirse. Newton escribió sus *Principia* de 1685 a 1687, en que se publicaron. Después de esa fecha sería natural referirse a Newton como «el hombre que escribió los *Principia Mathematica*». En realidad, a partir de ese momento, no resultaría extraño referirse a Newton por medio de esa expresión, independientemente del período de la vida de Newton de que estuviéramos hablando. A este respecto, podemos hablar de Woolethorpe como el lugar en que Newton nació, *o* el lugar en que nació el autor de los *Principia*. Podemos decir, pero no la C.I., que el autor de los *Principia* nació en Woolethorpe en el día de Navidad de 1642. La oración «El autor de los *Principia* nació en Woolethorpe» no puede aparecer en la C.I. del día de Navidad de 1642. Sólo después de 1687 podría aparecer esta oración, con el apropiado tiempo verbal.

Aún se conserva la casa de Woolethorpe. Es la misma casa que los campesinos o labradores ingleses podrían haber visto en el siglo decisiete. Sin duda, tiene casi la misma apariencia ahora que entonces. Podemos peregrinar a ella si queremos. Veremos la misma casa que vieron esos campesinos y labradores. Pero nosotros la veremos como el lugar de nacimiento y de los primeros años de uno de los más grandes científicos de todos los tiempos, el lugar en que Newton hizo esos grandes descubrimientos en el año de la Plaga de 1665. Por la importancia de esos descubrimientos y, por lo tanto, por la importancia del hombre mismo, la casa de Woolethorpe tiene una especial significación para nosotros. Nadie podría haber experimentado esta significación en 1642: es algo que sólo le podían otorgar los acontecimientos posteriores a 1642. Es por la significación que damos a *esos* acontecimientos, que, por supuesto, ahora pertene-

cen al pasado, por lo que somos sensibles a la significación del caserón de piedra.[19]

Podemos visitar la casa de Woolethorpe, pero no podemos visitarla en el *momento* en que nació Newton: visitar el pasado sería cambiarlo y eso no se puede hacer. Si *per impossibile* pudiéramos presenciar el nacimiento de Newton, veríamos ese acontecimiento preñado de una especie de destino al que, incluso la madre más ambiciosa, habría de ser ajena. Un pastor en una colina griega podría haber visto a una mujer atacada por un cisne (un suceso bastante monstruoso), pero no habría visto en ello el origen de la muerte de Agamenón. Esto es algo que sólo podría haber sido «visto» por alguien que conociera lo que no podría ser conocido en ese momento. Si nos estuviera permitido visitar el pasado, llevaríamos con nosotros nuestro conocimiento del futuro (en efecto, recordaríamos acontecimientos que ocurrirían después de lo que estuviéramos presenciando). Sólo podríamos presenciar el pasado tal «como sucedió en realidad» si, de algún modo, pudiéramos olvidar la clase de información que podría habernos impulsado a querer viajar hacia atrás en el tiempo.

Pero, se podría argüir, «un clarividente podría presenciar al mismo tiempo un conjunto de acontecimientos tal como suceden *y* verlos como significativos a la luz de futuros acontecimientos. Recordando los logros de Einstein, podríamos haber visto a su luz al anciano. ¿Por qué no podría alguien que *viera de antemano* esos logros, ver al joven a la luz de esas mismas realizaciones? ¡Piénsese en los Reyes Magos!» Bueno, quizá. Pero aún no hemos permitido que el Cronista Ideal tenga esos

19. N. R. Hanson argumentaría que nosotros no vemos lo mismo que ellos vieron, que, por ejemplo, ni siquiera un historiador contemporáneo de la ciencia y su mujer, totalmente desinteresada por la historia de la ciencia, verían lo mismo, a pesar de la equivalencia de imágenes retinianas, cuando contemplan ambos la casa. Véase sus *Patterns of Discovery*, especialmente el capítulo 1.

dones precognitivos. Sólo sabe lo que sucede, cómo sucede, en la forma en que sucede. Cualquier acontecimiento es igualmente significativo para él, o igualmente insignificante, lo que quiere decir que no se aplica la categoría de significación. ¿Cómo podría aplicarla si no conoce el futuro? Porque sólo a la luz del futuro los acontecimientos que presencia adquirirán una cierta significación. Si nos negamos a permitir que la C.I. haga afirmación *alguna* sobre el futuro, que se refiera a acontecimientos futuros, ¿qué lenguaje va a utilizar para descubrir lo que sucede, cómo sucede, en la forma en que sucede? He argumentado que los acontecimientos no pueden ser descritos por la C.I. como causas, ni puede caracterizarlos mediante oraciones narrativas. Las oraciones narrativas se refieren al menos a dos acontecimientos separados por el tiempo, y describen el primero de ellos. Pero, en un cierto sentido, ésta es la estructura que exhibe toda una clase de oraciones que normalmente se usan para describir *acciones*. ¿Hay que privar a la C.I., entonces, de todo el lenguaje de la acción? Quiero tratar esta cuestión, porque ayudará a aislar algunas características adicionales de las oraciones narrativas.

Antes del viaje inaugural del malhadado buque Andrea Doria, se hizo una serie de anuncios que mostraban hombres pintando cuadros, tallando estatuas, haciendo mosaicos, etc. Debajo de cada imagen figuraba: «Este hombre está construyendo un barco». Las imágenes no mostraban a hombres ocupados en la clase de tareas que, evidentemente, implica la construcción de un barco, pero habíamos de comprender que el Andrea Doria no era un barco corriente. *Si* concibiéramos actividades tales como la realización de mosaicos como parte de lo que se haría normalmente en la construcción de un barco, el anuncio habría errado su objetivo; una imagen de un hombre colocando una quilla no haría ver que el barco en cuestión había de ser *extraordinario*. No obstante, si la expresión «construir un barco» no fuera capaz de ser ampliada para que cubriera esas actividades anormales, tampoco

habrían logrado transmitir su mensaje los anuncios; ciertamente, nos habría extrañado que, bajo una imagen de un hombre borracho en una cuneta, se leyera «Este hombre está construyendo un barco», cosa que no sucedía con las imágenes que se nos mostraban. Los predicados de acción siguen reglas etxremadamente flexibles: un número indefinido de clases de conductas pueden caer bajo «construir un barco».

Hablando *literalmente,* puede que un hombre esté colocando una semilla en un agujero cuando le describimos como «plantando rosas», o apretando simplemente unos tornillos cuando le describimos como «arreglando la radio». Sin embargo, nadie espera esas descripciones literales. No pensamos en corregir la descripción «plantando rosas» por la más literal «poniendo semillas en agujeros», más de lo que pensamos en acusar a una persona de falsedad cuando responde a la pregunta «¿Qué está haciendo?» con «Plantando rosas», porque lo que está haciendo *literalmente* es responder a nuestra pregunta. El rango de conductas que cubre «está plantando rosas» incluye cavar, fertilizar, sembrar, incluso adquirir palas y semillas, incluso leer catálogos de semillas o contratar jardineros expertos. De hecho, el caso raro es en el que el predicado de acción es literalmente aplicable, por ejemplo, cuando una persona está poniendo realmente rosales en el terreno. La presencia de rosas es el *resultado* al que se pretende que lleguen todas esas piezas separadas de conducta y, como vemos una cierta conexión entre ellas y ese resultado, tendemos a describir esos diferentes fragmentos de conducta en términos del resultado. Sea R cualquier resultado y sea E cualquier conducta implicada de forma que lleve a R. Entonces, lo que hace una persona puede ser, *o bien* descrito mediante E o mediante R. Así, «*a* está R-ando» será una descripción correcta de lo que *a* está haciendo si *a* hace E, y E es un medio para R. Pero en realidad «está R-ando», generalmente, cubrirá toda una colección de fragmentos diferentes de conductas C1...Cn de forma que, cuando

sea cierto que *a* está R-ando, podemos suponer, provisionalmente, que *a*Bi *e/a*, donde Bi es un miembro de la colección y donde «Bi *e/a* es una descripción *literal* de lo que *a* hace. Casi seguro que la colección señalada por un predicado como «está R-ando» es muy flexible y, sea quien sea de quien es cierto que «está R-ando», será cierto en general que hará cosas diferentes pertenecientes a la colección. O puede darse el caso de que «está R-ando» sea aplicable de forma indiferente a un grupo de individuos, cada uno de los cuales hace *una* de las cosas de la colección, como en una fábrica de producción en cadena. Denominaré a los predicados «está R-ando» como *verbos proyecto.*

Ahora bien, supóngase que *a* hace Bi en t-1, y describimos esta acción con el apropiado verbo proyecto, «*a* está R-ando». ¿No se describe su conducta a la luz de una futura ocurrencia, a saber, el resultado R? ¿Y no se refiere entonces la oración a dos acontecimientos temporalmente separados, a saber, Bi en t-1 y R en t-2? Pero esto parece que caracteriza a todas las oraciones que utilizan verbos proyecto de la misma forma que he indicado para las oraciones narrativas. Sin embargo, si lo permitimos y si están excluidas las oraciones narrativas de la C.I., se seguiría que la C.I. no podría usar verbos proyecto, y resultaría grave el problema de cómo describir las acciones. Por otro lado, si permitimos que la C.I. use verbos proyecto, ¿no estamos permitiendo que haga afirmaciones acerca del futuro? En cuyo caso, ¿por qué trazar un límite? O, si decidimos que las oraciones que emplean verbos proyecto no son oraciones narrativas, ¿qué caracterización adicional hemos de dar para las oraciones narrativas que establezca la diferencia? Consideremos simplemente estos interrogantes.

Supóngase que la C.I. estuviera limitada a la única utilización de los predicados de la clase que pueden aparecer en el rango Bi...Bn, cuando normalmente usaríamos verbos proyecto. Entonces, si definimos la relación entre los términos de este rango y los «verbos proyecto»

rosa durante meses. Me atrevo a decir que la diferencia reside en la clase de afirmación sobre el futuro que se hace, y ahora trataré de aclararlo.

¿Cuándo queda *falseada* una oración como «*a* está plantando rosas»? La cuestión es extremadamente compleja, debido, entre otras cosas, a la definición del rango de cosas determinadas por el verbo proyecto y a las complicaciones del concepto de intención. Si vemos a una persona que está sin más de pie, seguramente no podremos decir que «está plantando rosas» es falso de ella, incluso si en ese momento no está ocupada en ninguna actividad obvia: descansando simplemente en el proceso de llevar a cabo su proyecto. Ni tampoco, si le *preguntamos* qué está haciendo y responde, sinceramente, que está «plantando lilas», falseará esto la proposición de que está plantando rosas, porque, aunque no esté intentando plantar rosas, puede estar haciendo justamente eso, porque haya supuesto por error que las semillas eran de lilas, cuando en realidad eran de rosas. Si salen lilas en vez de rosas, quizá esto falsee la proposición de que estaba plantando rosas, suponiendo que estemos seguros de que nadie reemplazó subrepticiamente sus semillas de rosas por otras de lilas. Pero si no salen rosas, esto *no* falsea nuestra proposición, en la medida en que, de acuerdo con los criterios normales del cultivo de rosas, hizo *lo que* podría contar como plantar rosas. Así que, supongamos que existe un rango de operaciones, cuya realización constituye la acción de plantar rosas, y supongamos además que estas operaciones constituyen condiciones necesarias para el surgimiento de las rosas (prescindiendo de las rosas silvestres). Si así fuera, entonces, no hacer estas cosas no solamente garantizaría que las rosas no surgieran (al ser «esas cosas» condiciones necesarias para ello), sino que también falsearía la afirmación acerca de que la persona estaba plantando rosas. Por otro lado, puesto que las operaciones sólo son condiciones necesarias, que las realizara todas no garantizaría que las rosas surgieran —podría

tener lugar un huracán y echar por tierra todo el trabajo de *a*—, pero *sería* verdad que *a* estaba plantando rosas.

Por lo tanto, puede darse el caso de que, al tiempo que *a* está plantando rosas, sea falso que saldrán las rosas. De forma más general, si «está R-ando» es cualquier verbo proyecto, puede darse el caso de que un hombre esté R-ando sin que se dé el caso de que R tenga lugar, donde R es el resultado aceptado de R-ando. Así pues, se puede decir correctamente de un hombre que está reparando la radio, aunque la radio no quede reparada, suponiendo solamente que, de acuerdo con los criterios corrientes, la persona esté haciendo las cosas que caen dentro del rango, reconocidamente elástico, determinado por «reparando la radio». Por lo tanto, aunque una oración que afirme un verbo proyecto de alguien se puede referir ciertamente a dos acontecimientos separados en el tiempo —Bi, que la persona hace *literalmente*, y R, que es el resultado previsto— y describa el primer acontecimiento a la luz del último, no se requiere *lógicamente* que el acontecimiento posterior tenga lugar para que la oración sea verdadera. Por lo tanto, cuando decimos correctamente que *a* está R-ando, la referencia que se hace al futuro no entra como parte en las condiciones de verdad de la oración.[20] De acuerdo con ello, se puede permitir que la C.I. diga que *a* está R-ando, sin realizar la clase de afirmación sobre el futuro que exigiría una rectificación en el caso de que R no tuviera lugar. Por lo

20. Por supuesto, si se admite a Bi en el rango B1 ... Bn determinado por «está R-ando», sin duda es por alguna fuerte evidencia de que Bi conduce en general a R, o que la ausencia de Bi lleva en general a la ausencia de R. Ciertamente, si se especulara sobre la historia del lenguaje, podría muy bien ocurrir que los términos-proyecto fueran aplicables a distintas acciones de esta forma. Pero una vez que la convención se integra en el uso común, la adscripción de Bi no conlleva la predicción de que R ocurra.

que R no es lo que anteriormente hemos denominado un término «referente al futuro».[6]*

Ahora bien, Jones, al sembrar las semillas, está plantando rosas, salga lo que salga. Puede suceder que haya plantado rosas, que salgan y ganen premios en el festival de las rosas. Esto permitiría hacer la descripción *narrativa,* que cubriría exactamente las mismas acciones que «Jones está plantando rosas» cubría antes, de que Jones estaba plantando rosas ganadoras de premios. Dos testigos de las acciones de Jones podrían decir, respectivamente, que «Jones está plantando rosas» y «Jones está plantando rosas ganadoras de premios». La primera sería verdadera, independientemente de lo que el futuro deparara. La segunda sería falsa si el futuro no deparara premios a las rosas de Jones, o si no saliera ninguna de las rosas de Jones. A menos que la segunda persona estuviera solamente expresando sus esperanzas o animando a Jones, su oración está expuesta a unas condiciones de verdad más exactas que la del primero. Porque, para que *su* oración sea verdadera, se requiere *lógicamente* que el trabajo de Jones tenga como resultado rosas y que las rosas tengan como resultado premios. En este sentido, está haciendo una afirmación más fuerte sobre el futuro que la que hace la sencilla «Jones está plantando rosas».

En tiempo pasado, «Jones estaba plantando rosas ganadoras de premios» requiere, pero *no* así «Jones estaba

6*. En el capítulo anterior, Danto ha agrupado las expresiones y términos de nuestro lenguaje en tres clases, cuyos miembros son normalmente aplicables a los objetos o acontecimientos presentes: (1) «términos referidos al pasado», aquellos términos cuya correcta aplicación a un objeto presente implica lógicamente una referencia a un acontecimiento anterior (por ejemplo, «cicatriz», «es un padre»); (2) «términos neutros temporalmente», aquellos que aplicados a un objeto o acontecimiento presente no hacen referencia a objetos o acontecimientos anteriores ni posteriores; y (3) «términos referidos al futuro» aquellos cuya aplicación a un objeto o acontecimiento presente exige una referencia a un acontecimiento futuro. [Ed.]

plantando rosas», el surgimiento resultante de las rosas, para ser verdadera. Así pues, una oración narrativa no solamente se refiere a dos acontecimientos separados en el tiempo, describiendo al segundo mediante una referencia al primero. Además requiere lógicamente, si ha de ser verdadera, la ocurrencia de *ambos* acontecimientos. En tiempo presente, mientras que «Jones está plantando rosas ganadoras de premios» *es* parcialmente predictiva, no lo es «Jones está plantando rosas». Como predicción habrá sido falsa si no salen rosas (y si no consiguen ganar premios). Donde haya dicho, entonces, la C.I.: «Jones está plantando rosas ganadoras de premios», se requerirá una rectificación, a menos que tenga lugar este último acontecimiento. Para garantizar que no haya rectificaciones, hemos de prohibir la utilización de oraciones narrativas en tiempo presente, o bien asegurar unos poderes cognitivos especiales al Cronista Ideal. Antes de considerar *esta* alternativa, quiero introducir más complicaciones.

He sostenido que un verbo proyecto puede ser verdadero de un individuo a lo largo de un amplio espacio de tiempo sin que el individuo necesite estar haciendo, en todo momento durante ese tiempo, una u otra acción específica de las que figuran en el rango determinado por el verbo proyecto. Esto se deduce del hecho de que más de un verbo proyecto puede ser verdadero de un individuo durante la misma porción temporal: *a* puede estar escribiendo un libro y cortejando a una viuda durante todo junio. Supóngase que estamos interesados no en la biografía completa de *a*, sino solamente en la historia de su obra. Entonces nos harán falta algunos criterios para espigar todas y sólo las actuaciones de *a* que constituyen una manifestación de su autoría de obras, o que están relacionadas de alguna manera con éstas. Los acontecimientos de la vida de *a* que escojamos dependerán en gran medida de nuestros criterios sobre

lo que cuenta como autoría de libros: la extensión de nuestra colección variará de acuerdo con el rigor de nuestros criterios. Es más, casi seguro que *a* estará ocupado en otros proyectos durante ese tiempo, por lo que habrá huecos entre los acontecimientos que nos permiten elegir nuestros criterios. Los acontecimientos que *recojamos* constituirán un subconjunto apañado de todo lo que *a* haga durante el tiempo cubierto. «R-ando» es continuamente cierto de *a* en la medida en que «R-ando» es su proyecto, pero que *a* R e/a sólo es intermitentemente verdadero durante ese período.

En tanto que hemos adoptado la convención de considerar los acontecimientos como extendidos a lo largo del tiempo, los proyectos son acontecimientos extendidos en el tiempo. Pero teniendo en cuenta la accidentada historia de proyectos típicos, podemos clasificar los acontecimientos en continuos y discontinuos, más o menos de forma análoga a la distinción entre líneas continuas e intermitentes. Una línea intermitente es una serie de trazos uniformes con intersticios separadores, y un acontecimiento discontinuo se puede caracterizar, pues, como una serie de acontecimientos continuos separados por sucesos irrelevantes. Ciertamente, bajo una inspección microscópica, lo que parece uniforme al ojo aparecerá plagado de rupturas, por lo que, en última instancia, la diferencia puede ser sólo de grado, y no quiero argüir, mediante una deducción trascendental, por decirlo así, que tienen que existir líneas uniformes finales. Tampoco quiero argumentar que tiene que haber acontecimientos continuos si establecemos nuestros límites temporales suficientemente próximos. En realidad, tiene mucho más que ver con lo que digo el que tengan que existir acontecimientos discontinuos en el sentido ilustrado por la historia del libro de *a*. La diferencia que trato de indicar se da esencialmente entre un proyecto y los acontecimientos en serie que cuentan como pertenecientes al rango de acciones determinado por el uso del verbo proyecto apropiado. En resumen, si **Bi** y **Bj** están en el

rango de «R-ando», entonces si se hace Bi en t-1 y se hace Bj en t-1 más delta-t, y si nada se hace en el intervalo entre Bi y Bj que esté en el rango de «R-ando», «R-ando» será discontinuo y tanto Bi como Bj serán continuos respecto a «R-ando». Designaré los acontecimientos discontinuos en este sentido como *estructuras temporales*.

Ahora bien, proyectos como los de escribir libros o cortejar viudas están entre las clases más sencillas de estructuras temporales. Algunos proyectos, por ejemplo, implican multitudes de individuos. Haciendo cierta violencia al uso corriente, podemos hablar de los innumerables franceses implicados en la Revolución Francesa durante un intervalo de tiempo en las proximidades de 1789. El verbo proyecto provisional «está revolucionando Francia» no es verdadero, por supuesto, de cualquier individuo en Francia durante ese intervalo, y es verdadero de algunos individuos que no estaban en Francia. Ni tampoco, de los que es verdadero, se puede decir que estaban todos, en todo momento, durante ese intervalo, revolucionando Francia. Así pues, no todo lo que sucedió en Francia está en el rango determinado por la palabra proyecto: el proyecto se hacía patente, pues, de modo intermitente, en suelo francés y durante el siglo dieciocho. Qué sucesos allí y entonces han de contar como parte de la estructura temporal denotada por «la Revolución Francesa» depende mucho de nuestros criterios de relevancia. Sin duda alguna, existen criterios compartidos, de forma que no existan desacuerdos sobre ciertos acontecimientos. Pero, en la medida en que existen desacuerdos sobre los criterios, los litigantes *a* escogerán diferentes acontecimientos y trazarán la estructura temporal de modo diferente y, obviamente, nuestros criterios resultarán modificados a la luz de nuevos descubrimientos sociológicos o psicológicos. Quizás el pasado no cambie, pero sí nuestra manera de organizarlo. Volviendo a nuestra metáfora del trazado de mapas (véase la pág. 107) existe un sentido en el que los territorios (léase es-

tructuras temporales) que pretenden trazar los historiadores *cambian*. Cambian como cambian nuestros criterios y, cuando menos, nuestros criterios tienden a ser flexibles, como vimos cuando hablamos de la construcción de buques.

Cualquier término que, sensatamente, se pueda tomar como valor en la expresión «la historia de *x*» designa una estructura temporal. Nuestros criterios para identificar *a*, si *a* es el valor de *x*, determinan los acontecimientos que se mencionarán en nuestra historia. Si no se tiene un criterio para escoger algunos sucesos como relevantes y otros como irrelevantes, es lo mismo que no estar capacitado para escribir historia.[21] Por supuesto, las estructuras temporales son, en cierto grado, *ad hoc*. El mismo acontecimiento puede ciertamente ser constituyente de cualquier número de estructuras temporales diferentes: A puede ser elegido con cualquier cantidad de colecciones de acontecimientos, disjuntas a no ser por eso, en distintas totalidades temporales. Por lo tanto, nuestra descripción de A puede variar consecuentemente a medida que lo agrupemos con colecciones diferentes de acontecimientos en diferentes estructuras temporales. Así, describir A con una oración narrativa —relacionarlo con algún acontecimiento posterior A'— es lo mismo que situar A y A' en la misma estructura temporal. Pero no se puede establecer ningún límite *a priori* a la cantidad de oraciones narrativas diferentes, cada una de las cuales describe con verdad A, y, por lo tanto, no se puede establecer ningún límite al número de estructuras temporales diferentes, dentro de las cuales la organización histórica del pasado colocará A.

Con todo, del mismo modo que contextos diferentes determinarán cuáles de las innumerables posibles descripciones de un objeto es la descripción apropiada, igualmente la estructura temporal particular en que está

21. Esto se argumenta detalladamente en mi «Mere Chronicle and History Proper», *Journal of Philosophy*, L, 1953.

interesado un historiador determinará a menudo cuál es la descripción correcta de un acontecimiento determinado. He sostenido que una cosa u ocurrencia particular adquiere *significación* histórica en virtud de sus relaciones con alguna otra cosa u ocurrencia, en la que resulta que tenemos especial interés, o a la que damos importancia por la razón que sea. Así pues, las oraciones narrativas se usan frecuentemente para justificar la *mención*, en una narración, de alguna cosa o acontecimiento, cuya significación se le escaparía de otro modo a un lector. Por ejemplo, un novelista puede interrumpir su relato para comentar narrativamente algún suceso al que quiere dirigir nuestra atención, por ejemplo: «Poco sabía Smith que esta salida inocente iba a causar la muerte del obispo». Se refiere entonces, en lo sucesivo, a este episodio particular, del que deriva su importancia el primer acontecimiento, que de otro modo parecería trivial. También los historiadores utilizan a menudo estos mecanismos. ¿Por qué, en la historia de la guerra de Crimea, se selecciona al capitán Nolan para mencionarle especialmente, cuando no se habla de tantos otros soldados? Porque cuando el capitán Nolan se unió al mando de lord Reaglan, «Fue un momento fatal».[22] «Este valiente, brillante, celoso oficial estaba destinado a ser el instrumento que enviaría a la Brigada Ligera a su perdición».[23]

22. Cecil Woodham-Smith, *The Reason Why*, Nueva York, McGraw-Hill, 1954, pág. 167.

23. *Ibid.* Sólo es preciso escoger un libro de historia al azar para encontrar ejemplos de esta forma de hablar. Así: «En el mismo momento en que parecía que el papado debía haber concentrado todas sus fuerzas en resistir a sus enemigos, se precipitó en la crisis que se conoce como el Gran Cisma y que dividió a la cristiandad occidental en dos durante cuarenta años» (Henri Pirenne, *History of Europe*, Nueva York, Anchor Books, 1956, II, pág. 122). «Ocurrió un desagradable incidente cuando Erasmo abandonaba el suelo inglés en enero de 1500... Sin embargo, este accidente iba a beneficiar al mundo y, después de todo, también a Erasmo. A él debe el mundo los *Adagia* y Erasmo su fama, que se inició con esta obra» (J. Huizinga, *Erasmus*,

Términos como «fatal», «destinado», «perdición» dramatizan lo que constituye un hecho esencial acerca de la organización histórica del pasado. La carga de la Brigada Ligera fue un ejemplo de estulto esplendor que impresionó la imaginación de las personas; fue un tema perfecto para un tratamiento poético. Si no hubiera tenido nunca lugar, o se hubiera tratado de algo rutinario o carente de gloria, el foco del interés histórico jamás habría caído sobre el capitán Nolan, o le habría iluminado con diferente luz, por ejemplo en otra estructura temporal, como la historia de la caballería.

Se podrían multiplicar indefinidamente ejemplos de ese realineamiento retroactivo del pasado. Por ejemplo, cualquier avance filosófico novedoso puede obligar a una

---

and the Age of Reformation, Nueva York, Harper Torchbooks, 1958, págs. 34-35). «Y sin embargo este asunto, tan desagradable en sí mismo, tuvo una importancia suprema para la historia del mundo. Esta Iglesia, cuyas sectas secundarias surgieron rígidas e incapaces de desarrollo, iba durante un milenio y medio a mantener unidas a las naciones contra la presión de los bárbaros, tomando incluso el lugar de las nacionalidades, porque era más fuerte que el Estado o la cultura, y por ello sobrevivieron éstos. Sólo gracias a ella perduró la esencia de Bizancio» (Jacob Burckhardt, *The Age of Constantin the Great*, Nueva York, Anchor Books, 1954, pág. 302). «La obra [de Oresmes] fue un paso en la dirección de la invención de la geometría analítica y de la introducción en la geometría de la idea de movimiento de que había carecido la geometría griega» (A. C. Crombie, *Augustine to Galileo: The History of Science: 400-1650 d. C.*, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1953, pág. 261). Este último ejemplo (y se podrían multiplicar indefinidamente) se menciona en un trabajo importante de Joseph T. Clark, «The Philosophy of Science and the History of Science», en Marshall Clagett (comp.), *Critical Problems in the History of Science*, Madison, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1959, pág. 127. Todos mis ejemplos son casos de lo que el padre Clark denomina *die von unten bis oben geistesgeschichtliche Methode*, un método particularmente susceptible de lo que llama «precursitus» (*loc. cit.*, pág. 103 y nota 2, pág. 138). Precursitus (si es un lapso) y todo el *Methode* caracterizado por el padre Clark se deben a la descripción narrativa, un modo de descripción que va *von später bies früher.*

nueva reestructuración de toda la historia de la filosofía; se comienza a ver a los anteriores filósofos como predecesores, lo que irónicamente puede llevar a la gente a quitar importancia a la orginalidad de aquel cuyo nuevo logro concentró la atención histórica en ciertas características de las anteriores formulaciones filosóficas, que de otro modo habrían sido pasadas por alto. De ello se quejó Kant amargamente.[24] Como resultado de los productos de la escuela de Nueva York del expresionismo abstracto, hemos visto recientemente una revalorización comparable de Monet. Se podría descubrir que Monet no ha influido en ningún miembro de la escuela de Nueva York, pero, como sus componentes comenzaron a pintar de una forma especial, Monet *se convirtió* en un predecesor en sus últimas obras. Escribe Bergson: «Si no hubiera existido Rousseau, Chateaubriand, Vigny, Victor Hugo no solamente nadie habría percibido, sino que, ciertamente, *no habría existido* ningún romanticismo en los clásicos del pasado», porque

> este romanticismo de los clásicos sólo se hizo patente con el esculpido de cierto aspecto de su obra. Pero esta *découpure*, con su forma específica, no existió más en la literatura de los clásicos, antes del advenimiento del romanticismo, que existe la curiosa figura que forma una nube antes de que el artista la perciba, al organizar esa masa informe de acuerdo con su fantasía.[25]

Por supuesto que ésta es una formulación extravagante. Preferiría decir que los elementos románticos se

24. «Los hombres que nunca piensan de forma independiente tienen no obstante la agudeza de descubrir todo, una vez que se les ha *mostrado, en lo que se ha* dicho hace tiempo, aunque nadie lo haya visto hasta entonces», Immanuel Kant, *Prolegomena to any Future Metaphysic*, parágrafo 3.

25. Henri Bergson, *La Pensée et le Mouvant*, París, Félix Alcan, 1934, pág. 23. Se cita este pasaje en Mandelbaum, *op. cit.*, pág. 29. Estoy en deuda con el profesor Mandelbaum por llamar mi atención de forma especial sobre la discusión de Bergson.

cubiertos. Pero se trata de un descubrimiento para el que se requiere el *concepto* de romanticismo y los criterios que identifiquen lo romántico. Pero, naturalmente, no estaba disponible un concepto de romanticismo en el período álgido del clasicismo. Dicho sea de paso, quiero observar que cualquier cosa en los escritos clásicos que cayera bajo el concepto de romanticismo, sin duda alguna, estaba en ellos inserto de forma intencional. Pero no eran intencionales de acuerdo con la descripción «expresándose mediante elementos romáticos», porque los autores carecían de ese concepto. Esa es una limitación encontraban allí, en el clasicismo, a la espera de ser desimportante del uso de *Verstehen*. No fue *intención* de Aristarco anticipar a Copérnico, ni de Petrarca la de inaugurar el Renacimiento. Que se den tales descripciones requiere conceptos que sólo en un momento posterior se encuentran disponibles. De lo cual se deduce que, incluso si tiene acceso a las mentes de los hombres cuyas acciones describe, ello no capacita al Cronista Ideal para apreciar la significación de esas acciones.

Para estar abierto a la significación histórica de los acontecimientos tal como suceden, se ha de saber con qué acontecimientos posteriores serán relacionados, en oraciones narrativas, por los historiadores del futuro. No sería suficiente ser capaz de predecir los acontecimientos futuros sin más. Sería necesario saber *qué* acontecimientos del futuro son los relevantes, y ello requiere predecir los *intereses* de los futuros historiadores. Quiero ahora volver sobre la cuestión de la predicción de acontecimientos de esta clase. Pero observo de pasada que, si el Cronista Ideal ha de hacerla, serán los trabajos de los historiadores humanos los que serán sus modelos y no al revés, como supusimos anteriormente.

No podemos identificar una oración O como una predicción sólo por el tiempo verbal, porque algunas oraciones pueden ser predicciones y, sin embargo, estar en

tiempo *pasado*. Así, «Aristarco anticipó a Copérnico» es predictiva en cualquier momento posterior al 270 a. C. y anterior 1453 d. C.[26] Ni es sin más una cuestión del usuario de O pretender que O es una predicción, porque el usuario puede estar confundido en las fechas y la carrera, cuyo resultado *trate* de predecir, pueda haberse celebrado ya, y ganado, en el momento en que profiera O.[27] No estipularé una definición, sino sólo una condición necesaria de las oraciones predictivas: O es una predicción cuando O se refiere a A, y A no tiene lugar antes de, o al mismo tiempo que, la preferencia de O.[28]

Una oración narrativa, al referirse a un par temporalmente ordenado de acontecimientos A-1 y A-2, constituirá entonces una predicción si es usada por el Cronista Ideal. Porque la escribirá *cuando* A-1 tenga lugar (al ser las oraciones narrativas sobre el primero de los acontecimientos al que se refieren) y, por lo tanto, temporalmente

26. Quizás esta oración, aun siendo gramatical, se pueda dividir en una conjunción que contenga como uno de sus elementos una oración en tiempo futuro. Así, afirma: *a*) Aristarco hizo tal y cual en t-1; *b*) Copérnico hará tal y cual en t-2; *c*) t-1 es anterior a t-2; *d*) lo hecho por Aristarco y lo que hará Copérnico se parecen. Pero *b*) cambia de tiempo después de 1543 y esto confirma la observación que hago más adelante.

27. Quizás esto es cuestionable. Considérese el caso de la mentira. Un hombre trata de que O sea una mentira, pero a pesar de sí mismo profiere una oración verdadera. ¿Diremos que, de todos modos, ha mentido, siendo suficiente la intención de mentir para convertir O en una mentira? ¿O diremos que *trató* o *pretendió* mentir, y no lo consiguió? Yo diría esto último. Y de forma parecida diría que el hombre trató de predecir y no lo consiguió. Pero puede que ello sea una pura legislación por mi parte.

28. Incluso esto requiere una ampliación. Supóngase que A nunca sucede, por lo que no puedo estar en ninguna relación temporal con A: sugiero que ha de existir alguna limitación temporal implícita, por ejemplo, que se prediga en t-1 que A tendrá lugar en t-2, por lo que la predicción *completa* es «A en t-2». Si A no tiene lugar en t-2, la predicción será falsa. Pero obviamente no siempre podemos hacer esas especificaciones. Puedo predecir que moriré, pero, excepto en contextos especiales, no conozco la fecha.

anterior a A-2. Es más, si la C.I. ha de ser definitiva, han de ser predicciones *correctas.* Pero esto modifica entonces considerablemente la tarea del Cronista Ideal. Porque, como el par de acontecimientos referidos por una oración narrativa pertenece a la misma estructura temporal, el Cronista Ideal ha de reestructurar el futuro en la misma forma que los historiadores futuros estructurarán el pasado. Como la C.I. ha de ser *completa,* todas las oraciones narrativas verdaderas de A-1 han de ser escritas al tiempo y, en consecuencia, el Cronista Ideal ha de disponer todas las estructuras temporales en que se situará a A-1. En efecto, la C.I. está describiendo historia antes de que se produzca. Por lo que si *ahora* permitimos que fragmentos de la C.I. caigan en manos de historiadores, encontrarán muchas más cosas de lo que simplemente ha sucedido tal como ha sucedido. También hallarán lo que *sucederá* (a menos que los acontecimientos, cuyo relato tienen, estén totalmente desconectados de los sucesos futuros). Pero con ello se destruye la asimetría en nuestro concepto de pasado y de futuro: el pasado y el futuro son idénticos ahora en cuanto a su determinación. En realidad, se trata de algo analítico. Porque la verdad de *p* se encuentra, lógicamente, implicada por la verdad de «*a* predice correctamente que *p*», y cualquier predicción hecha por el Cronista Ideal es correcta por definición.

Todo cambia entonces. En particular las capacidades cognitivas del Cronista Ideal han cambiado. Antes, aunque tenía un acceso privado a muchas más cosas que un simple humano, su modalidad de conocimiento era, sencillamente, una extensión de una situación cognitiva humana familiar: *era testigo* de los acontecimientos sobre los que escribía. Pero uno no puede ser testigo de acontecimientos *futuros* sin cambiar el significado de «ser testigo». ¿Cómo *puede* entonces conocer el futuro? ¿Es ya la conducta del Cronista Ideal siquiera inteligible para nosotros? Volvamos, entonces, a casos más estrictamente

humanos en que se hacen predicciones, y reconsideremos luego, gradualmente, estas cuestiones.

Cuando un hombre, en t-1, predice A-en-t-2, siempre podemos preguntar cómo lo sabe o por qué piensa que A-en-t-2. Esto, generalmente, se producirá a través de una petición de datos y nuestra confianza en la predicción variará dependiendo de nuestra valoración en la evidencia. Sea la predicción «Lluvia en t-2». Entonces la evidencia puede incluir desde los dolores reumáticos o los meros presentimientos, a las nubes cargadas o la conducta de los pájaros, hasta los resultados de pruebas en cámaras de lluvia, rayos-X, difracción electrónica, etc. O puede ser simplemente el informe del tiempo en el periódico. Sea lo que sea, lo que se cita como evidencia se acepta como tal sólo cuando se puede dar una respuesta a la pregunta de *por qué* se piensa eso, que proporcione una base para creer que «lluvia-en-t-2». La respuesta puede ir desde una generalización inductiva sin más, a la última teoría meteorológica. En resumen, para las predicciones necesitamos algún acontecimiento y alguna oración similar a una ley, o algo así, que nos permita inferir, de ese acontecimiento, un suceso futuro. Ahora bien, por el momento no me interesa si algo es una buena o mala evidencia, sino solamente el requisito más general de lo que ese algo ha de satisfacer si ha de contar *en absoluto* como evidencia, esto es, que lo que sea que se ofrezca como evidencia haya de estar disponible en el momento en que se hace la predicción. Dada nuestra caracterización de las predicciones, *una* cosa que está sistemáticamente excluida por este requisito es el acontecimiento predicho. Cualquier enunciado de que A tendrá lugar, cuando A ya ha sucedido, será falso automáticamente en virtud de su errónea representación de la relación temporal entre la proferencia de ese enunciado y A. Por lo tanto, A, si se ofrece como una evidencia de una predicción sobre sí mismo, hará automáticam[illegible] esa predicción.

Así, pues, en t-2, tenemos acceso a [illegible]

por principio, no está disponible para un hombre que predice lo que sucederá en t-2. Específicamente, nos encontramos en disposición de *saber* que su predicción es correcta o incorrecta. Si se nos pregunta cómo sabemos que está lloviendo, podemos mostrar en principio datos que ni siquiera el hombre del tiempo más sofisticado hubiera podido aducir antes: podemos señalar la caída de la lluvia. Ahora bien, si las oraciones narrativas se refieren a dos acontecimientos separados temporalmente y son predictivas hasta que tiene lugar el segundo acontecimiento, parece que, después del acontecimiento, las personas (los historiadores) siempre pueden citar evidencias en favor de la oración narrativa, en principio inaccesible antes de la ocurrencia del acontecimiento temporalmente posterior al que se refiere: pueden citar el *acontecimiento mismo.* Y entonces están en disposición de saber, como nadie lo estaría antes de la ocurrencia de ese acontecimiento, que la oración narrativa es verdadera. Una cuestión para el próximo capítulo [7*] es la de si era verdadera antes: por el momento sólo me interesa la epistemología de la cuestión.

Pero, si estamos realmente haciendo epistemología, hemos dado un salto demasiado grande. Porque supóngase que se predice, en t-1, que A-en-t-2. Entonces, en t-2, alguien tendrá ciertamente información ausente en t-1, esto es, el acontecimiento mismo, si sucede que la predicción resulta correcta. Presumiblemente fue testigo de A, mientras que en t-1 sólo se podría ser testigo de signos de A. Pero entonces *sólo* en t-2 se puede ser testigo de A: en t-3 ya es demasiado tarde para eso, e igualmente sucede para cualquier t-n (n > 3). A partir de t-3 estamos más o menos en la misma posición que el que predijo en t-1: como él, sólo podemos ser testigos de *signos* de A-en-t-2.

7*. A partir del hecho de que nos es lógicamente imposible conocer el futuro, Danto —en el capítulo «Contingencias futuras y pasadas»— muestra que la verdad o falsedad de las frases temporales dependen del momento de su enunciación. [E.]

En un cierto sentido, estamos en una posición menos ventajosa. Porque el que predice al menos puede esperar ser testigo del acontecimiento que ha predicho. Pero nuestra propia argumentación falsea sistemáticamente «Seré testigo de A», si A ocurre antes que la proferencia de esa oración. El que predice *está* en posición de ser testigo y, por lo tanto, de saber si predijo correctamente o no. Pero no el que retrodice.

Esta desventaja se encuentra parcialmente compensada por el hecho de que los que predicen la ocurrencia de A y los que retrodicen la ocurrencia de A pueden ser testigos de clases disjuntas de signos de A. Posiblemente las calles mojadas no son signos más claros de que ha llovido, que las nubes cargadas lo son de que lloverá, pero las copias de *De Revolutionibus Orbis Celestiarum* parecen, en principio, ser signos más claros de que *alguien* escribió el libro, que cualesquiera otros signos que se puedan concebir de que alguien lo escribirá. De cualquier manera, el que retrodice puede tener el testimonio de los testigos de un acontecimiento y esta clase de datos está sistemáticamente excluida para el que predice, dada nuestra restricción general. Como un caso especial tenemos las historias de los acontecimientos después y no antes de que hayan ocurrido.

Si queda garantizado que la posibilidad de que alguien diga que ha sido testigo de un acontecimiento, y que está esperando que suceda, queda excluida por nuestra restricción, si queda garantizado además que, sencillamente, encontraríamos absurda la afirmación por parte de alguien de que su libro ha sido publicado, de modo que mejor se pone a trabajar y lo escribe, ¿se ha de garantizar también que es absurdo que alguien afirme que posee escrita la historia de un conjunto de acontecimientos, y que sólo falta que los acontecimientos *sucedan*? Imaginemos un caso así.

Supongamos que cogemos un libro llamado *La batalla de Iwo Jima*. Describe muy detalladamente a los hombres y los movimientos de esa confrontación: dice quién

fue herido y cuándo, quién murió y por qué, y descubrimos después que el libro fue escrito ¡en 1815! Por ello, encontramos que el libro nos dice más de lo que sabemos, incluso si somos, por ejemplo, los historiadores más expertos de esa batalla. Utilizando el libro como guía, buscamos sobrevivientes hasta ahora desconocidos para nosotros. Sus testimonios siempre encajan con este extraño, anacrónico regalo del cielo, ¡que se convierte entonces en una inapreciable guía para la investigación histórica, como un mapa del tesoro!

Después de todo, un hombre puede dibujar *primero* el mapa del tesoro y luego situar el tesoro o tener situado el tesoro. Un hombre puede disponer un programa y luego llevarlo a cabo, o haberlo llevado a cabo. En este punto existen casos de «rectificación de hechos». ¿Por qué no podríamos escribir entonces una historia antes de que los acontecimientos sobre los que versa sucedan realmente? Alguien podría argumentar que no *llamaríamos* a eso historia, que la historia, por definición, versa sobre el pasado, que, de acuerdo con ello, es una violación del uso común decir que la historia de los sucesos de 1954 pueda ser escrita en 1815. No disputaré sobre el uso: no le llamemos «historia». Pero supóngase que sólo *después* de haber aceptado el libro como la relación definitiva de la batalla de Iwo Jima descubrimos que fue escrita en 1815. No me consolaría mucho el hecho de que ya no la llamáramos historia. Es la posibilidad de una relación de esta clase, se llame como se llame, la que encuentro turbadora.

Un niño, cuando balbucea, podría proferir, por accidente, una sarta de vocablos que resultaran ser una prueba del último teorema de Fermat. Llamémosle a eso una coincidencia: una sarta de vocablos es igualmente probable que otra sarta cualquiera. O considérese al niño como un oráculo, y llévese a los matemáticos para que presten atención a sus sonidos. Cualquier cosa parece razonable en ese caso. Pero supóngase que nuestro manuscrito-problema se descubre entre un montón de pa-

peles, el legado literario de un escritor decimonónico, y que con él existen cartas. Una cosa típica que éstas pueden decir es: «He estado trabajando mucho en mi libro sobre Iwo Jima. La obra avanza lentamente...». Una suficiente documentación secundaria de esta clase nos convence de que el libro se debe a una invención humana deliberada. Encontramos pasajes tachados y reemplazados, por lo que resultan ser correcciones fácticamente exactas, todas en la singular escritura a mano decimonónica. Cualquiera diría: es una falsificación. Pero si encontráramos entre los papeles de Newton un mapa celeste del año 1960, y lo comprobáramos, y lo encontráramos completamente correcto, no sospecharíamos un fraude. No sentiríamos la incomodidad que produce la amenaza a un concepto fundamental. ¿Por qué entonces?

Wittgenstein escribió: «El futuro se nos oculta. Pero ¿piensa eso un astrónomo cuando calcula un eclipse de sol?»[29] La pregunta es retórica: los astrónomos *no* piensan eso. La cuestión es que sabemos, más o menos, lo que hace un astrónomo: determina posiciones iniciales, resuelve ecuaciones y demás. Nuestro historiador precoz escribió: «El trabajo progresa lentamente». Pero ¿qué clase de trabajo? y en este caso *no* sabemos. Sólo sabemos que no puede ser nada parecido a lo que hacen los historiadores corrientemente: trabajar en los archivos, autentificar documentos, examinar testimonios, entrevistar a sobrevivientes y examinar fotografías. Puede que nos sintamos inclinados entonces a decir que no puede haber escritura de la historia anterior a los acontecimientos, porque no existe nada que cuente como historiografía. Para el astrónomo, el futuro no está más oculto que el pasado y son una la predicción y la retrodicción. Pero existe una asimetría especial entre los signos y las huellas de los acontecimientos, que ya hemos observado. Las huellas existen después, no antes de las pisadas.

29. Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, página 223e.

Las fotografías, los informes de los testigos oculares y demás existen después, no antes de los acontecimientos que atestiguan, y es con ese tipo de cosas con el que tiene que ver la historiografía. Piénsese en las inmensas dificultades del intento de predecir los lugares exactos en que pisará un hombre que camina por la arena, y qué simple es, siempre que permanezcan las huellas, retrodecir las posiciones.

Estas asimetrías son profundas. Al ver nubes cargadas, puedo decir «Lloverá a menos que...» y, al ver las calles mojadas puedo decir: «Ha llovido, a menos que...». Pero es rara la expresión que complete indiferentemente cada una de las dos oraciones. Así, «haya pasado un camión cisterna» completa de forma natural la segunda oración, pero —cambiando el tiempo— «pase un camión cisterna» encaja mal en la primera. Por su parte, «Lloverá a menos que cambie el viento» se puede decir cuando se ven nubes cargadas, pero «Ha llovido a menos que haya cambiado el viento» suena raro cuando se están viendo superficies mojadas. Es más, si un hombre es testigo de A en t-2, aún sigue siendo considerado un testigo en t-3 pero, aunque será testigo del acontecimiento, no es considerado como tal en t-1.

Sin embargo, si utilizamos el testimonio de un testigo así, como base para una retrodicción, nos estamos fiando de su memoria. ¿Por qué, después de todo, no podría existir una simetría con respecto al uso de una declaración precognitiva del que *será* un testigo como base para una predicción? Llámese a esa persona un «pre-testigo». Un pre-testigo pre-conoce aquello de lo que será testigo, en la forma en que un testigo recuerda que *ha sido* testigo de un acontecimiento. Alguien podría argumentar entonces: afirmar que a es un pre-testigo equivale lógicamente a presuponer que *a* será testigo de A, y decir que *a* será testigo de A equivale, lógicamente, a presuponer que A tendrá lugar. Pero no podemos aceptar luego, como evidencia de que A tendrá lugar, el testimonio de *a* —como pre-testigo—, porque *aceptarle* como pre-

testigo equivale, lógicamente, a presuponer lo que está en cuestión, a saber, la ocurrencia de A. Desgraciadamente, un argumento exactamente análogo descalificaría la evidencia procedente de los testigos, porque aceptar a *b* como testigo de A presupone, lógicamente, que *b* fue testigo de A. Esto, a su vez, presupone, lógicamente, la ocurrencia de A. Por lo tanto, aceptar a *b* como testigo y su testimonio como evidencia para la ocurrencia de A es una petición de principio. La verdad de *p* está implicada por la verdad de «*p* recuerda que *p*». Pero, entonces, la verdad de *p* también está implicada por la verdad de «*a* pre-conoce que *p*».

Por supuesto, si insistimos en considerar la precognición como simétrica con respecto a la memoria, tendríamos que excluir, presumiblemente, la precognición, como aquello en lo que el «historiador» de la *Batalla de Iwo Jima* ha basado su relación. Porque si no podemos recordar acontecimientos de los que no hemos sido testigos, no podemos pre-conocer acontecimientos de los que *no seremos* testigos, y con seguridad el «historiador» no será testigo de la batalla. Por lo que la supuesta simetría entre la memoria y la precognición se queda en nada. Esto difícilmente afecta al historiador típico, que raras veces ha sido testigo personal de los acontecimientos sobre los que escribe: pero es desastroso para la persona que escribe de acontecimientos de los que *no será* testigo.

Quizá tenga entonces alguna clase de sexto sentido y funde su relación en visiones proféticas. Podría explicar luego sus rectificaciones basándose en que una visión posterior supera a una anterior, como en la composición del Corán. Sin embargo, podríamos preguntar cómo sabe realmente que tiene esa especie de sexto sentido, cómo distingue entre tener una visión exacta e imaginar simplemente cosas. Puede ser que lo que quiere decir con «El trabajo progresa lentamente» sea «Las visiones son escasas y muy intermitentes», pero ¿cómo distinguiría su caso del de un novelista con una musa tacaña? Ob-

sérvese que podemos confrontar a nuestro extraño profeta con una persona igualmente extraña que tenga visiones *retroactivas*: ¡una persona que escriba en 1960, y sólo sobre la base de visiones, la historia de lo que sucedió en 1815! Supóngase que realmente esa persona escribe de esa forma una relación completamente exacta. Pero al menos podemos *comprobar* las visiones de ese hombre con las relaciones corrientes. Incluso cuando relate cosas que no figuran en las relaciones normales, podemos en principio saber qué clase de evidencia sería precisa para verificar lo que dice. Pero en 1815 no habría nada comparable con lo que poder comprobar la «historia de la batalla de Iwo Jima». Ciertamente, no *otros* relatos. Porque surgiría la cuestión de cómo se ha llegado a esas relaciones. Si también se hubieran escrito sobre la base de visiones, sólo habríamos trasladado el problema. Una historia visionaria y una ortodoxa podrían llegar a las mismas conclusiones: existirían formas ortodoxas de comprobar ambas. Pero, cuando se escribe la relación *antes* de los acontecimientos en cuestión, no existen ni relaciones ortodoxas ni formas ortodoxas de comprobar las no ortodoxas. Pueden *existir* esas visiones. Tenerlas es una formidable buena suerte, como engendrar un genio universal. La conducta de Piero da Vinci es instructiva: trató de duplicar las circunstancias exactas en las que fue concebido Leonardo con la esperanza de duplicar a Leonardo. Se puede decir que hizo lo apropiado, o lo impropio. No hay diferencia. Porque, en última instancia, nada es apropiado o impropio cuando el resultado es el alumbramiento de un genio universal. No existen recetas.

No obstante, cuando el astrónomo calcula el eclipse futuro, no suponemos que *él* tiene dones precognitivos especiales o que precisa de un sexto sentido. Cuando decimos que el futuro nos está vedado, todo lo que podemos querer decir es que no poseemos las clases de leyes y teorías que *tiene* el astrónomo. ¿No podría haber usado el precoz historiador la ciencia? Con «El trabajo pro-

gresa lentamente» entendemos entonces lo que quiso decir: es fastidiosamente difícil determinar los valores de todas las variables, fastidiosamente difícil realizar todos esos intrincados cálculos que conducen deductivamente a la conclusión que se presenta en *La batalla de Iwo Jima.* Bueno, pudiera ser. Tenemos buenas razones para creer que no existían tales teorías en 1815. No las tenemos hoy día. Y realmente no podemos comprender, puesto que nosotros mismos no tenemos esas teorías, qué clases de cosas contarían como condiciones iniciales y límites. Pero supongamos que el hombre conocía esas cosas y que su trabajo era un trabajo «científico». Predijo la batalla del modo en que el astrónomo predice el eclipse.

Una vez más, fijémonos en los casos simples. Supondremos una teoría T de acuerdo con la cual se puede predecir un acontecimiento A a partir de otro acontecimiento C. Sea T: «Cuando haya nubes cargadas, entonces lloverá». El vocabulario de T consiste entonces en dos términos especiales: «nubes cargadas» y «lluvia». Ahora bien, son verdaderas muchas cosas de las tormentas de lluvia, aparte de que *sean* tormentas de lluvia. En consecuencis, fácilmente podemos construir una descripción D de A que no se puede formular en el corto léxico de T.

Ahora bien, A se puede predecir ciertamente por medio de T, pero no bajo la descripción D. Para poder hacer *eso,* habremos de mostrar que los predicados de D son definibles explícitamente con los términos que ya se incluyen en T o, más probablemente en nuestro caso, habremos de enriquecer convenientemente nuestro arsenal de términos. T se hace proporcionalmente más complicada como consecuencia, y supondremos entonces que T ha alcanzado el nivel de complejidad que normalmente exhibe la última teoría meteorológica. Suponiendo que el vocabulario de T consiste, pues, en un conjunto de términos F1, F2, F3...Fn, podemos decir que la descripción bajo la que se predice A utilizará idealmente cada uno de esos términos o su negación. Esto proporcionará

entonces la descripción más completa que permite la teoría en cuestión.

Por supuesto, sabemos que cualquier descripción de esta clase, aunque rica, es escasa en comparación con lo que es lógicamente posible: que cualquier predicado de la lengua (o su negación) se pudiera aplica a A y que, incluso entonces, como *individuum est ineffabile*, no quedarían agotadas las propiedades de A: la riqueza de las propiedades de A supera con mucho la riqueza máxima del poder descriptivo de nuestro lenguaje, considerado *in toto*. Pero esto no me preocupa en particular. Porque supóngase que ha sucedido A, de acuerdo con la predicción. Entonces pueden existir descripciones de A que encontramos que es importante dar, pero que caen fuera del ámibto lingüístico de T. Puede que no haya sido sin más una tormenta de lluvia: puede haber sido una tormenta de lluvia que haya inundado nuestro sótano o que haya arrasado el muelle que Smith construyó en 1912. No quiero decir que no se pudieran predecir esas cosas. Sólo quiero decir que no hubieran podido predecirse sólo mediante T. Porque «inunda el sótano de Jones» o «arrasa el muelle de Smith» no son ciertamente términos verdaderos de las tormentas de lluvia, que se incluyen en T, o definibles explícitamente mediante sus términos.

Generalmente se admite que una teoría científica no puede predecir un acontecimiento bajo cualquier descripción verdadera de ese acontecimiento. En realidad, parte de lo que concebimos como actividad científica consiste en encontrar el lenguaje apropiado para describir los acontecimientos, escogiendo esos términos que designan las propiedades relevantes de los objetos, o construyendo términos con ese propósito. Resulta suficiente conocer la posición inicial y el movimiento de un cuerpo para poder predecir su trayectoria: no se necesita saber también que un cuerpo, en particular, es un huevo chino hecho por la hija mayor del zar Nicolás. Por eso sería absurdo, y en última instancia destructivo del concepto

mismo de teoría científica, recomendar la incorporación a una teoría como T de los términos que nos mueven a describir las tormentas de lluvia con nuestros intereses locales en sótanos y muelles. Es más, constituiría una exigencia imposible. Porque no existe límite al número de las estructuras temporales en que el historiador del futuro puede concebir situado a A. Puede resultar conocida como la tormenta en la que Alice y Bernard tuvieron su pelea definitiva, o durante la cual nació el hombre que resolvió el último teorema de Fermat. Por lo que es un logro suficiente ser capaz de predecir A bajo *alguna* descripción. La afirmación, ahora menos frecuente que antes, de que existen dos clases distintas de acontecimientos, los acontecimientos científicos que se pueden predecir y explicar, y los acontecimientos históricos que no, es errónea. No existen dos clases de acontecimientos, sino quizá dos clases de descripciones. La ciencia puede ciertamente no conseguir proporcionarnos la información que queremos sobre los acontecimientos, pero eso es porque esa información no siempre se puede formular en el lenguaje abreviado de las teorías científicas. Esas exigencias *destruirían* el concepto de meteorología.

Puede ser así, pero ahora estamos interesados en una teoría diferente: la que se usa para predecir, no la ocurrencia de la batalla de Iwo Jima sin más, sino ese acontecimiento bajo la descripción, enormemente detallada, que se encuentra en nuestra controvertida «historia». En éste tiene que haber oraciones como «A las 3.30, el 20 de febrero, el sargento Mallory, cuando cargaba una granada, fue muerto por el soldado Kito, con su quinto y último tiro del día». ¡Poco es de extrañar que el trabajo progresara lentamente! Suficiente trabajo sería escribir la *historia* con ese grado de detalle. En cualquier caso, la teoría que se use para predecir todo eso ha de ser tan rica lingüísticamente como el lenguaje común. Después de todo, se supone que la relación es normalmente inteligible para el lector común.

Pero luego suponemos que el manuscrito se ha des-

cubierto en 1890, por ejemplo. Los lectores podrían verse sorprendidos entonces por el lenguaje (como a veces nos choca el suyo), pero, asombrados de la fertilidad de la imaginación del escritor, podrían asignarlo al mismo género que los escritos de Julio Verne, aunque quizá resultara demasiado prolijo, demasiado detallado para una novela auténtica. Podrían aparecer versiones editadas de ella, incluso versiones para niños. Sólo después de 1945 se daría cuenta la gente de que era historia escrita de antemano. O supóngase que se ha descubierto en 1944 y se ha tomado realmente en serio como un ejemplo de predicción científica. Podría discutirlo el alto mando, compararlo con sus propios planes, quizás incluso alterar éstos. El sargento Mallory vería que habría de estar en otro lugar a las 3.30 del 20 de febrero. Y entonces todo el trabajo, que progresaba tan lentamente, quedaría frustrado: ¡las predicciones eran falsas! Porque los hombres se negaron a seguir el manuscrito, comportándose como actores rebeldes descontentos con el guión. Es una cosa bastante común la falsación de las predicciones. Alguien predice que la bola golpeará el suelo en un cierto momento y otro la atrapa antes. Ciertamente constituiría un interés muy humano el falsear la predicción de que se perderá la vida en un cierto momento y lugar. La única forma en que la predicción se haga realidad *es* que se descubra tras el acontecimiento. Porque, recuérdese, no podemos cambiar el pasado.

Quizás esa persona era consciente de ello en 1815. Quizás incluso predijo el futuro así, que el manuscrito caería en manos de la gente en 1944, y que tratarían de falsear la predicción que en él se haría. ¡Predijo que lo harían, y escribió sobre ello! Entonces se produciría la misma situación que antes si esta relación, «más completa», cayera en manos de la gente en 1944. Lo que no podemos imaginar es su conocimiento de que la predicción estaba hecha y de que *no* se podía falsear, en la medida en que el acontecimiento predicho aún no había tenido lugar. Imagínese que se tiene la predicción de que uno moverá el pie

izquierdo en $t-1$ y el derecho en $t-2$. Uno trata de falsearla: intenta quedarse quieto en $t-1$, o mover el pie derecho, pero *a pesar* de todos los esfuerzos, ¡se cumple la predicción! Los pies caen en las huellas predichas, como si uno hubiera perdido el control sobre sus propios miembros, como si se movieran por su cuenta. O imagínese que se trata de no gritar y que no obstante nos sale un alarido por entre los labios. Piénsese en todo un ejército de hombres sujetos a esta extraña alienación. Horrorizados, se ven a sí mismos empuñando armas; los dedos se mueven espontáneamente sobre las granadas y liberan sus seguros; los hombres tratan de gritar, ¡retirada!, pero en su lugar surge el predicho, ¡al ataque! Todo el mundo contempla su propia conducta casi como si fuera un puro espectador, distanciado de sus propios actos, conociendo de antemano lo que se hará e incapaz de *hacer* nada que impida que ocurra. Quizás estas cosas ocurren en las pesadillas, o en los sueños del científico loco. En sueños podría suceder que alguien gritara: «¡Alto a la caída!» y obedecer, cuando estoy cayendo por el espacio, parándome en el aire. En un contexto real, «¡Alto a la caída!», es un caso paradigmático de orden que no se puede obedecer. En contextos normales, «¡Mueva el pie derecho!», es un caso paradigmático de una orden que se puede desobedecer si se desea. El caso elaborado que acabo de imaginar sólo podría tener lugar si los hombres perdieran lo que normalmente consideramos como control sobre sus acciones. El único libro que no podemos imaginar en las manos del hombre de Iwo Jima es *La batalla de Iwo Jima*. O mejor, no podemos imaginar a la vez que lo tenga *y* que sea verdadero.

Lo que no sabemos, pues, es lo que los historiadores del futuro dirán sobre nosotros. Si lo *supiéramos*, podríamos falsear sus relaciones de la misma forma que podríamos falsear las predicciones hechas en un momento anterior al que actuamos, o podríamos hacerlo dentro de los límites del control humano normal; un conjunto de lí-

mites del que podemos esperar que la ciencia lo amplíe, y que no lo restrinja.

Así que supongamos que se predijo la batalla, y que la predicción sólo fue descubierta más tarde. La consideramos un gran acierto y sólo lamentamos haberla descubierto demasiado tarde. Puesto que fue descubierta demasiado tarde, es verdadera. Nada puede pasar al pasado que lo haga falso, pero, a medida que pasa el tiempo, encontramos cada vez más necesario añadir nuevas descripciones de la batalla de Iwo Jima. Un hombre que entonces era un soldado raso sobrevive, debido a la heroica acción de un hombre cuyo último pensamiento puede haber sido que se sacrificaba por una persona tan insignificante. ¡Ese soldado realiza después grandes acciones! El episodio adquiere una significación especial: se enseña en las escuelas. Se pone en escena el hecho en que se salvó la vida de... Y cada vez más oraciones narrativas entran a formar parte de las relaciones de la batalla: oraciones que ni siquiera conoció el genio de 1815.

¿Podría haberlas conocido el Cronista Ideal? Somos nosotros quienes hemos de decirlo. Es creación nuestra, podemos hacer con él lo que queramos. Después de todo, fuimos nosotros los que *decidimos* que había de ser capaz de transcribir simultáneamente todo lo que sucediera, cuando sucediera, en la forma en que sucediera. Pero, ¿por qué prolongar la ficción? Ha servido a lo que queríamos y ahora podemos abandonarla. Y con ella la C.I., de la que no conseguimos encontrar una versión que no nos diera menos de lo que queríamos, o más de lo que podemos saber. ¿Y qué de nuestro modelo metafísico cojo? Para qué sirvió, excepto para afirmar metafóricamente que las oraciones verdaderas sobre el pasado no son falsas, que es todo lo que viene a decir «El pasado no puede cambiar». ¿Qué pasa entonces con las afirmaciones verdaderas referentes al futuro? Bien, si podemos falsear un enunciado sobre el futuro, simplemente es que no es verdadero. Si «cambiar el futuro» significa sólo falsear predicciones, entonces ciertamente podemos cambiar el futu-

ro. ¿Por qué entonces no podemos falsear retrodicciones? La respuesta es que, en un cierto sentido, podríamos. Si supiera que alguien retrodiría que comí un melocotón en t-1, podría comerme una manzana en su lugar, y falsear así la retrodicción. Pero eso es precisamente lo que no sé. Si supiera lo que dirán sobre nosotros los historiadores del futuro, podríamos falsear sus oraciones si quisiéramos, del mismo modo que, si queremos, podremos falsear lo que la gente anterior a nosotros ha predicho que haremos. ¿Por qué no conocemos el futuro de este modo? No sabría decirlo. Pero ¿significa esa afirmación de Peirce, con la que empezamos, algo más de que no conocemos lo que los historiadores del futuro dirán? «El futuro está abierto» sólo significa que nadie ha escrito la historia del presente.